

Selecta



*¿Y si fuera
Lucas?*

= Mayeda Laurens =

¿Y si fuera Lucas?
Cinco chicos con suerte 2

Mayeda Laurens

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*Para Juanjo. Porque si Amaya
pudo vencer fantasmas,
tú puedes pulverizar demonios.*

Prólogo

Amaya se despertó con un terrible dolor de cabeza. La noche anterior, durante la cena de Navidad organizada en casa de su amiga Laura, bebió más ron miel de la cuenta.

«¿Qué demonios tendrá esta bebida?».

Era la segunda vez que se lo preguntaba en los últimos cinco minutos. Justo el mismo tiempo que hacía que intentaba abrir los ojos sin padecer bajo la soleada luz que inundaba el salón.

—¿Y no se supone que en diciembre los días son fríos y oscuros?

—Agradéceselo al cambio climático.

Al recibir respuesta para una pregunta que creía haber hecho para ella misma, alzó los párpados de golpe y se maldijo por haber olvidado que no estaba sola. En el mismo instante en el que los rayos del sol golpeaban de lleno sus pupilas, recordó a Lucas, y una sucesión de imágenes acaecidas la noche anterior hicieron que deseara que se la tragara la tierra. O más bien el sofá en el que se había pasado descansando las últimas horas.

—¿Qué tal habéis dormido?

La misma voz seductora que se había dejado oír segundos antes activó el movimiento en el salón en el que se encontraba, pues un coro de respuestas llegó al unísono, acompañado del inconfundible sonido de pasos a su alrededor. Con los ojos cerrados de nuevo, Amaya escuchó a Lucas peligrosamente cerca.

—Seguro que un buen desayuno te sienta «de maravilla».

—Haz el favor de dejar a Amaya tranquila, donjuán, que anoche ya tuvo suficiente de ti.

Álex, el novio de Laura, acudió en su ayuda, librándola de mostrar ante los demás el rubor que acababa de teñir sus mejillas.

«Esto te pasa por querer convencer a todo el mundo de lo que no es. Si estás hecha unos zorros, ¿qué hacías anoche repitiendo al que quisiera oírte “estoy de maravilla, estoy de maravilla”?».

Un bufido nada discreto escapó de sus labios.

—Arriba, May. Verás como las tostadas de Álex consiguen despejarte.

Amaya abrió los ojos y encontró a su amiga Laura tendiéndole la mano. Sin embargo, no correspondió a su gesto. En su lugar, le hizo señas para que se acercara a ella.

—Solo si me aseguras que anoche no hice el ridículo.

—Nada de lo que debas arrepentirte, si es a eso a lo que te refieres. Pero yo, en tu lugar, tiraría

a la basura todas las botellas de ron miel que te queden en casa. Son del todo perjudiciales para ti.

—No tanto...

—Respuesta incorrecta. «Y tanto» es lo que deberías haber contestado.

La mirada tristona de Amaya demostraba que se estaba mortificando por dentro.

—Vamos a hacer una cosa, May: te levantas del sofá, te enfrentas al nuevo día asumiendo lo que pudieras haber hecho anoche y desayunas en condiciones para poner en orden tu cuerpo. Porque seguro que tienes una resaca de campeonato.

—¡Buen día a todos! Hace un tiempo espectacular, seguro que hoy nos ronda la buena suerte. — Sandra acababa de acercarse a ellas y se arrodillaba al lado de Laura mientras cogía las manos de Amaya entre las suyas—. Uy, qué cara tienes, corazón. Si lo sé, te despierto y te llevo conmigo a meditar. A mí me ha devuelto la vida.

—¿A meditar? —Laura no salía de su asombro—. ¿Cuándo te has ido?

—Pues, esta vez, más tarde de lo habitual. A las ocho ya no podía dormir más, así que he cogido tus llaves y me he ido al parque que hay más abajo. Espero que no te haya importado.

—¡Si nos acostamos a las cinco! —Amaya no conseguía entender a la amiga de Laura. Apenas había coincidido con ella en unas pocas ocasiones, pero cada vez la sorprendía con sus comentarios y su forma tan particular de enfrentarse al mundo—. No comprendo cómo puedes tener tanta energía.

—Lo que yo no entiendo es que desperdiciéis horas de vuestra vida durmiendo. Venga, vamos. Hoy no paso consulta, que estoy de vacaciones, pero como los amigos de mis amigos son mis amigos, podemos dar un paseo y charlar un rato. Intuyo en ti una fuerza muy negativa que no te deja avanzar. Si quieres puedo enseñarte a soltar lastre.

—Sandra, ¿qué tal si desayunamos primero y dejamos esas sesiones para luego?

Sin esperar respuesta, Laura tiró de la mano de Amaya y la ayudó a levantarse, no sin cierta dificultad, pues esta se mostraba reacia a mezclarse con el grupo de chicos, que ya se había congregado alrededor de la isla de la cocina, abierta al salón, y que daba cuenta de un buen desayuno.

Sin poder evitarlo, los ojos de Amaya se posaron sobre el más rubio de todos que, además, era el objeto de su azoramiento. Como si Lucas lo presintiera, levantó la cabeza de su plato, clavó la mirada en ella y le sonrió.

—¿Qué tal te encuentras?

—De maravilla...

A los labios del chico acudió una sonrisa y las piernas de Amaya amenazaron con dejar de sostenerla.

«¡Podrías dejar de decir eso!», se amonestó en silencio mientras pasaba de las manos de Laura a las de Lucas, casi como una niña pequeña, sin ser muy consciente de lo que estaba ocurriendo.

—Me alegra oír eso. Y como yo ya he terminado de desayunar y, además, me tengo que marchar, te cedo mi asiento.

—¿Solo vas a comer eso? —Raúl, otro de los chicos que se había quedado a pasar la noche en casa de Laura y Álex, lo miró con cara de asombro—. Tío, no me extraña que estés tan delgado.

—Prefiero hacer varias comidas al día que inflarme en solo tres. ¡Y no estoy delgado!

Daren y Marc, los otros dos amigos que conformaban el grupo de hombres, intervinieron al mismo tiempo en la conversación.

—¿Ya te vas?

—¿Cuándo te dejarás caer de nuevo por Madrid?

—No lo sé... En un par de meses o así; este viaje me va a llevar más tiempo del que pensaba.

Amaya asistía al intercambio de frases como si la escena estuviera ocurriendo en la televisión y ella solo fuera una espectadora. La noche anterior había conocido a un hombre fantástico y, unas cuantas horas después, desaparecía de su vida. Debía haberlo supuesto. Lucas era el amigo más viajero de Álex y, de hecho, hasta un rato antes de que comenzase la cena de Navidad que cada año él y sus amigos organizaban, no tenían muy claro que fuese a aparecer. Cuando descubrieron que los golpes en la puerta anunciaban su llegada, los chicos lo celebraron con alegría, pero su frase «No perdamos el tiempo, que mañana me voy antes de comer» cayó como un jarro de agua fría. Y, para Amaya, esa sentencia comenzó a revolotear en su cerebro desde el mismo segundo en el que descubrió que congeniaba con él.

Escapó de sus pensamientos en el instante en el que todo el mundo empezó a despedirse de Lucas. Agachó la cabeza y se centró en la tostada que, sin saber cómo, había aparecido en su plato, tratando de pasar desapercibida. No era que no quisiera hablar con él, más bien se trataba de que no tenía idea de cómo actuar y, tal y como le ocurría en ese tipo de situaciones, rogaba por mimetizarse con el mobiliario y que nadie recayera en que estaba en la habitación. No tuvo tanta suerte. Lucas, tras haber dicho adiós a todo el mundo, se acercó a ella, mostrando su mejor sonrisa de niño bueno, y le soltó:

—Ha sido un verdadero placer haberte conocido.

Por inercia, ella se levantó de la silla, momento que Lucas aprovechó para darle un cálido abrazo. Como no sabía qué hacer con las manos, las pasó alrededor de la cintura del rubio, queriendo corresponder así a su gesto. Le hubiera gustado decir algo como «lo mismo digo» o «el placer ha sido mío», pero no le salían las palabras. Lucas, sin embargo, siguió hablando, como si no fuera consciente de su estado de ánimo.

—Espero que pronto coincidamos de nuevo. —Y agregó, en un tono más bajo, quizá solo para sus oídos—: Y ojalá entonces te encuentre realmente «de maravilla».

Estrechó un poco más el abrazo y depositó un beso en su mejilla derecha. Y así, sin mirar atrás, abandonó la casa de Álex, dejando a una Amaya confundida que no recordaba haberse sentido de ese modo en mucho tiempo.

Capítulo 1

Por fin estaba de vuelta. Al final, a pesar de que le habían prometido que su último proyecto les llevaría solo dos meses, las cosas se complicaron y su viaje se demoró treinta días más. No era que no le gustara su trabajo. De hecho, lo adoraba. Le había tocado pelear mucho con los suyos, pues en su familia padres, tíos, primos y hasta algún abuelo se dedicaban al mundo de la publicidad en cualquiera de sus vertientes. Y él había salido rana. O eso era lo que le repetían una y otra vez en las ocasiones, cada vez menos, en las que todo el clan se reunía. ¿Por qué? Pues porque, contra viento y marea, se opuso a los deseos de todos y decidió estudiar Arquitectura.

A punto estuvo de irse de casa tras una de las discusiones más fuertes que tuvo con sus padres, no porque se negaran a que eligiera algo diferente, que también, sino por el tipo de frases que había tenido que escuchar. Le llamaron, entre otras lindezas, pusilánime por elegir una profesión en la que, según ellos, solo tenía que hacer un par de dibujitos y cobrar. No como la publicidad, que requería entrar en la mente del comprador y buscar en sus entresijos hasta encontrar la forma de acceder a su lado más consumista. «Sí, muy heroico», había contestado él. Y a partir de ese momento, las palabras hirientes se sucedieron una tras otra hasta que su paciencia se vio colmada y se marchó a su habitación. Por suerte, fue aceptado en la Universidad Politécnica de Cataluña y pudo abandonar Madrid e instalarse lejos de su familia. Durante los dos primeros años, la relación con ellos se mantuvo como dormida, consiguiendo así que las aguas volvieran a su cauce, no así la confianza. En la actualidad, se juntaban solo en las ocasiones especiales y, el resto del año, hablaban por teléfono lo justo y necesario para saber que todo seguía igual.

Acomodado en la butaca del avión que lo llevaba de vuelta a España, Lucas meneó la cabeza sabiendo que aquel asunto nunca mejoraría. Y no lo lamentaba en absoluto. Su familia no era dada a las muestras de efusividad, ni tampoco consideraba las relaciones personales como algo más que un vehículo para asegurar la continuidad del imperio que habían construido en torno al mundo publicitario. Buscó el afecto que necesitaba en sus compañeros de escuela y así fue como Daren, Raúl, Álex y Marc pasaron a convertirse en su verdadera familia.

Y ahora estaban a punto de juntarse de nuevo. Al parecer, Álex tenía algo importante que contarles y había esperado a que él volviera para decírselo a todos al mismo tiempo. Intuía de qué podía tratarse. Su amigo nunca había sido muy dado a las parejas. Decía que había muchas cosas interesantes que hacer en este mundo como para perder el tiempo con la persona equivocada. Que

solo cambiaría su modo de vida cuando sintiera que había llegado el momento. Y que le hubiera pedido permiso para instalar una puerta en el baño de su apartamento porque Laura la necesitaba, había sido señal suficiente para saber que había caído.

Sonrió ante el recuerdo de cómo surgió aquella conversación:

—Lucas, ya sé que es tu casa y todo eso, pero Laura no parece apreciar el concepto de baño abierto que has creado. Le gustaría saber si podríamos poner una puerta.

A él le había hecho muchísima gracia. A decir verdad, cuando el cliente que contrató sus servicios para transformar lo que antiguamente había sido una fábrica en un moderno *loft* le había solicitado que el baño no tuviera puerta, le resultó extraño. Sin embargo, como quien paga manda, no se molestó en hacerle cambiar de idea. La sorpresa vino más tarde, cuando, en la fecha de entrega convenida, le dijo que no podía liquidar la cantidad que habían acordado. Después de muchas conversaciones, accedió a quedarse con la vivienda, y decidió que, en principio, no se desharía de ella de forma permanente, pues le gustaba el resultado de su proyecto. No la habitaría, eso sí, puesto que él vivía la mayor parte del tiempo fuera de España y, en los cortos períodos que pasaba en el país, nunca mayores de un mes, se alojaba en un dúplex en el centro de la capital, que disponía de una terraza maravillosa desde la que disfrutar de las fantásticas vistas de los jardines de Sabatini. Había sido una auténtica excentricidad comprarlo, lo sabía, sobre todo, habida cuenta del poco tiempo que pasaba en él, y cuando le surgió la oportunidad de hacerlo, reconoció que ese chollo no volvería a presentarse nunca. Estaba derruido casi por completo y lo convirtió en su proyecto personal.

Por eso, cuando se enteró de que Álex andaba buscando un piso de alquiler en Madrid, le pareció una gran idea que él ocupase el *loft* del baño sin puerta. Su amigo necesitaba un sitio donde quedarse, y él, alguien que lo habitara. Sin embargo, cuando Laura se fue a vivir con él, se empeñó en que les cobrara un alquiler. A él no le hacía falta y estaba más que contento de que fuera su amigo quien estuviera en él, aunque entendía que ella no se sintiera cómoda en esa situación. Así que accedió a cobrarles una cuota mensual y a poner una puerta en el baño.

Al pensar en Álex y su novia, recordó, sin querer, la última vez que los había visto: la cena de Navidad. Y recordó, también sin querer, a Amaya.

—La chica de los ojos tristes...

Las palabras, apenas abandonaron sus labios en un vago susurro, le provocaron una ola de ternura.

Durante los primeros días de su viaje, trató de averiguar cuántas veces de todas las que Amaya había dicho estar de maravilla habían sido ciertas. No había mucho más que le hubiera atraído de ella cuando se la presentaron: castaña, con el pelo cortado a medio camino entre la barbilla y los hombros, ojos marrones, de estatura media y sorprendentemente callada.

Recordó aquel momento.

—Lucas, estas son Amaya y Sandra, las amigas de Laura.

Así fue como Álex le presentó a las chicas. Tras los besos de rigor, se dio cuenta de que no

había más mujeres en la casa y, como Daren y Raúl se enfrascaron en charlas de trabajo y Marc participaba en una conversación con Laura a la que Álex se había unido, decidió comportarse como un perfecto caballero y ayudarlas a integrarse en su grupo de amigos. A los pocos segundos descubrió que la única que necesitaba un empujoncito era Amaya, pues Sandra se bastaba y se sobraba para conversar. No era que no le hubiera caído bien, pero estaba agotado del viaje y necesitaba algo más tranquilo y, a pesar de que los ojos de Amaya recorrían la estancia como buscando un lugar por el que desaparecer, se centró en esta última.

Así fue como acabó sentado en el sofá, hablando solo con ella.

—Bueno... ¿Y qué tal se presenta la fiesta?

—De maravilla. —Sin embargo, su mirada decía lo contrario.

—¡Me alegra oír eso! —Lucas fingió no darse cuenta del poco entusiasmo que la chica demostraba con sus palabras—. ¿Me he perdido algo divertido?

—¡No! ¡Qué va! Si no hemos hecho nada del otro mundo. —Al momento, Amaya se percató de que sus comentarios estaban siendo contradictorios—. Quiero decir que, aunque no hemos hecho más que charlar y eso, el ambiente es muy... animado. Estamos todos muy... contentos y... sí, la música es... una maravilla, la casa es una maravilla también y tus amigos son... una maravilla. —Terminó su discurso con una sonrisa triunfal, como si hubiera conseguido salir airosa de una complicada pregunta.

Al oírlo, Lucas no pudo evitar reír.

—Vaya, entonces sí, nos espera una noche... de maravilla.

Supo, sin lugar a duda, que Amaya se estaba arrepintiendo de no haber pensado más sus frases.

—Ay, Dios —dijo, al tiempo que se tapaba la cara con las manos—. Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad? Es que no se me da muy bien hablar con desconocidos.

—Eso podemos solucionarlo. —Lucas deseaba a toda costa que ella se relajara y se prometió, en ese momento, que lo conseguiría—. Es sencillo, te contaré algunas cosas de mí y tú podrás hacer lo mismo. Así, pasado un ratito, sabremos algo más el uno del otro y no pareceremos tan desconocidos.

Amaya no dijo nada, tampoco rechazó su oferta. Lucas, al ver que ella se llevaba una copa a los labios, preguntó:

—¿Qué tomas?

—Ron miel. No me gusta mucho el alcohol, pero esto es muy dulce y sabe... —Iba a decir «de maravilla». Se mordió el labio en el último momento, y añadió todo lo de prisa que pudo para que él no lo notase—: muy bien.

Por supuesto, a pesar de que a Lucas no le cupo ninguna duda de que ella había cambiado de palabra para definir su bebida, optó por obviar el hecho.

—¿Te importa que yo también lo beba?

—¡No, no! Claro que no. De todos los que estamos aquí, Laura es la única que comparte mi gusto en esto, aunque desde que se nos fue de las manos la última vez y tuvimos que arreglar la

que liamos, se ha pasado al ron solo. Sin miel, quiero decir. No es que beba ron sin hielo, a palo seco, qué va...

—Sí, sí, te entiendo, tranquila.

Lucas cayó en la cuenta de que esa noche se reiría muchísimo y, dispuesto a demostrar a Amaya que podía confiar en él, la obsequió con su mejor sonrisa de niño bueno y se preparó para pasar un buen rato.

Despertó cuando la voz de la azafata le pidió que enderezara el asiento y se abrochara el cinturón porque iban a aterrizar. En algún punto, mientras hacía un repaso de cómo conoció a la chica de ojos tristes, se había quedado dormido. Le sorprendió darse cuenta de que recordaba con detalle su mirada, a pesar de haberla olvidado pocos días después de comenzar su trabajo en Praga. Era cierto que le había comentado el placer que había supuesto para él conocerla y, en ese momento, no había mentido. La noche había resultado divertida, una vez que ella se relajó y la conversación empezó a surgir de manera más natural. Excepto cuando le preguntó, en un par de ocasiones, si estaba bien. Las dos veces ella contestó con su habitual «de maravilla», pero a él no logró engañarlo. Intuía que algo andaba mal en su vida. Sin embargo, tuvo que admitir que, aunque le estuviera matando la curiosidad, no podía pedirle que le contara el motivo, pues no habían alcanzado ese grado de confianza. Se preguntó, mientras abandonaba el avión, si al día siguiente por la noche Amaya estaría en la cena que Laura y Álex habían organizado. ¿Habría conseguido escapar de ese halo de melancolía que la rodeaba o seguiría siendo *la chica de ojos tristes*? Pronto lo descubriría...

—Bueno, May, ¿cómo lo hacemos? ¿Quedamos a medio camino o nos vemos directamente en el bar?

Acababan de salir de la universidad donde Amaya y Laura trabajaban. Dirigían un grupo de investigación educativa, que había puesto en práctica, desde el inicio de ese curso en un instituto de una barriada de Madrid, un proyecto encaminado a conseguir mayor motivación de los alumnos y mayor grado de implicación por parte de las familias. Por el momento, todo marchaba bien y, tras la reunión que acababan de mantener, el último trimestre del año escolar se presentaba muy positivo.

—¡Uf! Pues no puedo asegurarte nada aún. Estoy agotada, así que utilizaré hasta el último segundo que tenga para descansar. Creo que mejor quedamos en el bar.

—Vale, pero no te apalanques mucho en el sofá, que esta noche quiero contaros una cosa importante.

Laura sonreía de oreja a oreja y Amaya intuía de qué podía tratarse. No faltaría a la cita, desde luego; solo necesitaba descansar.

—Que no, te lo prometo. Allí estaré.

Su amiga se alejaba ya, calle abajo, hasta pararse justo al lado de una moto, conducida por su novio, Álex. Este le tendió un casco y Laura, tras ajustárselo, se acomodó detrás de él. Amaya tomó la dirección opuesta para alcanzar la parada del autobús, aunque se detuvo al darse cuenta de que la pareja aminoraba la velocidad hasta situarse a su altura.

—En serio, May —le decía Laura mientras levantaba la visera de su casco para hacerse oír—. No me falles, hasta Lucas vendrá esta noche. No puedes faltar.

Por algún motivo que Amaya no quiso analizar, se quedó parada en la acera viendo cómo la moto se alejaba. *Lucas vendrá esta noche*. Las palabras de su amiga resonaban en su cabeza al tiempo que el autobús al que tenía que subir pasaba ante sus narices, llegaba a la parada y se iba. Ni siquiera ser consciente de que tendría que esperar veinte minutos más a que llegara el siguiente consiguió sacarla de su aturdimiento.

Un buen rato después, sentada en el borde de su cama y sabiendo que ya llegaba tarde a la cita, Amaya se debatía una y otra vez entre defraudar a su amiga o hacer el ridículo, de nuevo, delante del hombre con el que había estado soñando los últimos tres meses.

—¡Vamos, mujer! Se trata de Laura...

Ella sola intentaba darse ánimos para vestirse y acudir a la cita, pero, al momento, volvía a derrumbarse.

—Eres demasiado dramática, Amaya.

Tras sermonearse en voz alta, decidió que tampoco era para tanto y se puso en pie para comenzar a arreglarse... y volvió a sentarse. Cogió el teléfono, que descansaba sobre la cama, y escribió un mensaje a su amiga para comunicarle su decisión: se quedaba en casa. Ya compensaría a Laura la mañana siguiente con un fantástico desayuno en su cafetería preferida.

Una vez puso solución a su problema, se dejó caer sobre el colchón, se tapó los ojos con el antebrazo y se dispuso a seguir con su descanso. Sin embargo, a su mente acudió una fantástica mirada de un verde intenso.

Lucas...

No es que se hubiera convertido, de pronto, en el amor de su vida. De eso, Amaya había tenido por docenas. Era una chica enamoradiza en exceso y siempre creía que el hombre del momento sería el elegido para pasar con ella el resto de sus días. Por fortuna, desde que Hernán había salido de su vida —un hombre al que Laura había apodado *Rey de los parásitos*—, llevándose con él sus absurdas ideas de patentes como único modo de ganarse la vida, se había prometido no volver a caer en las redes de ningún otro chico. Y, hasta el momento, lo había logrado. Hasta el instante en que llegó Lucas, claro.

Recordó el segundo en el que atravesó la puerta de la casa de Álex, las últimas Navidades, y fue recibido como si del hijo pródigo se tratase. Nadie apostaba a que llegaría a esa cena y fue

una auténtica sorpresa su presencia. Cuando los chicos dejaron de darle abrazos y esos golpes en la espalda a modo de saludo que acostumbran a darse los hombres y que ella nunca conseguiría entender, fue presa de una extraña sensación al posarse sus ojos en los de ella. Había sentido todo su cuerpo estremecerse y fue consciente de que con ese chico no conseguiría mantener su palabra de seguir alejada de los hombres. Se sintió atraída hacia él como...

—Como las moscas a la mier... a la miel, mucho mejor a la miel. Reconócelo, Amaya. Y después de lo «maravilloso» que fue hablar toda la noche con él, se te hace el culo agua cada vez que lo nombras.

Comenzó a dar paseos por la habitación, mordiéndose la uña del dedo pulgar, como siempre hacía cuando no conseguía solucionar un problema. Y siguió hablando en alto, para obligarse a escuchar cada tontería nueva que dijera, con la esperanza, quizá, de superar su absurdo miedo a encontrarse de nuevo con él.

—Maravilloso, maravilloso, maravilloso. —Frenó en seco sus pasos y dejó caer las manos contra sus muslos, más fuerte de lo que hubiera deseado, en un gesto de desesperación—. Amaya, queda terminantemente prohibido usar esa palabra en su presencia. Podrás utilizar cualquier otra, pero esa... Esa, nunca más.

Se interrumpió cuando la melodía de su teléfono comenzó a sonar. Corrió a descolgar... y se quedó petrificada al ver un número desconocido en la pantalla. No acostumbraba a contestar en esos casos, por lo que rechazó la llamada y continuó desgastando el suelo de su cuarto. El teléfono vibró de nuevo en el bolsillo de su pantalón y detuvo sus pasos. Comprobó que era el mismo número y, de nuevo, se negó a contestar. Decidió que lo incluiría en su lista negra, dando por hecho que sería un operador de cualquier compañía tratando de venderle algún producto inútil. Pensó en la posibilidad de que ya no le cupieran más números, pues bloqueaba a todo aquel que insistiera en seguir llamando tras haberle pedido que no lo hiciera un máximo de dos veces, aunque se quedó a medio camino cuando el teléfono volvió a sonar y sus dedos descolgaron casi por inercia. El daño ya estaba hecho, así que se arrimó el aparato a la oreja y contestó:

—¿Sí?

—Hola, amor. Soy Sandra.

Amaya suspiró, aliviada. No se trataba de ningún comercial. Reconoció la voz de la amiga de Laura al momento.

—Hola, Sandra. ¿Qué tal?

—Pues preocupada por ti, cariño. Estaba con Laura cuando le has enviado el mensaje diciendo que no vienes a la cena, y le he pedido tu número para poder hablar contigo. Espero que no te importe.

¿Le importaba? No estaba muy segura de ello. En las ocasiones en las que había coincidido con ella había podido comprobar lo intensa que era Sandra. Sabía que Laura y ella eran muy buenas amigas, pero no tenía claro que ella fuera capaz de aguantar el ritmo de esa mujer.

—No, tranquila, no debes preocuparte por eso, y tampoco por mí. Estoy bien, solo demasiado

cansada para salir esta noche.

—Ya, entiendo. Bueno, es que Lau piensa que hay algo más detrás.

No le dio tiempo a responder, pues inmediatamente la voz de Laura sonó a través del auricular.

—Amaya, no sé qué te pasa, de verdad, pero esta noche no puedes faltar. Así que, si no vienes, Sandra se ha ofrecido voluntaria para ir a buscarte a tu casa. Y te aseguro que siempre consigue lo que quiere...

De nuevo, no tuvo tiempo de contestar, porque el aparato volvió a las manos de su dueña y esta intervino:

—De eso nada, yo nunca obligo a nadie a nada, May. Porque puedo llamarte May, ¿verdad? Ya te dije que los amigos de mis amigos son mis amigos y, si tú quieres, podemos ser grandes amigas. El mundo es inmenso y las posibilidades de socializar son infinitas. ¿Te molesta?

Amaya cada vez estaba más aturdida.

—¿Eh? ¿Molestarme? No... no, supongo que no.

—Fenomenal, corazón. Entonces, queda claro que yo no te obligo a venir. Y, si me permites un consejo, esta reunión es una oportunidad fantástica para relacionarte y que nos conozcamos mejor. Desde que te vi en Navidad sé que hay en ti un aire muy romántico que debemos trabajar. Y no tiene nada que ver con el amor, cariño. Más bien con el oscurantismo del romanticismo, ya sabes...

—Bueno, no creo que sea para tanto...

—¡No, por supuesto! Nada es grave, todo forma parte de nuestro aprendizaje.

Amaya comenzaba a entender por qué a veces Laura era incapaz de resistirse a Sandra.

—De acuerdo. Me has convencido. Me visto y voy para allá.

Colgó antes de que su nueva amiga pudiera decirle nada más.

—Vamos, Amaya. Enfrentarse a Lucas no puede ser más duro que una sesión de terapia con Sandra.

Y para evitar arrepentirse de su decisión, se dio una ducha rápida y se vistió con unos vaqueros, una camisa blanca y unas botas marrones a juego con el cinturón. Se secó la corta melena ahuecándola con los dedos y, tras elegir una gruesa cazadora de color cámel y un bolso que se colgó en bandolera, salió a la calle dispuesta a demostrarse a sí misma que podía con todo.

Capítulo 2

Lucas, reclinado en una de las camas balinesas que conformaban el mobiliario de la terraza a la que había acudido el grupo de amigos, y colocado cerca de una de las estufas verticales para hacer frente al frío de la noche, se preguntaba dónde estaría Amaya. Tampoco era que sus esperanzas de la noche pasaran por encontrarse con ella, pero Álex y Laura tenían que darles una noticia y parecía que no lo harían si la chica no llegaba.

«No te engañes, tienes curiosidad por ver cómo está», no pudo evitar amonestarse. Y era verdad. Así que, directo como siempre, preguntó a bocajarro:

—¿Amaya no vendrá?

—Sí, sí, claro. —Laura sacó el teléfono de su bolso y miró la pantalla—. De hecho, ya debería estar aquí... Tengo un mensaje suyo. —Casi al segundo, su cara se transformó con una mueca de disgusto—. Dice que está muy cansada y que nos vemos mañana.

Por alguna razón, Lucas se molestó. De verdad que no tenía más interés en ella que el mero hecho de saber si seguía tan «de maravilla» como se empeñó en hacer creer a todo el mundo el día que la conoció. Como no encontró una respuesta lógica a su sentimiento, lo dejó pasar y se unió a la conversación que Daren y Raúl mantenían a su lado, aunque todos callaron cuando oyeron a Sandra hablar por teléfono y decir algo acerca de los aprendizajes de la vida. Durante la cena de Navidad, Lucas comprobó que las amigas de la novia de Álex eran de lo más peculiares, y si bien Amaya lo era por una razón, Sandra se llevaba la palma en el extremo opuesto. Se pasó toda la velada hablando de cosas espirituales y de la grandeza del amor en todas sus expresiones.

—Alguien debería decirle a esta chica que el mundo no es como ella lo pinta...

Marc, el otro chico del grupo, la miraba con incredulidad. Su amigo era como santo Tomás, de los que necesitaban ver para creer. Y estaba claro que la verborrea de Sandra chocaba de lleno con todo lo que él pensaba.

Raúl, quizá el más relajado de todos, salió en su defensa.

—Bueno, chico, parece una mujer feliz, déjala que viva como quiera.

—Si yo la dejo, pero es que, cuando despierte, el golpe que se va a dar va a ser de órdago.

—¿Cuando despierte de qué, Marc? Si ha llegado a la edad que tiene así, no vas a ser tú quien la cambie ahora.

—Raúl, hablar contigo de esto no tiene sentido. Te metes en el *vive y deja vivir* y ya no hay

quien te saque de ahí...

El aludido, por toda respuesta, sonrió y le dio un trago a su cerveza.

—Ya está. —Sandra miró a todo el mundo con cara de satisfacción—. Amaya vendrá esta noche.

Y siguió hablando con Laura como si no hubiera pasado nada. Lucas, por el contrario, sintió que su malestar se evaporaba, para, media hora después, descubrirse mirando a la puerta de la terraza casi con desesperación.

—¿Esperas a alguien?

—¿Cómo?

Álex señaló con un movimiento de cabeza el punto al que él miraba a cada tanto.

—Que si estás esperando a alguien, que no paras de observar la puerta.

—No, qué va. Es solo que me gustaría que dierais ya la noticia, aunque falte Amaya, que estamos todos en ascuas...

Supuso que acababa de salir del paso con más o menos dignidad.

—De eso nada, Lucas. —Sandra, que lo había oído, no pudo evitar intervenir—. Debemos estar todos juntos para recibir la información al mismo tiempo. Además, aprender a esperar sin impacientarse fortalece el espíritu.

El resoplido de Marc fue apenas audible, pero Lucas no lo dejó pasar y le dio un disimulado golpe en las costillas. Empezaba a creer que su amigo tenía un problema con ella y aún les quedaban unas cuantas horas por compartir. Así que comenzó una conversación con él para distraerlo de las palabras de Sandra.

«Y para que tu espera sea más amena, reconócelo».

Justo cuando se cumplían cuarenta y cinco minutos desde que se metió en la ducha, Amaya empujaba la puerta de cristal que daba acceso a la azotea del hotel, donde se encontraba la terraza en la que había quedado con Laura y los demás. Había bastante gente y le costó algún tiempo dar con ellos. Cuando lo hizo, sus manos comenzaron a sudar. Quedó claro que los consejos que se había ido dando ella misma durante el trayecto hasta allí no habían surtido efecto. Además, no tenía sentido, porque solo había visto a Lucas una vez en su vida.

«Vale, una vez durante un montón de horas que pasamos hablando sin parar». Para ser sincera del todo, tuvo que reconocer que, en realidad, quien más habló fue él, porque ella estaba tan nerviosa que no acertó a contar mucho sobre ella misma. ¿O sí?

Maldijo casi en voz alta porque, a pesar del tiempo pasado desde diciembre, su cabeza no había conseguido recordar mucho de la conversación que tuvieron, así que no podía poner la mano en el fuego por haber sido una buena interlocutora.

«Venga, Amaya, hoy tienes una oportunidad para arreglarlo».

Sin embargo, toda su voluntad se vino abajo cuando, al acercarse un poco más, sus ojos se quedaron clavados en la imagen de Lucas, recostado en la cama balinesa, apoyado sobre su brazo izquierdo, y riendo por algo que sus amigos estaban diciendo.

La boca se le secó en un segundo y tuvo que hacer un esfuerzo para tragar e infundirse ánimos para avanzar. Puede que su mente no recordara mucho, pero su cuerpo había reaccionado como si no hubiese olvidado ni un solo detalle de él.

«Te tenías que haber puesto las lentillas». Su voz interior, siempre tan quisquillosa, no encontró mejor momento para hacerle ver ese despiste. Tanta prisa se había dado por no demorarse mucho que prescindió del maquillaje, por lo que no cayó en la cuenta de ponerse las lentillas y tiró de gafas sin ser consciente. En ese instante, se tocó la montura de pasta negra que llevaba y a punto estuvo de quitárselas y guardarlas corriendo en su bolso. Lucas la detuvo. O, más bien, la mirada de Lucas lo hizo al posarse sobre ella y ofrecerle, de nuevo, aquella preciosa sonrisa que tanto había echado de menos.

Una vez más, Lucas y Raúl trataban de hacer ver a Marc que en la vida no solo existían los extremos y que también había sitio para las medias tintas. Era algo que llevaban haciendo todos desde que se conocían, pero nunca conseguían que cambiara de opinión.

De pronto, sintió un ligero escalofrío en la nuca y se percató de que era el único del grupo que no se había puesto un jersey con el que protegerse de esa fría noche del último fin de semana de marzo. Cuando echó mano del que había llevado, se dio cuenta de que la temperatura no era el problema. Giró la cabeza y entonces lo supo: Amaya.

Allí, entre la multitud que inundaba la terraza, estaba parada observándolo. Y eso mismo hizo él. La contempló en silencio apenas unos segundos, sin avisar a los demás de que había llegado. Las comisuras de sus labios se elevaron, demostrando que la esperaba con más ganas de las que creía. Al ver que ella seguía sin avanzar, su sonrisa se hizo más ancha y se puso de pie: si la montaña no iba a Mahoma...

«Viene hacia aquí, viene hacia aquí, viene hacia aquí...».

Los latidos de su corazón amenazaban con colapsar sus sentidos. Lucas, como si de un dios se tratara, se abrió paso sin dificultad entre las personas que los separaban, sin perder ni un instante ese aire despreocupado que lo caracterizaba. Amaya, incapaz de moverse del sitio, se fijó en que los dos vestían prácticamente igual y sonrió sin darse cuenta.

«No seas tonta, una camisa blanca y unos vaqueros es la elección más común entre los mortales para salir a tomar algo». Como si quisiera llevar la contraria a su voz interior, desvió la mirada

unos segundos para comprobar cómo vestía la gente que estaba a su alrededor, pero volvió a la realidad al verse envuelta, de pronto, en un cálido abrazo.

—Me alegro de volver a verte.

Las manos de Amaya cobraron vida y respondieron al gesto rodeando, tal y como hicieron la única vez que se despidieron, la cintura de Lucas, mientras su sonrisa se ensanchaba aún más y cerraba los ojos para disfrutar mejor del momento. Cuando los abrió instantes después, a lo lejos pudo comprobar las atónitas caras del grupo de amigos que los esperaban, dando a entender que no comprendían la reacción de ninguno de los dos. Eso fue lo único que necesitó para darse cuenta del espectáculo que les estaban ofreciendo. Con toda la voluntad que fue capaz de juntar, se separó de él.

—Y yo a ti. —Como las mariposas que danzaban incontroladas en su estómago estaban a punto de provocarle un colapso cerebral que la obligaría a decir una tontería detrás de otra, se forzó a añadir—: ¿Vamos?

Lucas, haciéndose a un lado, la dejó pasar delante de él y la siguió sin cambiar ni un ápice su expresión de felicidad.

«¿Se puede saber por qué estás tan contento? ¿No se supone que solo te interesa saber si se encuentra mejor?». Como se negaba a aceptar que una charla con una chica hacía tres meses le hubiera afectado hasta ese punto, desechó la pregunta de su cabeza y llegó hasta el rincón donde se encontraban los demás.

Al llegar al lado de Laura, esta, por todo saludo, se limitó a levantar una ceja con expresión interrogante. Amaya supo que tendría que darle una explicación, porque hasta para ella, que esperaba con nerviosismo el momento de volver a verlo, no tenía sentido que hubiera sido Lucas, y no su amiga, el que le hubiera salido al encuentro y que, además, se hubieran fundido en un abrazo como si fueran dos grandes conocidos de toda la vida. Para salir del paso, enfrentó la muda pregunta de su amiga con la suya:

—¿No habréis empezado a contar la gran noticia sin mí?

—No se me ocurriría tal cosa, a pesar de que te lo tendrías merecido. Llegas una hora tarde.

Mientras Amaya saludaba al resto del grupo, buscaba, con disimulo, un sitio libre en la cama balinesa en la que había visto a Lucas recostado. En cuanto sus pulsaciones aumentaron al darse cuenta de lo que eso significaba, rechazó la idea. Si tenía la firme intención de mantenerse alejada de los hombres, mal empezaba si a la primera de cambio trataba de estar cerca de uno. Por eso, cuando terminó la ronda de besos, se apresuró a colocarse justo en el extremo opuesto, siendo este entre Laura y Sandra.

—Bueno, ya estoy aquí, así que no hay motivos para demorarlo más.

—De acuerdo. Allá va. Este año, la cena de Navidad la pagamos nosotros.

Efectivamente, como todos intuían, la pareja anunció su boda. Lo que ninguno se esperaba era que la fecha elegida fuera el veintiocho de diciembre.

—¿El Día de los Inocentes? ¿En serio? Será una broma.

Todos miraron a Marc con resignación.

—Macho, eres imposible. —Raúl, mientras hablaba, le echó un brazo sobre los hombros y añadió—: Iba a pedir algo para celebrar la buena noticia, aunque te dejaré elegir a ti, a ver si así logramos algo que te complazca.

—Pero si no he dicho nada esta vez, solo he preguntado... Es que me parece una fecha como para ponerla en duda.

—Ay, corazón, no se puede cuestionar todo en esta vida. —Sandra lo miró por encima de su copa y, tras dar un rápido trago, se levantó para acercarse a él—. ¿Qué sabe el amor del significado de los días? ¿Me equivoco si afirmo que eres de los que fluyen poco?

Aprovechando que los dos se enzarzaron en una acalorada discusión sobre lo espiritual y lo terrenal, Lucas fue aproximándose con disimulo hasta ocupar el lugar en el que antes se había sentado Sandra. El toldo, que había estado recogido mientras el sol aún brillaba en el horizonte, hacía un rato que se había extendido, al tiempo que el personal del restaurante se afanó para cerrar la terraza con las cortinas de cristal destinadas a tal efecto, permitiendo que el ambiente volviera a caldearse. Amaya, dándose cuenta del movimiento que Lucas había hecho, comenzó a ponerse nerviosa de nuevo e hizo lo primero que se lo pasó por la cabeza: cogió el tríptico del menú y lo utilizó para ponerlo de parapeto entre Lucas y ella.

—¿Aprovechamos y pedimos también algo para picar? ¡Me muero de hambre!

Como su propuesta recibió una buena acogida entre los demás, a Lucas no le quedó más remedio que resignarse y esperar otro momento más propicio para intentar un acercamiento.

Sin embargo, la noche fue transcurriendo y las oportunidades dejaban de aparecer. Empezaba a pensar que se había equivocado de medio a medio con ella y decidió agarrar al toro por los cuernos. Así que, cuando estaban en los postres, probó suerte una vez más, quizá buscando la última ocasión antes de lanzarle una pregunta más directa.

—Mmm, esta tarta de chocolate está buenísima. ¿Quieres probar?

La pregunta iba dirigida a Amaya, pero esta no se dio por aludida.

—Gracias, Lucas, creí que nunca me lo dirías.

Y antes de que pudiera evitarlo, Daren introdujo su cuchara en el plato llevándose medio postre en ella. La carcajada del resto no tardó en hacerse oír por encima de sus quejas.

—¡Ya te vale, tío! ¡Podías haberte cortado un poco!

Como no le quedó más remedio, ofreció a todos los demás, que la probaron, gustosos. Todos menos Amaya, que parecía muy interesada en la crepe de dulce de leche y nueces que había en su plato.

—¿Tú no quieres?

—No, gracias.

Laura, que no perdía detalle de lo que ocurría, estuvo tentada de avisar a Lucas, pero decidió dejarlo estar y observar cómo transcurriría la conversación.

—Tu postre tiene muy buena pinta.

Con esa frase, Amaya ralentizó sus movimientos y cruzó los dedos mentalmente para que Lucas no hiciera la pregunta que, sin duda, llegaría a continuación.

—¿Me dejas probar?

Para Laura, el momento crucial había llegado. Si, como sospechaba, cabía la posibilidad de que hubiera algo entre aquellos dos, saldría de dudas en unos segundos.

Segundos que para todo el mundo se hicieron eternos. Y para Amaya supusieron un auténtico infierno. Un sudor frío empezó a correr por su espalda, las manos le temblaban y el corazón aceleró sus latidos. Intentaba con todas sus fuerzas resistirse a dar la respuesta equivocada, pero era una lucha interna que sabía perdida de antemano. Levantó la cabeza del plato y miró a Lucas a través del cristal de sus gafas de pasta. Cogió aire y se preparó para contestar.

Lucas no entendía qué le ocurría a Amaya. Observaba su reacción fascinado por el millón de sensaciones que adivinaba en su mirada, y trataba de imaginar qué estaría pensando. Justo cuando se disponía a repetir su pregunta, ella pareció volver al mundo real, y lo hizo con una única palabra.

—No.

El monosílabo fue para Lucas como un tortazo con la mano abierta y no supo reaccionar. Amaya se dio cuenta de la tensión que acaba de generar y trató de arreglarlo, mostrando su mejor sonrisa, al tiempo que dejaba el tenedor en el plato y se apartaba el pelo de la cara en un claro gesto de nerviosismo.

—Es que... verás... Perdona si he resultado muy borde, pero... bueno...

—Amaya no comparte el postre. —Laura, como buena amiga, acudió en su ayuda—. Nunca. —Hizo una pausa y añadió—: Con nadie.

—¿Con nadie?

Lucas no salía de su asombro.

—Con nadie.

Esa vez fue Álex quien respondió a su amigo. Este, volviendo a poner su mirada sobre Amaya, descubrió que ella seguía sonriendo. Era una sonrisa de nervios, lo tenía claro, aunque a él eso poco le importaba porque estaba molesto, muy molesto, pues tuvo la convicción de que se había equivocado con ella, y la sensación de haber estado haciendo el ridículo a lo largo de la noche empezó a crecer en su interior. Y ese era un sentimiento que no le gustaba nada. Volvió la cabeza a su plato y, sin mostrar la menor emoción, le espetó:

—Tienes dulce de leche en los dientes.

Capítulo 3

Soltó las llaves en la mesa del comedor con algo más de fastidio del que cabría suponer. Se quitó la gruesa cazadora que lo había estado protegiendo del frío durante el trayecto a pie hasta su casa y la tiró de mala manera sobre una de las sillas. Podía haber pedido un taxi para la vuelta, pero su estado de ánimo era tan sombrío que prefirió ir a pie, con la esperanza de que la temperatura nocturna apaciguara su genio.

Ya en su apartamento, descubrió que apenas había logrado calmarse lo suficiente para pensar con claridad.

Amaya había resultado ser más sosa de lo que esperaba. O simple. Aún tenía que decidirlo. Lo que no tenía claro en absoluto era en qué momento había pensado que intimar con ella podía ser una buena idea.

Cuando la vio aparecer en medio de la terraza, no quiso reprimir la tentación de ser el primero en saludarla. Cuando llegó hasta ella, tampoco quiso renunciar a abrazarla, recordando lo bien que la había sentido entre sus brazos al despedirse en Navidad. Cuando ella le susurró un tímido «Y yo a ti» como respuesta a su saludo, decidió que quería conocerla un poco más.

Se tiró en el sofá blanco de tres plazas que ocupaba una de las paredes del salón y, tras quitarse las botas, apoyó los pies en la mesita de cristal que había justo enfrente. Miró su reloj de pulsera y comprobó que eran casi las dos de la mañana. Hora de irse a dormir si al día siguiente quería madrugar para salir a correr. Podía renunciar a muchas cosas, no así a sus carreras matutinas alrededor del Palacio Real y por los jardines de Sabatini. Pasaba poco tiempo en Madrid, y, cuando lo hacía, esa era una de las rutinas que retomaba nada más llegar. Por suerte, esa vez su estancia en la capital se alargaría bastante, ya que no tendría que viajar en los próximos dos meses.

Se levantó como un resorte dispuesto a irse a la cama, aunque antes se dirigió a la cocina para prepararse un vaso de leche caliente. En verdad había pasado frío durante la caminata y pensó que esa era una buena opción para entrar en calor. Mientras esperaba a que el microondas cumpliera su función, volvió a pensar en Amaya... y en sus ojos tristes. Porque sí, cuando se encontraron en medio del barullo de la terraza le pareció ver que brillaban con una chispa de alegría y dio por hecho que había conseguido solucionar lo que fuera que en Navidad la tenía tan apagada. Sin embargo, según fue pasando la noche, salvo contados momentos en los que parecía algo más

alegre, descubrió que la tristeza que vio tres meses atrás seguía anclada en ellos.

«¡Y a ti qué más te da lo que le pase!».

Dispuesto a zanjar el tema, sacó el vaso del microondas y se bebió el contenido de un par de tragos.

«¡Uf! ¡Es que no lo entiendo!».

Depositó el recipiente en el fregadero y se dirigió a la habitación. Su humor había vuelto a agriarse, más que por Amaya por el poco sentido que le encontraba a que le afectara de esa manera. Él había hecho todo lo posible para animarla, para entablar una relación, para acortar distancias... y ella había detenido todos sus avances. De muy buenas maneras en cada ocasión, eso sí. Bueno, excepto en lo relativo al postre.

«¿Dónde se ha visto que alguien no comparta un postre? Vaya manía más tonta». Quitándose el jersey por la cabeza, se encaminó a su dormitorio y cerró la puerta con delicadeza. Siempre lo hacía. No recordaba desde cuándo, aunque sí sabía que ni una sola noche la dejaba abierta. No era capaz de dormir con ella así. Se paró en seco cuando estaba a punto de desabrocharse el último botón de su camisa.

«Vale. Esto también es una manía tonta. ¡Pero no tiene nada que ver con la suya! Yo lo hago por... por...». No era capaz de encontrar el verdadero motivo.

—Porque quiero, ya está. A ver si ahora me va a dar por compararme con ella.

Lo dijo en voz alta, harto de dar vueltas a un asunto que nunca se había cuestionado.

Vistiendo solo la ropa interior, se dirigió al baño para lavarse los dientes y se quedó observando su imagen en el espejo.

—Nah...

Introdujo el cepillo en su boca y reflexionó sobre ese punto. «Yo siempre estoy alegre y esta chica parece que está amargada... No señor. No tenemos nada que ver».

Ya en la cama, cubierto hasta el pecho con la sábana y la colcha de tonos *beige*, y tras haber puesto el despertador, dio por zanjado el asunto y tardó menos de dos minutos en quedarse dormido.

—¡Tonta, tonta, tonta! —Agarrada a la barandilla de la escalera, trataba de recuperar el aliento —. Si es que no piensas...

Al llegar a su portal, creyó que lo único que podría calmar su nerviosismo esa noche era un poco de ejercicio. Así que renunció a tomar el ascensor y comenzó a subir las escaleras, convencida de que así lo lograría. Corriendo, además, para descargar todo el estrés posible.

Tres pisos y medio después, se arrepentía de ello hasta la saciedad.

—¡Ejercicio! ¡Si yo... odio... hacer deporte!

Se calló de golpe al percatarse de que era casi la una y media de la madrugada y estaba hablando en alto. Lucas había conseguido perturbarla hasta un extremo que ni ella misma

sospechaba. Toda la noche había evitado hablar con él, y lo había logrado. Al menos, lo suficiente para no tener que intercambiar más de un par de frases de cortesía y no sentirse demasiado afectada por su presencia.

—Venga, Amaya, que son solo... seis escalones más... hasta el ascensor.

Esa última frase la pronunció más bajito aún, sin embargo, al llegar a su objetivo, este se abrió y tuvo que retirarse para evitar ser arrollada por el chico que salía con unos cascos puestos y la mirada fija en la pantalla de su móvil.

—Uy. —El muchacho, de apenas veinte años, se quedó plantado frente a ella, mirándola como si tratase de una aparición—. Perdón.

—No... perdona tú...

Amaya, casi doblada en dos y rodeándose el abdomen, trataba de recuperar el ritmo normal de su respiración.

«¿Perdona tú? ¿Por qué? Si casi me lleva por delante...», pero como no era capaz de pronunciar una palabra más, mantuvo la boca cerrada.

—¿Estás bien?

El crío, rojo como la grana, ni salía ni se apartaba para que ella pudiera entrar. Y eso era lo único que Amaya deseaba.

—Sí...

Hizo un vago gesto con la mano, restando importancia a su lastimoso estado, y trató de adentrarse en el ascensor. Tras un par de intentos infructuosos para que cada uno dejara pasar al otro, el chico pasó por su lado y, como si jamás se hubieran cruzado, desapareció en el interior de su vivienda.

Ya más tranquila, consiguió llegar hasta su casa, situada dos pisos más arriba, antes de que sus piernas dejaran de sostenerla y se fue derecha a la cama. Como no tenía fuerzas para nada más, se desnudó dejando toda la ropa tirada en el suelo y se metió entre las sábanas.

—Espero que de esta se vaya y no regrese jamás. No quiero volver a coincidir con él.

«No te lo crees ni tú».

Ignorando ese pensamiento, cerró los ojos y trató de dormirse. Sin embargo, una hora después seguía despierta, recordando cada detalle de la noche pasada. Cada momento en el que su mirada se había cruzado con la de Lucas. Había intentado con todas sus fuerzas no sentir nada por él, pero las sonrisas que le dedicaba cuando sus ojos se encontraban no le facilitaban la tarea.

Desde que se vio envuelta por sus brazos nada más llegar, notó caldearse su corazón. Y eso no era nada bueno, porque ella no podía permitirse caer en el enamoramiento ni una sola vez más. Había pasado menos de un año desde que Hernán desapareciera de su vida, y ella no creía que fuera tiempo suficiente para curarse.

—Bueno, tampoco es que estuvieras enamorada de él hasta los huesos.

«Ya, pero cuatro años compartidos son muchos años». En eso su voz interior tenía razón.

No debía olvidar que, tal y como Laura se empeñaba en decir, le había sacado hasta la última

gota de sangre y ella lo había consentido solo por amor.

«O por costumbre».

Vale, de nuevo le daba la razón.

Para ser sincera, ella siempre había actuado así con los chicos. Desde que tuvo su primer novio en la adolescencia. Todos habían acabado alejándose de ella y Amaya no tardaba ni dos días — figurativamente hablando— en buscarse otra pareja. ¿Por qué? Pues porque no sabía estar sola.

Hasta que llegó el Rey de los parásitos. Hernán, vaya. Con veintiocho años había decidido que, si le daba una oportunidad a ese chico, las normas las pondría ella. Por supuesto no fue así, y él acabó aprovechándose de su forma de ser. El hecho de que hubiera tenido la intención de llevar las riendas de su relación le aportó algo más de confianza. Poca, aunque teniendo en cuenta que antes no había tenido ni una pizca, se podía considerar un gran paso. Por eso, cuando descubrió que por la última patente de su novio debía pagar casi el triple de lo normal —porque el gasto corría de su cuenta, claro, ya que él no tenía ni un solo ingreso—, se negó en redondo y, tras una ridícula discusión en la que él la acusaba de ser egoísta, decidió que ya había aguantado demasiado y le pidió que se fuera de su casa. Al principio él se opuso y trató de ablandarla utilizando el chantaje emocional, preguntándole dónde iba a vivir. Cuando vio que la respuesta de Amaya era «Con tu madre», reconoció que no era tan mala idea y, sin un atisbo de pena, recogió sus cosas y se largó. Eso sí, indicándole antes que si alguien se ponía en contacto con ella a través del fijo preguntando por él, tuviera la amabilidad de decírselo. Tan sorprendida se quedó Amaya por su descaro que no pudo responder y permaneció inmóvil en mitad del salón contemplando cómo, el que había sido su compañero durante cuatro años, abandonaba su vida sin intentar arreglar la situación.

Por eso había decidido que se mantendría soltera todo el tiempo posible. Costara lo que costase.

Y en ese momento, cuando creía que podía ser fiel a su forma de pensar y empezaba a sentirse orgullosa por haber permanecido casi un año sin pareja; cuando había logrado una estabilidad profesional y era valorada por lo que hacía; cuando daba la impresión de que había retomado las riendas de su vida aparecía un guapísimo rubio de ojos verdes y sonrisa de cuento que amenazaba con destruir toda su fortaleza y mandar al traste su propósito de no volver a enamorarse durante un tiempo.

«¿Y es que tú puedes decidir sobre eso?».

No, no podía. Y por eso debía mantenerse alejada de él. Porque intuía que Lucas no sería como los demás. Lucas no querría iniciar una relación con ella. Ni tampoco tenía claro que sintiera algo por ella.

«Puede que sí. Esta noche no ha estado tan pendiente de Laura o de Sandra como de ti».

—Ya, bueno. Pero es posible que sea porque Laura es la novia de su amigo y Sandra es... peculiar.

«Si tú lo dices...».

No, no podía dejar que esa idea se asentara en su cabeza. Tenía que evitar cruzarse con él. Además, tampoco le costaría tanto. Lucas era un gran arquitecto y tenía proyectos en muchos lugares del mundo, no solo en España. Cabía una mínima posibilidad de que no le resultara tan difícil evitarlo. O sí.

Comenzaba a agobiarse de nuevo.

—Si es que me tenía que haber quedado en casa. Ni Sandra ni nada. Tienes que empezar a ser más fuerte, Amaya. Si decides una cosa, la mantienes. Y si quieren venir a por ti, pues que vengan. Con no abrir la puerta...

Sin embargo, por más que hablara en alto, no lograba convencerse. Solo había una opción posible para creerse lo que se estaba diciendo y, aunque hacía tiempo que no la ponía en práctica, no le quedó más remedio que levantarse y hacerlo.

Cuando llegó al baño, se situó frente al espejo mientras terminaba de ponerse la camiseta con la que dormía y que no había utilizado y, concentrándose en su reflejo, comenzó con el discurso que ya se sabía de memoria, de tantas veces que lo había repetido durante los meses anteriores, cuando se sentía al borde de un ataque de nervios.

—Amaya, recuerda que por cada minuto de preocupación, pierdes sesenta segundos de tranquilidad.

«No ha sonado muy creíble. Inténtalo otra vez».

Cogió aire y empezó a soltarlo muy despacio mientras seguía mirando su imagen en el espejo. Lo probó de nuevo elevando una pizca el tono de voz.

—Amaya, recuerda que por cada minuto de preocupación, pierdes sesenta segundos de tranquilidad.

«Otra vez».

La Amaya del espejo comenzaba a impacientarse. Estaba cansada, solo quería dormir y lo único que necesitaba era convencerse de lo que decía para poder calmarse y marcharse a la cama de nuevo.

—Amaya, recuerda que por cada minuto de preocupación, pierdes... ¡Esto no sirve!

Se pasó las manos por la cara, empezando a desesperarse.

—Escúchame bien, señorita. —Señaló a su imagen con el dedo índice de una mano, al mismo tiempo que con la otra se retiraba el pelo de la cara y la apoyaba después en su cadera—. Vas a irte a la cama ahora mismo, vas a cerrar los ojos y no vas a pensar en nada. Ni en nadie. —Levantó la voz un poco más, queriendo así mostrar algo de firmeza—. Y no vengas con que te ha descolocado porque no esperabas ese recibimiento. Ni con que ha sido encantador toda la noche y tú no has hecho más que mostrarte distante. Ni tampoco con que él no sabía que no te gusta compartir el postre. Eso ha sido un desastre, por cierto. Pero ya lo analizaremos en otra ocasión. —Bien, ya empezaba a creérselo, aunque aún necesitaba un último empujón. Tomó aire y de nuevo aumentó el volumen la voz. Necesitaba ponerse seria con ella misma—. Y no, de ninguna manera voy a consentir que este chico te quite el sueño. Ni este ni ninguno. ¡Ahora mismo no hay sitio en

tu vida para los hombres! —Apoyó las manos en la encimera del lavabo y se acercó al espejo hasta casi pegar su nariz a él—. ¿Me has oído?

—¡Sí, claro que te ha oído! ¡Ella y todos los vecinos del maldito bloque!

Se incorporó de golpe y se quedó petrificada en medio del cuarto del baño al escuchar el exabrupto de uno de sus vecinos.

«Otra vez te has dejado llevar, Amaya. Vete a dormir de una vez».

Muriéndose de vergüenza, como si de verdad hubiera tenido público, apagó la luz y se fue a la cama.

Capítulo 4

El lunes por la tarde, mientras Amaya recorría uno de los pasillos de la universidad y se dirigía al aula donde ella y el equipo se reunían para las sesiones periódicas de evaluación del proyecto en el que trabajaban, alguien la agarró del brazo y la metió sin ningún cuidado en el servicio de mujeres.

—Pero ¿qué...?

—Ya me estás contando qué es lo que pasó el viernes entre Lucas y tú.

Tras recuperarse del susto, Amaya se colocó las gafas, que a punto habían estado de caérsele debido al brusco movimiento, y se enfrentó a su amiga.

—Buenas tardes a ti también, Laura.

—Buenas tardes. Ahora, la explicación.

—Mira, vamos con el tiempo justo. —Amaya trataba de evitar dar una respuesta que ni ella misma tenía clara—. Hablamos luego.

—No, May. El viernes Álex y yo queríamos pasar una velada agradable con nuestros amigos y anunciarles una noticia importante para nosotros. Y en lugar de eso nos encontramos con que a ti hay que sacarte a rastras de casa y que, cuando lo conseguimos, Lucas y tú os abrazáis con evidente placer cuando os encontráis, dejándonos a todos con la boca abierta y preguntándonos qué nos hemos perdido. Un chico al que, si no nos equivocamos, solo has visto en una ocasión. Porque solo ha sido una, ¿verdad?

Ante esa pregunta, Amaya, que se había dedicado a evaluar el cuidado corte de uñas que llevaba mientras esperaba a que su amiga terminara su discurso, levantó la cabeza como un resorte y respondió, ofendida:

—¡Pues claro que ha sido una! ¿Por qué iba yo a haber quedado con un tipo así sin contártelo?

Laura la estudió con detenimiento y pareció aceptar su respuesta.

—Entonces no lo entiendo.

—¿El qué?

—Tu actitud.

—¿Qué actitud?

—La tuya.

—¿Sobre qué?

—¡May!

Sabía que estaba llevando a su amiga al límite de su paciencia, pero no podía responder con claridad. No hasta que estuviera segura de que sería capaz de hacerlo con verdadera convicción. Por eso, adoptó un aire de absoluta inocencia y atacó de nuevo:

—Esa soy yo, efectivamente.

Laura se debatía entre torturar a su amiga para obtener algo más coherente de ella o dejarlo estar. Optó por la segunda opción.

—Esto no va a quedar así. Te salvas porque ya llegamos tarde.

Y sin esperar una réplica, salió del baño en dirección al aula. Pisándole los talones, Amaya suspiraba de alivio, aunque sabía que la amenaza de Laura era lo bastante seria como para tenerla en cuenta.

Dos horas y media después, Amaya recogía a toda prisa y salía de la clase sin mirar atrás. Sabía que estaba huyendo, y le daba igual.

«De valientes está el cementerio lleno».

Por suerte, llegaba a la parada del autobús justo a tiempo para subir en el que la pondría a salvo del enfado de su amiga. Tenía claro que era una huida temporal, que Laura no cejaría hasta asegurarse de estar equivocada o no, pero ese no sería el día.

Llegó a su casa dispuesta a arrojar por el desagüe el sentimiento de culpa que amenazaba con obligarla a llamar a su amiga. Así que, para que su intención fuera literal, llenó la bañera de agua, eligió una lista de reproducción en su teléfono e iluminó el cuarto de baño con velas aromáticas. Cuando todo estuvo preparado, se deshizo de la ropa y se hundió en la tina hasta el cuello, cerró los ojos y se dejó llevar por las notas relajantes que salían del altavoz de su móvil.

Un ratito más tarde se sentía por fin en paz. Sus pulsaciones habían disminuido, así como su nivel de estrés y su sentimiento de culpabilidad. Ya no tenía la necesidad de pedirle a Laura que la perdonase o de darle explicaciones por su comportamiento del viernes. Su vida era suya y podía hacer lo que quisiera con ella.

Había conseguido relajarse tanto que cuando el estridente tono de llamada resonó en el cuarto, del espasmo que sacudió su cuerpo debido al susto hundió media cabeza en el agua y se dio un buen trago, con espuma y todo. Se incorporó como pudo, entre toses y arcadas, y buscó la toalla para secarse la cara.

Salió de la bañera maldiciendo y medio ahogándose y descolgó sin mirar siquiera.

—¡Hola, corazón! ¿Alguien necesita ayuda por ahí?

Descolocada, se retiró el aparato de la oreja y miró la pantalla.

«¿Sandra?».

—Amaya, ¿me oyes?

—Sí, sí, claro. Dime.

—No, cielo, dime tú. Laura me ha dicho que te vendría bien charlar conmigo.

Y... ahí estaba la venganza de su amiga. Le había enviado a Sandra para que la obligase a decir

más de lo que quería. En varias ocasiones Laura le había hablado del poder de persuasión que la psicóloga tenía sobre los demás para conseguir que reconocieran hasta lo que no sabían. Según ella, era eso o soportar día tras día sus llamadas hasta claudicar. Ese era el motivo por el que la gente o la ignoraba o cedía al primer intento para que el mal rato terminara pronto. E ignorarla era bastante difícil.

Cruzó los dedos e intentó restar importancia al tema.

—¿A mí? ¡Qué va! Si yo estoy perfectamente.

—¿Seguro? Mira que negarlo es un síntoma de que algo va mal...

«¡Mierda!».

—No, te lo prometo. De hecho, me estaba dando un baño relajante antes de cenar.

—Uy, ya sé que no tenemos mucha confianza aún, May, pero si quieres que tu experiencia acuática sea superior, puedo aconsejarte un par de truquitos para llevar a cabo en la bañera.

«Mira, pues eso te convendría. Aprender a relajarte un poco más puede venirte de maravilla».

—¡No! ¡De maravilla, no!

Se tapó la boca con la mano, pues acababa de darse cuenta de que lo había dicho en alto.

—¿Cómo dices?

—Que me parece una idea de maravilla. Cuenta.

—Pues mira, lo primero que tienes que hacer es conseguir aceite de masaje. ¿Tienes de eso?

Amaya echó una rápida ojeada a los utensilios que guardaba en su cuarto de baño.

—Hum, creo que no. Aunque no entiendo para qué quiero eso dentro del agua.

—Pues para relajar los músculos mientras te lo extiendes con suavidad.

—Ah, bueno. Para eso tengo alcohol de romero, que es un descontracturante fantástico.

—¡¡Ni se te ocurra utilizar eso, mujer!!

—¿Por qué no? —Amaya no comprendía nada—. Me lo recomendaron hace tiempo, una vez que tuve lumbalgia. Y fue mano de santo, la verdad.

El suspiro al otro lado de la línea le confirmó que iba por mal camino.

—Pues porque el alcohol, lejos de acercarte, te alejará del placer. Sería una carnicería.

—¿Del placer? ¿De qué pla...? Ay, madre, que acabo de caer.

—No me digas que no me seguías desde el principio...

«A ver cómo salgo de esta».

—Es que no pensaba que..., vaya, que creía que te referías a..., en fin, que yo no necesito eso, Sandra. Gracias de todas formas.

—¿Sexo? ¿Que no necesitas sexo? —Una risa cantarina llenó el espacio telefónico por unos segundos y Amaya no supo si había dicho *sexo* porque de verdad lo había entendido así o porque era ese punto al que quería llegar—. ¡Todo el mundo necesita sexo, cariño! El sexo es el motor del mundo. Es el punto donde confluyen todas las energías: físicas, psíquicas, espirituales...

—Ya, ya. —Amaya no la dejó continuar—. Me hago una idea...

—¿Sí?

—Sí, sí, palabra. —Respondió lo más rápido que pudo, afirmando con la cabeza al mismo tiempo, como si Sandra la estuviera viendo y necesitase de ese énfasis para creerla—. Y estoy de acuerdo contigo, además.

«¿Cómo? ¡¿Para qué dices eso?! Ahora no va a haber quien la frene...».

Se arrepintió al instante, pero ya no podía dar marcha atrás.

—¡Ay, qué bien! ¡Cuánto me alegra oír eso! ¿Vendrás entonces al aquelarre que estamos organizando en dos semanas?

A esas alturas de la conversación, todas las alarmas de Amaya sonaban en su imaginación con tanta estridencia que le extrañaba que Sandra no pudiera escucharlas.

—Pues...

—¡Fenomenal! Hablo con Laura, te metemos ahora mismo en el grupo y vamos concretando, ¿de acuerdo? ¡Ya hablamos! ¡Besines!

Y colgó. Sin más.

Un par de minutos después, Amaya seguía de pie en medio del baño, mirando el teléfono sin comprender qué había pasado y con un charco de agua a sus pies.

—Buenas tardes, Laura.

Esa vez no se estaban saludando en el servicio de mujeres. Se encontraban alrededor de una mesa de la cafetería de la universidad, a la que había llegado Amaya tras pedir un café en la barra y comprobar que su amiga y el resto de compañeros estaban en el mismo lugar de siempre.

La sonrisa de Laura mientras veía cómo May retiraba una silla y tomaba asiento confirmaba que ya se había enterado de todo.

—Conque alcohol de romero, ¿eh?

Amaya se puso roja como un tomate y miró las caras del resto del equipo para cerciorarse de que nadie más sabía de qué iba la pregunta de Laura. Por si acaso, contestó:

—Sí, va muy bien para los golpes.

—Y para la lumbalgia.

A esas alturas, los demás se iban uniendo a la conversación.

—¿De verdad? ¿Me lo recomiendas? —Nadia la miraba con auténtico interés—. Mi suegra ya está muy mayor y cada dos por tres se queda enganchada por eso. ¿Crees que si le doy unas friegas con el alcohol se sentirá mejor?

—¡Y tanto, mujer! Y te lo agradecerá encantada. —Laura, que no sabía cómo aguantar la risa, soltó el comentario y se parapetó tras su taza de café antes añadir—: Que te diga May cómo hacerlo. Creo que después del baño es el mejor momento. ¿O era durante?

—Chicos, ¿qué os parece si acortamos el descanso y empezamos ya? Hoy me gustaría llegar a casa antes.

Mientras lo decía, Amaya no apartaba los ojos de su amiga, deseando hacerla desaparecer con la mirada. Todos se levantaron dando por buena su propuesta, y Laura se acercó a Amaya para darle un beso en la mejilla.

—Judas...

—No, May, solo te presiono un poquito para que hables. Bueno, y también me vengo por largarte ayer sin despedirte y sin darme explicaciones.

—Pues te lo has pasado de lo lindo a mi costa.

—No, solo un poquito. —Y añadió, mientras pasaba delante de ella y ponía rumbo a la clase—: Venga, alegre esa cara, que en dos semanas tendrás la oportunidad de ver a Sandra en todo su esplendor...

Eran las ocho de la mañana del miércoles y Lucas disfrutaba de su habitual carrera por las cercanías de su casa, cuando una llamada de teléfono lo obligó a detener su actividad y contestar. Era su socio y, tras hablar con él, deseó no haberlo hecho. En realidad, estaba en sus días de vacaciones. Unas vacaciones muy bien merecidas después de haber trabajado durante tres meses sin apenas descansar dos fines de semana seguidos. Podía haber ignorado la llamada y esperar a que pasara al menos una semana de su llegada. Pero si su socio intentaba ponerse en contacto con él a una hora tan temprana, era por una importante razón. Tan importante que el viernes a las cinco de la tarde estaba convocado a una reunión en Londres.

En lugar de completar el recorrido que había planificado, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso, no sin antes mandar un mensaje a su grupo de amigos anunciándoles su nueva partida. Cuando llegó a casa, ya habían planeado una cena de despedida. Cada vez que se marchaba, organizaban una de esas y bromeaban con la idea de que lo hacían porque con él nunca sabían cuándo volverían a juntarse todos. Y razón no les faltaba. En cada ocasión pasaba más tiempo fuera y, aunque adoraba su trabajo y disfrutaba viajando, a sus treinta y cuatro años empezaba a echar de menos pertenecer a algún sitio. Aquí, allí... no le importaba. Pero necesitaba establecerse. Igual no de manera inmediata.

Sopesó la idea mientras disfrutaba de una buena ducha caliente, y con el primer trago de café llegó a la conclusión de que aprovecharía ese viaje para ir organizando su futuro.

El resto del día lo dedicó a investigar sobre posibles proyectos que le permitieran pasar más tiempo en Madrid. Lo tenía decidido. Y cuando se le metía una cosa en la cabeza, ya no había manera de que se echara atrás.

—Entonces, ¿cuándo dices que vuelves?

Lucas se pasó la mano por el pelo, suspiró con fastidio y trató de contestar a Álex con la máxima precisión posible, es decir, ninguna.

—No tengo ni idea... Si no he entendido mal, en mayo podría estar aquí otra vez, pero no hay nada seguro.

—¿Y no estás cansado de ir y venir?

Raúl, acostumbrado como estaba a marcar su propio ritmo de trabajo, no entendía que alguien pudiera estar contento con el tren de vida que su amigo llevaba.

—Pues sí. Me he planteado estudiar otras posibilidades que me permitan trabajar desde un mismo lugar.

—¿Renuncias a seguir viajando? —Daren lo miró con asombro. Sabía lo mucho que le gustaba a Lucas conocer otros lugares—. No me lo creo...

—Bueno, renuncio a hacerlo por trabajo, que no es lo mismo.

En ese momento, todos miraron a Marc, esperando una pregunta que, al parecer, no tenía. Este, con los codos apoyados sobre la mesa, disfrutaba de su vino tinto a pequeños sorbos. Tenía su propia teoría, aunque dudaba de que fuera bien acogida.

—¿No tienes ninguna pregunta para mí? Vamos, suéltalo ya. Todos sabemos que hasta que tú hables no habremos sopesado todos los pros y los contras.

La sonrisa de Lucas era sincera y demostraba que no había ni un ápice de maldad en sus palabras, pero Marc no lo veía claro. Y, como se negaba a decir otra cosa que no fuera la verdad, prefería callar. Por lo que, ignorando la invitación de su amigo, seleccionó un trozo de queso de los que habían servido como aperitivo y se dedicó a saborearlo con deleite.

—Marc, de verdad. —Lucas lo miraba con seriedad—. Sabes que me interesa tu opinión.

—Eso ya lo sé, de lo que no estoy tan seguro es de que estés preparado para escucharla.

Todos abandonaron sus posturas relajadas para prestar atención a lo que Marc diría a continuación. Sabían que era el menos propenso de todos a dejarse llevar, y sabían también que sus palabras siempre estaban muy meditadas. Por eso las apreciaban y por eso mismo las temían.

Lucas tomó aire y asintió con un ligero movimiento de cabeza, indicándole que continuara.

—Está bien. Mi pregunta es la siguiente. —Con toda la intención, hizo una pausa y miró a su amigo a los ojos—: ¿Renuncias por ti... o por ella?

Durante los siguientes segundos ninguno de ellos habló. Todas las miradas se posaron en Lucas, que no acertaba a responder.

—Ahí lo tenéis: todas vuestras dudas acaban de ser resueltas.

Y, como si no hubiera soltado una bomba entre ellos, se llevó la copa a los labios y paladeó con placer otro traguito de vino.

—¿Quién es *ella*? —Mientras preguntaba, unos expresivos ojos marrones, ocultos tras los cristales de unas gafas de pasta, aparecieron entre la bruma de su confusión—. ¿¿¿Ella??!! Ella no...

—A mí no tienes que explicarme nada, Lucas —lo interrumpió Marc—. Es a ti mismo a quien

debes aclarar algunas cosas.

—Es que...

—Ah, ah. Yo no quiero saber nada.

Realmente, Lucas no creía que Marc estuviera en lo cierto. Tenía claro que se refería a Amaya, pero ni por asomo llevaba razón. ¡Si ni siquiera había pensado en ella en los últimos días!

Cogió aire para intentar explicarse una vez más, sin embargo, no lo consiguió.

—Como la única mujer con la que te he visto cariñoso estos días es Amaya, la amiga de Laura, doy por hecho que hablamos de ella, ¿sí? —Raúl le guiñó un ojo mientras le pasaba el brazo por los hombros, gesto muy habitual en él. De entre todos, era el más dado a las muestras físicas de afecto—. Es una chica muy bonita. No puedo decir nada más porque no hemos intercambiado muchas frases. Si algo se está cocinando, ya tendremos oportunidad.

—De verdad, tíos, os estáis equivocando de medio a medio.

Sin embargo, aunque en apariencia consiguió convencer a sus amigos de lo que decía, mucho rato después, acomodado entre las sábanas de su cama, volvía a ver los mismos ojos tras las mismas gafas...

Capítulo 5

—**P**ues, entonces, eso es todo. Muchas gracias. Seguiremos en contacto.

Semana tras semana desde que había llegado, sus días habían estado ocupados de principio a fin, sin dejarle apenas tiempo para descansar. Mucho menos para hablar con su socio acerca de su intención de quedarse en Madrid. Ahora, todo había terminado: el equipo ya había sido seleccionado y comenzarían a trabajar al día siguiente. Además, las funciones de cada uno habían quedado establecidas y ya no existían motivos para no hacer las maletas y volver a casa, excepto la necesidad de hablar con él.

Vio que Miguel abandonaba la sala de reuniones y se apresuró a alcanzarlo.

—¿Tomamos algo? Me gustaría comentarte una cosa.

Un rato más tarde, cómodamente ubicados cerca del río Támesis, solicitaron un par de cervezas artesanas y unas porciones de pizza para cenar en uno de los locales de moda de la ciudad.

—Tú dirás...

—Bueno, ya sabes que llevamos años viajando de un lado a otro, edificando aquí y allí y haciendo megaconstrucciones casi por medio mundo...

—Sí. —Miguel mostró una sonrisa orgullosa—. Y eso nos ha reportado sustanciosas ganancias. ¡Brindemos por ello!

Lucas acercó su cerveza a la de su amigo.

—¡*Cheers!*[[1]]

Su compañero era un hombre peculiar, que había pasado ya los cincuenta años. Había perdido a su pareja en un accidente de tráfico, apenas dos años después de casarse. Aseguraba que jamás conseguiría encontrar otra persona mejor con la que compartir su vida, y ni siquiera hacía nada por intentarlo. Se declaró fiel a su recuerdo y se dedicó en cuerpo y alma a viajar y a recorrer mundo. En una de esas salidas conoció al que se convirtió, en primera instancia, en su socio y juntos emprendieron varios proyectos arquitectónicos en Estados Unidos, pero la confianza falló y disolvieron la empresa que habían creado. Tan solo dos años más tarde Lucas y él coincidieron en un avión, cuando ambos, por diferentes motivos, volvían a España tras pasar un periodo en suelo americano. Las horas compartidas entonces sirvieron para aunar la experiencia del más mayor y la energía del más joven creando, meses después, una pequeña empresa que, con el tiempo, fue creciendo y en la actualidad se posicionaba como una de las más fiables del momento.

—Sí, es cierto. No nos podemos quejar en ese aspecto.

—Ni en ese ni en ningún otro, muchacho. ¿Me equivoco?

—Bueno... —Lucas se acarició la barbilla, notando una barba incipiente—. De eso quería hablarte.

—Adelante.

—Estoy pensando en establecerme en Madrid.

Miguel no dijo nada, tan solo movió la cabeza en un gesto afirmativo y se llevó un trozo de pizza a la boca. Lucas prosiguió, al darse cuenta de que no obtendría respuesta de su socio hasta haber expuesto todas sus razones. Tomó aire y continuó:

—Sabes que tengo un apartamento allí desde hace años y, sin embargo, no creo que haya llegado a habitarlo más de seis meses en total. Cada vez me cuesta más abandonarlo. Me gusta y, la verdad, creo que necesito pasar más tiempo allí.

—Hablas de tu piso como si se tratara de una mujer...

—¿Cómo? ¡No! ¡Qué va! —Lucas hizo un gesto con la mano, queriendo desechar esa idea—. ¡No hay ninguna mujer!

Miguel sonrió ante su comentario.

—Y yo no he dicho que la haya.

Lucas miró a su compañero de mesa un tanto asombrado y repasó en silencio sus palabras.

«El subconsciente te ha traicionado». Se mesó el cabello, intentando deshacerse de ese pensamiento. «No hay nada en mi subconsciente que pueda traicionarme».

—Cuando termines de hablar contigo mismo, puedes contarme qué idea tienes para el futuro.

Esas palabras lo trajeron de vuelta a la realidad y se dio cuenta de que había estado ausente varios segundos.

—Eh... Sí, bueno, a ver... He estado pensando mucho en el tipo de construcciones que hemos hecho en los últimos años. Han requerido de muchos viajes y de mucho tiempo fuera de mi casa, y eso es justo que lo quiero evitar. Necesito asentarme y frenar un poco...

—Sea por la razón que sea... —interrumpió Miguel.

—Porque estoy cansado de no saber dónde me despierto y dónde me acuesto.

—Ajá.

—El caso es que quería proponerte algo.

Ante eso, su socio se inclinó un poco sobre la mesa, a todas luces interesado. Los nuevos proyectos siempre conseguían atraer su atención.

—Dispara.

—La energía renovable es el futuro, la preocupación por el cambio climático es algo real y la gente sigue necesitando un lugar donde vivir. Estaba pensando en llevar la construcción de grandes superficies ecológicas autosuficientes a la pequeña vivienda en España.

—Lucas, eso ya existe; ya hay empresas establecidas en nuestro país que se dedican a este tipo de actividad.

—Sí, lo sé. Pero yo quiero ir un poco más allá. Quiero hacerlo accesible a todos los bolsillos, no quiero lucrarme con ello. Quiero dotar a las casas de jardines verticales en todas sus fachadas y en el tejado. Más aún: quiero que el cliente encuentre todo en una sola empresa, que ni él ni nosotros tengamos que perder el tiempo buscando quien haga los trabajos de cimentación, interior, exterior, de diseño y decoración, fontanería, tramitación de cualquier tipo de documentación necesaria... No sé. Todo. En un solo lugar, y sin encarecer los costes básicos ni un céntimo, ofreciendo posibilidades de financiación propia, facilidades de pago... Incluso ayuda para venderlas. Todo.

Miguel lo miraba serio.

—No sé si es la mayor chorrada de la historia... o una de las mejores ideas.

Lucas, sin saber qué más añadir, se apoyó en el respaldo de la silla y, tras pasarse la mano por el cabello, la descansó en la nuca, al tiempo que una tímida sonrisa asomaba a sus labios.

—Bueno, puede que esto me lleve a la ruina, pero quiero intentarlo. Quiero dar una oportunidad a la gente que busca casas ecológicamente eficientes y autosostenibles, y que no quieren perder el tiempo en papeleos. ¿Qué me dices?

—Que el tiempo me ha demostrado que tus locuras tienen mucha cordura.

—¿Te unirás a mí, entonces? Prometo dejarte la parte de viajar por toda España.

La sincera carcajada de Miguel confirmó a Lucas que no emprendería ese proyecto solo.

Amaya, sentada en el asiento trasero del coche de Sandra, intentaba recordar una y otra vez por qué se había unido a esa locura del *aquejarre*. Miraba el perfil de Laura, que viajaba de copiloto, y no comprendía cómo había podido dejarse convencer. «Te va a encantar, ya verás» era lo único que le repetía mientras esperaban en la puerta del centro comercial en el que habían quedado con Sandra.

Según le contó su amiga, la primera vez que ella asistió a una de esas quedadas lo hizo con mil dudas sobrevolando su cabeza. Estaba claro que la palabra *aquejarre* no presagiaba nada bueno, pero al final resultó ser, tan solo, «una reunión de brujillas buscando conectar con su yo interior». Y así fue como Laura se lo transmitió a ella.

El caso era que ya estaba hecho. Iban *camino Soria*, tal y como rezaba la canción de Gabinete Caligari de finales de los ochenta. Al parecer, la última vez que Sandra estuvo allí, se quedó tan enamorada de las buenas vibraciones que le transmitió la casa, que cada vez que organizaba una quedada, trataba por todos los medios de que fuera en el mismo lugar. Y hacia allí se dirigían, inmersas en una conversación en la que Sandra vaticinaba, a su entender, una bacanal, habida cuenta de que solo habría mujeres, pues todo giraba en torno a las relaciones sociales y las mil formas de llevarlas a cabo, entre ellas y como el sumun del vínculo, el sexo. O eso era lo que ella entendía, porque se había perdido en algún punto entre la liberación de energía y la vuelta de esta

al universo.

—Así que tú, corazón, déjate llevar. —Sandra la miraba a través del espejo retrovisor—. Solo tienes que fluir y confiar.

—Bueno, eso de la confianza no me costaría tanto si supiera cuál es el plan.

—Ay, cariño, en eso consiste la confianza: en dejarse ir a manos de otro, en actuar sin cuestionar, en creer que nada malo te pasará junto a las demás... Relájate.

Para Amaya, justo eso, relajarse, estaba resultando una tarea imposible.

—Lau, cielo, vamos a tener que instruir a Amaya en el mundo de la meditación.

Al oír eso, Laura se enderezó en su asiento.

—Eh, sí, sí, claro.

—A estas alturas, doy por hecho que ya habrás alcanzado un dominio de ella más o menos aceptable. Ha pasado casi un año desde que me hiciste caso y la probaste, ¿verdad?

Amaya, ante la reacción de Laura, tuvo claro que ni lo había alcanzado ni lo había intentado siquiera.

—Bueno, aún tengo que seguir practicando, pero... sí. Yo diría que es aceptable.

—¿Meditación? ¡Cómo me gustaría! Me vendría muy bien que me ayudaras en esto, Lau. —No pudo evitar ponerla en un aprieto y prosiguió—: De hecho, este fin de semana podrías mostrarme cómo se hace.

La mirada que su amiga le dirigió decía a las claras que le encantaría verla desaparecer.

«Ojo por ojo...».

Casi cuatro horas después, Amaya estaba deseando que el fin de semana terminase.

Nada más llegar, y con el tiempo justo para los saludos y las presentaciones, Sandra requisó los móviles. Amaya miraba de hito en hito cómo todas se lo entregaban sin rechistar.

«Ay, Dios. ¿Dónde me he metido?».

Sin embargo, como no quería desentonar tan pronto, apagó el suyo y se lo cedió. Tras eso, entraron en la casa y todas, de mutuo acuerdo, comenzaron a abrir ventanas y a cambiar todo de lugar, dejando un gran espacio diáfano en el centro del salón.

—¿Qué se supone que estamos haciendo?

Laura, disfrutando de lo lindo por la atónita mirada de su amiga, respondió sin dejar de empujar una mesilla contra la pared.

—Adecuar el lugar. Debemos dejar que fluyan las energías para que nada obstaculice ni la liberación de las malas vibraciones, ni la llegada de las nuevas. —Y, bajando, un poco el tono de voz, añadió—: O algo así.

—¿Qué dices, Laura?! —Con una mano se tapó los ojos, al tiempo que buscaba un sitio en el que sentarse, porque su cabeza no era capaz de asimilar lo que estaba ocurriendo—. ¿Dónde me

has traído?

—No seas tan dramática y ayuda.

Cuando terminaron de recolocar la casa, se pusieron de acuerdo para ducharse, pues con tanto movimiento habían acabado sudando, y se volvieron a reunir alrededor de la mesa de comedor, donde estaban dispuestas varias fuentes con diversos alimentos.

Y ocho botellas de vino.

—¿Tanto vamos a beber?

—May, cariño, puedes beber lo que te apetezca, hasta caer redonda si quieres, aunque ese no es el fin. Ten en cuenta que somos muchas. —Sandra sonreía de oreja a oreja. Se notaba que estaba feliz de encontrarse ahí. Luego, se dirigió a todas las mujeres que había en la sala—: Id colocándoos, chicas, debemos dar las gracias a la Naturaleza por estos alimentos.

Y viendo que todas se ponían en movimiento, Amaya corrió a colocarse al lado de Laura, cosa que no le resultó nada fácil, pues debía moverse entre un montón de mujeres, a todas luces ebrias de expectación, y, con disimulo, le preguntó:

—¿Por qué no me lo has contado?

—¿El qué?

—Que crees en estas cosas.

Laura sonrió y le guiñó un ojo.

—No se trata de creer o no, May. Se trata de pasar un fin de semana entre mujeres, echándonos unas risas y conociéndonos más.

—¿Y todo ese rollo de la energía? ¿O lo de bendecir la mesa? No me digas que no es raro...

—Puedes aceptarlo o no. Yo no cuestiono nada. —Laura se encogió de hombros dando a entender que eso no era importante para ella—: Tan solo me meto en el papel y disfruto. Y, la verdad, sea por las buenas vibraciones o sea por los bailes a la luz de la luna, llego a Madrid con las pilas supercargadas.

—¿Los bailes a la luz de la luna?

El asombro hizo que abriera los ojos hasta que sintió dolor en los párpados. Pero ya no obtuvo respuesta de su amiga, porque todas se habían asignado un sitio y se cogían de la mano. A Amaya no le quedó más remedio que hacer lo propio y escuchar cómo Sandra agradecía a diestro y siniestro por los alimentos, durante dos largos minutos.

«Solo se ha dejado al escarabajo pelotero. Ay, madre, que me he colado en una secta...».

A pesar del estupor con el que empezó el fin de semana, al terminar la cena había conseguido relajarse un poco y compartir algunas risas con el grupo. Las chicas eran bastante majas y la acogieron con mucho cariño.

Daba cuenta del último traguito de vino que le quedaba en la copa, cuando Sandra se levantó y pidió un poco de silencio.

—Es la hora de tu presentación, Amaya.

Al momento, todas las miradas se volvieron sobre ella y a punto estuvo de atragantarse con el

vino.

—¿De mi qué?

—De tu presentación, corazón.

Como si esa fuera la señal que todas estaban esperando, se levantaron al mismo tiempo y, en un abrir y cerrar de ojos, todo quedó recogido y desaparecieron de su vista. Amaya se sentía como en esas películas en las que la protagonista veía pasar a su alrededor multitud de secuencias a toda velocidad, pero ella era incapaz de moverse. Al ver que no reaccionaba, Laura se acercó a ella.

—May, ¿has traído la ropa de colores claros que te dije?

—¿Qué?

Le estaba costando volver a la realidad.

—La ropa de colores claros. Que si la has traído.

—Sí, bueno, unos pantalones anchos en color crema y una camiseta del mismo color. No tenía otra cosa.

—Perfecto. Vamos a cambiarnos, entonces.

—Laura, un momento, por favor. —Al detenerse ella, frenó el avance de su amiga, que ya se dirigía a la habitación—. Es que estoy pensando que...

—Ese es el problema, May —la interrumpió—. Que piensas demasiado.

Y sin darle tiempo para otra cosa, tiró de su mano y comenzaron a andar por el pasillo en dirección al cuarto que habían escogido.

Apenas cinco minutos más tarde, sin saber cómo, se encontraba en el exterior de la casa, en medio de un gran círculo de mujeres que la miraban sonrientes. Y allí, descalza, tiritando de frío, rodeada por catorce chicas vestidas con prendas claras y vaporosas que se mecía a su alrededor, temió en serio por su vida.

«Por favor, que sea rápido. Por favor, que sea rápido. Por favor, que sea rápido».

En su cabeza comenzaron a conjurarse escenas de canibalismo en las que ella era el manjar, más en concreto su corazón, que se lo arrancaban viva para absorber su energía mientras unas a otras se lo pasaban tras darle un mordisco... Cerró los ojos con fuerza y pensó en salir corriendo.

Piensas demasiado. Solo tienes que fluir y confiar.

Las palabras de Laura y Sandra se colaron entre tan nefastas imágenes y consiguió relajarse un poco. Lo justo para dejar de escuchar los latidos de su corazón retumbando en sus oídos y percatarse de que Sandra la cogía de las manos y se dirigía a ella.

—Hermana, no sientas miedo. Estás rodeada de mujeres bellas y poderosas y ya formas parte de nosotras. Jamás te dejaremos caer. —Soltó sus manos y comenzó a caminar a su alrededor, mientras se dirigía al resto de chicas—: Acojamos a Amaya entre nosotras, como nuevo miembro de nuestra red, y démosle la bienvenida como se merece.

Y sin perder un solo segundo más, Sandra la envolvió en un profundo abrazo y la fue pasando de mano en mano, para que el resto de mujeres hicieran lo mismo.

En su vida la habían estrujado tanto. Pero se sentía bien...

Tiempo después, ya confortada en su cama, seguía alucinando con todo lo que había vivido en las últimas horas.

Capítulo 6

—¿Te lo pasaste bien o no?

Amaya, sentada frente a una taza de café en la cantina de la universidad, intentaba arrojar un poco de cordura al extraño fin de semana que acababan de tener.

—Sí, me lo pasé muy bien, la verdad.

Y era cierto. Tras su «iniciación», estuvieron, como le había advertido Laura, bailando bajo la luz de la luna. No con intenciones esotéricas, ni mucho menos, sino que, a través de un ordenador conectado a un altavoz *bluetooth* —traído por Sandra—, pusieron música y disfrutaron de unos bailes y algunas copas bajo la noche soriana.

—¿Entonces?

—Pues que sigo pensando que es un poco raro.

—Vamos a ver: ¿te trataron mal?, ¿te hicieron sentir desplazada?, ¿hiciste algo que fuera en contra de tus principios?, ¿te obligaron a algo que no quisieras?

Hasta la última pregunta, Amaya fue negando con la cabeza, pero ante la cuestión final, asintió con ganas.

—¡Sí! El trago de agua caliente con limón antes de desayunar no me gustó nada.

—Bueno, mujer... —Laura hizo un leve movimiento con la mano, para restar importancia al hecho—. Podías haberte negado, es solo que Sandra cree que con eso activa nuestras energías desde primera hora de la mañana. Y, total, mal no te va a hacer: es alcalinizante, previene los cálculos renales y mejora la circulación de la sangre. ¿Qué más quieres?

—No sé, visto así... En serio, ¿de verdad no te parece extraño?

—May, conozco a Sandra desde hace... no sé cuántos años. Siempre ha estado muy enganchada a esto del cosmos, los astros, el karma y ese tipo de cosas. Ni una sola vez la he visto hacer daño a nadie. Ella solo te cuenta su experiencia y, si quieres, la sigues. A veces puede resultar un poco intensa, pero tiene un gran corazón y siempre busca ayudar a los demás. Y es una gran psicóloga, por cierto.

—Ya...

—Y te voy a decir otra cosa: ¿cuándo fue la última vez que te sentiste bien entre mujeres? Entre tantas mujeres, quiero decir. Se han pasado la vida convenciéndonos de historias raras sobre lo envidiosas que somos, que los hombres son más nobles, que entre nosotras no podemos trabajar

juntas, que ellos hacen mucha mejor piña... Y nos lo hemos creído. Nos lo hemos creído a pies juntillas. Sin embargo, estas reuniones me demuestran que no es cierto, que las mujeres somos maravillosas, que surgen momentos mágicos cuando estamos juntas[2]. Y, sí, que somos poderosas también. Mira, no sé si tiene que ver con el rollo cósmico de Sandra, pero, como te dije, cuando vuelvo de una quedada de estas, me siento mucho más... fuerte. ¿Y tú? No me digas que no te encuentras con más energía.

—Sí, si no te digo que no... ¡Uf! —Miró su reloj de pulsera y se levantó de la mesa con prisa—. Han sido demasiadas cosas nuevas para mí. Tengo que asimilarlo.

—Tómate el tiempo que necesites, May, pero no niegues la evidencia. ¡Ah, se me olvidaba! —se interrumpió, y miró a su amiga con intensidad—, tengo una noticia que darte. ¿Qué quieres primero?

Amaya, que salía delante de ella, aminoró el paso para ponerse a su altura y la miró desconcertada.

—¿Qué quiero primero de qué?

—La evidencia o la noticia.

—Anda, dame primero la noticia, que intuyo que la evidencia no me va a gustar.

—De acuerdo. Noticia: Lucas estará de vuelta en apenas dos semanas. —Observó la reacción de su amiga y, al ver cómo su cara cambiaba y que se quedaba clavada en el suelo, tuvo claro que no se había equivocado—. Evidencia: has conseguido pasar más de cuarenta y ocho horas sin pensar en él.

Por fin de vuelta en Madrid, Lucas disfrutaba de su carrera matutina, intentando dar forma en su cabeza al proyecto que iniciaría en breve. La idea estaba clara y contactos no le faltaban. Además, con la ayuda de Miguel todo sería mucho más fácil. Antes de despedirse en Londres, habían perfilado algunos detalles y hecho unas cuantas llamadas. Si quería empezar cuanto antes, primero debía encontrar un lugar que le sirviera de oficina. Había barajado la opción de comenzar desde su casa, pero la descartó casi al tiempo que apareció. Su piso siempre había sido un refugio para él y no quería que se convirtiera en un espacio de nervios, tensiones y reuniones. No. Quedaba descartado.

Era el ecuador de la primavera y el ambiente se dejaba notar en los jardines de Sabatini. El paisaje era un regalo para la vista y decidió hacer un alto en el camino y sentarse en uno de los bancos dispuestos por el espacio, mientras su respiración se volvía regular tras el intenso ejercicio realizado.

Un mensaje de Miguel solicitándole las fotos de algunos de los bocetos que habían hecho en servilletas la tarde que le habló de su proyecto, le hizo entrar en la galería del teléfono. Desplazó el dedo demasiado deprisa y el azar quiso que se detuviera justo en las correspondientes a la

noche en la que Laura y Álex anunciaron su compromiso. No eran muchas, apenas cinco o seis, que immortalizaban a los amigos brindando por la buena noticia. Entonces, seleccionó una y, estudiando las caras de todos, se detuvo sobre la de Amaya.

¿Renuncias por ti... o por ella?

La pregunta que le hiciera Marc en la cena de su despedida resonó con fuerza en su mente.

«Pues por mí, ¡qué tontería! ¿Cómo voy a hacerlo por ella, si apenas nos conocemos?».

Aun así, amplió la imagen y se centró en su mirada. Y allí estaba: la chica de ojos tristes. Ni siquiera en ese instante, cuando se encontraba rodeada de amigos y disfrutando de un momento feliz, Amaya había conseguido que la sonrisa llegara a su mirada.

«¿Qué le pasará a esta mujer?».

La verdad era que la encontraba muy bonita. Siendo que no resultaba espectacular a la vista, él se había sentido atraído por ella desde el primer momento, aunque no físicamente. Tenía... algo. La noche en que se conocieron le resultó muy simpática y él había quedado... intrigado. Y eso hacía mucho tiempo que no le ocurría con ninguna mujer. Cierto era que no tenía demasiadas oportunidades de tratar con ellas, pues, a pesar de ser muchas las que trabajaban con él y con Miguel, tenían poco tiempo para intimar. Él llegaba, cumplía con su función y, en cuanto podía, regresaba a Madrid. Y si había encontrado a alguna que le atrajera un poco y con la que hubiera conseguido pasar algo más de unas pocas horas fuera del trabajo, en cuanto emprendía el viaje de regreso desaparecía de su recuerdo.

Sin embargo, con Amaya había sido diferente. Sin estar presente en su cabeza durante mucho tiempo, su imagen aparecía de forma sutil cuando alguien le hablaba del sexo femenino. Como si su subconsciente estuviera tratando de ofrecerle débiles pistas acerca de algo.

«Es porque no has conseguido despertar suficiente interés en ella y eso te resulta extraño».

Era verdad que no le costaba mucho lograr la atención de cualquier mujer de la que se encaprichara, mas lo que le ocurría con Amaya no tenía nada que ver con eso ni con el típico reto de conseguir lo que no se le ofrecía en bandeja. Era más como...

«¿Como qué?».

No tenía ni idea. Aunque reconocía que el efecto que tenía sobre él le resultaba desconcertante. Quizá por eso se decepcionó tanto cuando la última vez que se vieron se habían separado de forma fría. A pesar de todos los intentos que había hecho para poder hablar con ella, no consiguió intercambiar más que ridículas frases sobre temas insignificantes. Y no le había pasado inadvertido el hecho de que ella trataba de evitar a toda costa cualquier conversación que pudiera surgir con él.

«Y así es como esa chica tan maja de Navidad se evaporó por arte de magia tres meses después. Como los Reyes Magos».

Con resignación, se levantó del banco y emprendió, en una suave carrera, el camino de vuelta a casa. Ya le mandaría a Miguel las fotos cuando llegara.

Amaya estaba mucho más que contenta. Durante la reunión de esa tarde habían evaluado los resultados que, en el último mes del proyecto, habían conseguido los chavales del instituto donde se llevaba a cabo la experiencia educativa diseñada junto a Laura y el equipo, lo que certificaba que ellas tenían razón y que un modelo de aprendizaje basado en principios distintos a los que imperaban en el sistema educativo tradicional no solo era posible, sino que, además, conseguía alumnos más motivados y comprometidos con su futuro.

Le parecía mentira que apenas un año antes estuvieran mandando la documentación a la Comisión Europea y en ese momento, a menos de mes y medio de que el curso finalizara, todas las dudas que hubiera podido tener en un principio sobre su efectividad quedaban resueltas. Funcionaba, ¡vaya si lo hacía! Miró a Laura, su jefa y amiga, y evaluó todo lo que ambas habían cambiado en ese tiempo.

El año anterior vivían en ciudades distintas y Laura se pasaba todos los lunes cogiendo un tren para poder dar clases en la universidad y dirigir al grupo de investigación que había creado un par de años antes para la implantación del proyecto. Ella la había acompañado casi desde el principio y, con el tiempo, pasaron de ser compañeras a crear una verdadera amistad. Además, no dudó en apoyarla en sus horas más bajas. De todos esos meses de estrés, incertidumbre y malos momentos habían surgido cosas fantásticas: Laura había conocido al que pronto se convertiría en su marido, Álex, un motero ecologista de pelo largo y ojos rasgados que no había parado hasta hacerla entender que debían estar juntos[3]; la puesta en práctica de una muy buena gestión educativa, incluida la formación de un profesorado implicado que seguiría trabajando así en el futuro, lo que aseguraría unos cincuenta alumnos concienciados al año; la nueva relación de amistad que había comenzado con Sandra que, aunque para ella se movía en un círculo algo complicado, le estaba enseñando que vivir de otra manera era posible; y, quizá lo más importante, había logrado apartar de su vida a Hernán y la idea de que vivir sin chupópteros era posible.

También le había hecho conocer a Lucas y, en consecuencia, su convicción de seguir soltera había sufrido una fuerte sacudida, pero ese era un tema en el que no quería ahondar.

Debía centrarse en el día a día, como decía Sandra: «Si vives pensando en el futuro, al presente solo podrás enseñarle el trasero». Así que, se acercó a su amiga Laura y trató de contagiarle su felicidad.

—Tenemos que celebrarlo, Lau.

—No estaría mal, la verdad. No ha surgido ningún problema durante el curso y a los chicos se les nota el cambio.

Amaya se volvió al resto del equipo y les propuso ir a tomar algo a una de las terrazas que quedaban cerca de la universidad. El sol, que elevaba ya las temperaturas en esos días del mes de mayo, invitaba a disfrutar de él. Por supuesto, la noticia fue acogida con gran entusiasmo y, veinte minutos después, todos se encontraban sentados alrededor de un par de mesas que habían

colocado juntas para disponer de una superficie mayor.

—Entonces, ya es definitivo que te instalas en Madrid, por fin.

Álex y Lucas habían quedado esa tarde. Marc, Daren y Raúl no habían podido unirse a ellos porque sus horarios de trabajo se lo impedían, por lo que solo ambos estaban sentados en ese momento, charlando en actitud relajada.

—Sí. Miguel cree que mi idea tiene muchas posibilidades de ser exitosa.

—Ese tipo de cliente al que quieres llegar... no sé yo. Temo que quizá no pueda permitirse los costes.

—Bueno, no es mi intención enriquecerme. Por suerte, el dinero no es un problema para mí, así que reduciría los precios al máximo, lo justo para no tener pérdidas.

—Chico, yo no entiendo de eso. Con lo que, si tú dices que es factible, adelante.

—Tengo que intentarlo, al menos.

Álex guardó silencio un instante y miró a su amigo antes de preguntarle:

—¿Qué hay de lo que te preguntó Marc?

Lucas sabía a qué se refería. Y él no era de eludir situaciones complicadas.

—Se equivoca. Sé por qué me quedo, por *quién* me quedo. Y lo hago por mí. Estoy cansado de aviones, cambios de horario y habitaciones de hotel.

—Entonces, solo por asegurarme: ¿Amaya no ha influido en tu decisión?

—Nada. Aunque, no te voy a engañar: me hubiera gustado tener algo con ella.

—Desde luego, la noche que os conocisteis parecíais estar muy a gusto juntos. —Añadió, con una sonrisa que no escondía ningún reproche y sí mucha diversión—: Tanto que no nos hiciste caso.

Por primera vez, Lucas fue consciente de lo que decía Álex y se sorprendió por no haberse dado cuenta antes.

—Pues es verdad, pero es que a vosotros os tengo muy vistos ya.

—¿Y qué cambió la última vez que os encontrasteis?

Antes de dar un trago a su bebida, miró a su amigo a los ojos, con un gesto algo derrotista.

—No vas a parar hasta que te cuente incluso lo que ni yo mismo sé, ¿verdad?

—Para eso están los amigos: para llevarte a las profundidades de tu alma y enseñarte luego el camino de vuelta.

Esa vez Lucas rio de verdad:

—Guárdate el rollo de la filosofía india para otro, que yo te conozco de sobra.

—Entonces, déjate de preguntas obvias, y empieza a hablar.

Con un suspiro de resignación, Lucas trató de contestar a su amigo siendo fiel a la verdad:

—Pues no sé lo que pasó. Tenía ganas de verla de nuevo. Durante la cena de Navidad sentí que

congeniábamos bien, a pesar de que le costó un poco al principio dejarse llevar y conversar con tranquilidad. Acabé... no sé cómo decirlo... impactado por ella. Me resultó, además, un poco... enigmática, con esa mirada tan triste...

—¿Y?

—Y no sé qué pasó, ya te lo he dicho. Cuando todos nos fuimos a dormir, habría jurado que había conseguido romper el hielo con ella, pero a la mañana siguiente la sentía otra vez como intentando escaparse de allí. Y, sin embargo, me sorprendió que respondiera a mi abrazo de despedida.

—A ti y a todos, Lucas. Si no fuera porque te conocemos y sabemos que no usas los sentimientos para acercarte a una mujer, habríamos jurado que tratabas de ligar con ella.

—¡Pues claro que no! Si ni siquiera es mi tipo... El caso es que me marcó de alguna manera. Y, en serio, cuando quedamos todos la última vez, tenía ganas de verla y de comprobar que podíamos empezar algo, aunque fuera una amistad, desde donde lo dejamos en diciembre. Pero... después de saludarnos, todo cambió. Me esquivó durante toda la noche.

—Y eso no te gustó.

—¿Cómo me va a gustar, Álex? Me descolocó. Y me cabreó, la verdad. Creo que puse demasiadas expectativas en esa chica. Algo no va bien en su cabeza, te lo digo. En dos días distintos se comportó de mil maneras diferentes.

—Venga, Lucas, no me vas a decir ahora que es bipolar. Tampoco te pases. Además, si fuera así, Laura me lo habría dicho.

De pronto, se le ocurrió que podría averiguar algo más de Amaya y se animó un poco.

—Entonces, ¿qué me puedes contar de ella?

Álex, sorprendido, dejó escapar la risa.

—Vamos a ver, ¿te interesa o no te interesa esta chica?

Lucas se pasó las manos por el pelo, metiendo los dedos entre algunas de las ondas que, al llevarlo un poco más largo de lo normal, se habían formado alrededor de la frente.

—No, déjalo. Creo que es mejor pasar de ella, me parece que es demasiado complicada para mí.

—Sí, tienes razón. —Se puso en pie y añadió—: Vámonos, anda, que he quedado en recoger a Laura en media hora. ¿Me acompañas hasta la universidad? Está a solo un par de calles de aquí.

—¿Amaya no trabaja con ella?

—Sí, y hay una parada de autobús en la puerta, por si quieres irte antes de que las chicas salgan y te vean. De hecho, es la parada que te pilla más cerca ahora mismo.

—Ya entiendo: en tu moto solo hay sitio para uno más, y no soy yo.

—Bueno... —Álex no se dio cuenta de cómo había sonado su proposición hasta que su amigo se lo hizo notar—. Lucas...

—Anda, que solo estaba bromeando... Además, si llegamos antes, puedo subir al bus, como dices, y marcharme antes de que salgan.

La sonrisa que le mostró dejaba claro que lo decía en serio.

Como Álex decidió que era una tontería mover la moto para tan corta distancia, empezaron a caminar en la dirección acordada mientras hablaban de otros temas, consiguiendo que Lucas dejara de pensar en Amaya.

A poca distancia del edificio, tuvieron que pasar por delante de algunas terrazas que, a esas alturas del año, comenzaban a estar llenas de gente que aprovechaba el sol para tomar algo antes de comer. Justo antes de llegar a la última, un tono de voz conocido hizo que Lucas se detuviera y mirara en la dirección de donde provenía el sonido. Y se quedó clavado en el suelo.

—Álex, las chicas ya han salido.

Con un movimiento de cabeza, le señaló a su amigo la mesa en la que se encontraban Laura y Amaya. Esta última, miraba sonriente a uno de los integrantes del grupo en el que estaban y contestaba, alegre, a lo que el otro le decía. Para Lucas, esa Amaya que se presentaba ante sus ojos en ese momento era bien distinta a la que él había visto la última vez que coincidieron, pero, a la vez, muy parecida a la que lo saludó aquella misma noche. Y, para ser sincero consigo mismo, con la que él quería tratar, a la que quería conocer... La observó unos segundos, lo justo para darse cuenta de que parecía relajada, confiada, como si todos los problemas que tuviera entonces hubieran desaparecido en ese tiempo que llevaban sin verse. De hecho, descubrió que tenía una sonrisa preciosa...

Agitó la cabeza ante ese pensamiento y se dio cuenta de que Álex lo miraba con una expresión divertida en la cara.

—¿Las avisamos de nuestra presencia o aún necesitas unos segundos más para estudiar a Amaya? ¿O quizá prefieres subir al autobús antes de que se den cuenta de que estamos aquí?

Sin embargo, no tuvo tiempo de responder, porque Laura ya levantaba la mano en un gesto de saludo dirigido a ellos. No fue a ella a quien miró Lucas, sino a su amiga. Al observarse los dos, durante un pequeño instante él pudo ver la misma emoción en sus ojos de la que meses atrás disfrutó, pero, apenas un segundo después, esta mudó en una expresión de tristeza que, sin saber cómo, atenazó su garganta con un sentimiento de derrota.

No creyéndose capaz de soportar esa sensación sin haberse preparado antes, saludó con la mano a las chicas, se despidió de Álex con un simple «hasta otra» y siguió andando hasta la parada del autobús que, por fortuna, le daba en ese momento la vía de escape que necesitaba. Subió a él y, una vez acomodado, se prometió averiguar el motivo de la tristeza de Amaya.

«Y acabar con él».

Antes de cambiar de idea o de asustarse por lo que estaba pensando, desbloqueó el teléfono y llamó a Miguel para hablar sobre la nueva empresa.

Capítulo 7

—**Á**lex, olvídale. No pienso hacer de celestina entre Lucas y Amaya.

Laura no podía creer que estuvieran manteniendo esa conversación.

—Y no te estoy pidiendo que lo hagas. Solo te digo que antes, cuando os hemos visto en la terraza, a Lucas le ha cambiado la cara al ver a Amaya.

—Bueno, puede ser porque no se caen bien...

—Ya, y puede ser que lo de mis antepasados indios sea mentira.

Laura dejó lo que estaba haciendo en ese momento y se volvió con rapidez para mirar a su novio.

—¿Es mentira?

Álex cerró los ojos un instante y luego se acercó a ella para rodearle la cintura con sus brazos.

—Sí, *unangwa*, tan falso como que entre tú y yo saltan chispas cada vez que nos tocamos.

Laura, ante el apelativo cariñoso con el que Álex se refería a ella, sonrió y le dio una suave palmada en el pecho, a modo de reproche.

—Vale, es cierto que ese no es el problema. Tú sabes que May es muy... sensible. Y, aunque sé que siente algo por Lucas, no tengo la menor intención de forzar ninguna situación entre los dos. Además, puede que te equivoques con tu amigo.

Álex, que había empezado a depositar pequeños besos en el lóbulo de su oreja, se separó y la miró a los ojos:

—¿Me equivoqué con nosotros, acaso?

Recordó aquella frase que le dijera casi un año antes: «Tú y yo tenemos que estar juntos».

—No, no lo hiciste. Pero, de verdad, ellos no son nosotros. Y, además, son mayorcitos para decidir lo que quieren.

—Solo te pido que organicemos algo todos juntos. Y si veo que tienes razón y no necesitan nuestra ayuda o, algo del todo improbable, que me he confundido con ellos, prometo no insistir ni una sola vez más. ¿Qué me dices?

—Mmm... Que podrías intentar ser un poco más convincente, al menos como hace unos segundos.

Y movió la cabeza, dejando al descubierto el cuello, en una muda invitación. La sonrisa de Álex le dijo que aceptaba su proposición y, cuando la alzó en sus brazos y se dirigió con ella al

dormitorio, a ninguno de los dos les cupo duda de que acababan de conseguir del otro todo lo que querían.

Cuando un par de mañanas después Amaya abrió la puerta de su casa, se encontró a Laura con la mirada fija en el felpudo.

—¿Y esto?

May se encogió de hombros y le cedió el paso al interior.

—Sirve para limpiarse los pies y no meter toda la mierda de la calle.

—¡Oye! —La respuesta de su amiga no era la que esperaba, ni mucho menos—. Alguien se ha levantado guerrera...

—Laura, es solo un felpudo.

—Sí, pero uno muy explícito.

—No lo creo...

—Perdona, ¿qué otro significado puede tener «No te molestes en llamar si el único pito que traes está entre tus piernas»? Está muy claro que no tienes el cuerpo para tonterías.

—Efectivamente. Ni el chichi para farolillos.

—¡May!

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Tengo cistitis.

Laura, que había llegado ya al salón y dejaba en ese momento el bolso colgado de una silla, se dio la vuelta y enfrentó a su amiga.

—¿En serio?

—Como te lo cuento.

—¿Y lo del felpudo?

—Lo encontré ayer en internet mientras buscaba remedios caseros para mis dolencias.

—¿Qué dolencias?

—La cistitis.

—¿En serio?

Amaya se acercó a ella, la agarró de los hombros y le preguntó:

—¿Quieres un felpudo? Creo que has entrado en bucle.

Segundos más tarde, mientras Laura intentaba buscar algún sentido al intercambio de estupideces que acababa de tener con su amiga, May salía de su cuarto empujando una caja de cartón. Al llegar a su altura, la abrió, mostrándole su contenido.

—Tenían una oferta estupenda que no pude rechazar. Hay mensajes para todo tipo de situaciones y, si la gente es un poco avispada, cuando lean el que cada día ponga en la puerta, lo

mismo se piensan lo de volver otra vez.

Una a una, Amaya le fue enseñando las alfombrillas que llenaban la caja y en las que se podían leer mensajes con significados inequívocos.

—Madre mía, creo que voy a llamar a Sandra.

—¿También le gustan los felpudos?

Laura, que en ese momento se dirigía con presteza a su bolso, levantó la cabeza y miró a su amiga con incredulidad:

—No lo sé, pero seguro que lo que también hace es tratar casos como el tuyo.

Amaya, por toda respuesta, se encogió de hombros y empezó a recoger todo lo que había sacado.

—¿Me escucháis bien?

La cara de Amaya demostraba que le importaba poco lo que ocurría a su alrededor. La de Laura, algo de preocupación. Ambas miraban la pantalla del ordenador de la primera, en la que Sandra, a través de Skype, buscaba hacerse oír.

—Sí, Sandra. Dime, ¿cómo lo ves?

—May, corazón, lo primero que tienes que hacer es tomar mucha cola de caballo...

—Para colas estoy yo...

—¿Cómo dices, corazón? Habla un poquito más alto.

—Oye, May —Laura intentaba ponerse seria con su amiga que se mostraba desganada... y pasota—, si no colaboras esto no tiene sentido.

Por toda respuesta, solo obtuvieron un resoplido.

—Cielo, en serio, cola de caballo, que es diurética, y necesitas soltar todos esos sentimientos negativos a través de la orina.

Entonces sí, Sandra consiguió captar la atención de las otras dos chicas.

—No sé qué te habrá contado Laura, pero yo no tengo sentimientos negativos.

—¿Te extraña eso y no lo de la orina? —intervino Laura, aunque nadie pareció escucharla.

—A veces, May, no somos conscientes de lo que ocurre en nuestro interior. Por suerte nuestro cuerpo es sabio y tiene mil maneras de hacernos llegar esa información. Cuéntame, ¿qué te preocupa?

—Eso, cuéntanos, Amaya. ¿Qué te pasa?

—¡Es que no me pasa nada! Es solo... que... —Pequeños hipidos comenzaron a surgir de su garganta—. Yo... —Sin poder evitarlo, fue presa de un torrente de lágrimas.

—Eso es, corazón, suéltalo. —Sandra, desde la pantalla, hacía gestos con las manos que iban desde su cabeza hacia abajo, de forma repetitiva, al mismo tiempo que marcaba la respiración—. Suéltalo, que fluya...

—May, ¿quieres un pañuelo?

—Suéltalo, déjalo salir...

—¡Sí, por favor! No sé qué me pasa...

—Libérate, échalo...

Laura, mirando alternativamente a sus amigas, empezaba a dudar de haber hecho lo correcto.

—Gracias. —Se sonó la nariz sin ningún decoro—. Yo solo quería..., quería... ¡No sé qué quería...!

Y siguió llorando de forma desconsolada.

—No te cortes, amor, expúlsalo, destiérralo de ti... Aah, aah, aah... no lo queremos, déjalo ir...

—Sandra... —A esas alturas, el esfuerzo que Laura hacía por controlar la situación comenzaba a pasarle factura—. Creo que nos ha quedado claro.

Al segundo, la pantalla mostraba una Sandra sonriente. No así, Amaya, que se había recostado contra el respaldo del sofá y ocultaba la cabeza entre los brazos de Laura.

—Me alegro de haber servido de ayuda, pero, May. —Sandra esperó a tener la atención de la aludida antes de continuar—. En serio, los problemas urinarios indican que sientes frustración ante tus emociones.

—¿Qué emociones?

—Ay, cariño, eso debes descubrirlo tú. Yo solo puedo decirte que la orina es la representación de sentimientos viejos que ya no necesitas y que debes dejar marchar... Si tienes infección, el cuerpo te está señalando que justo eso es lo que no estás haciendo y, al final, se enquistan.

Amaya miró a Laura, como pidiendo una explicación. Esta tan solo se encogió de hombros, desentendiéndose por completo de las palabras de su amiga.

—No comprendo...

—Busca en tu interior, escucha tu cuerpo que te habla, desbloquea la energía curativa que posee liberándote del miedo que te da encontrar la respuesta...

Ante el tono que empezaba a adquirir la conversación, la cara de alucinación de Amaya y el temor a que Sandra se hiciera fuerte y ya no consiguieran frenar su verborrea energética, Laura decidió poner punto final a la videollamada. Cuando unos instantes después creyó tener la situación bajo control, intentó hacer hablar a su amiga.

—¿Te sientes mejor?

—Sí... y no. Creo que Sandra tiene razón: no acepto mis emociones.

—May, no digo que los consejos de Sandra no sean buenos, además, ya te dije que es una gran psicóloga, pero... —Se separó un poco de ella para poder mirarla bien—. Pero... tampoco te los tienes que tomar al pie de la letra, ya sabes cómo es respecto al universo y todo eso...

—Lo sé, lo sé. —Cerró los párpados antes de continuar—: Aunque esta vez no se equivoca.

—Explícate, anda.

En su lugar, Amaya se levantó y empezó a recoger los pañuelos que había utilizado durante la

extraña conversación a través del ordenador. Cuando hubo terminado, enfrentó a su amiga:

—Tengo miedo de reconocer lo que Lucas me hace sentir. Miedo de «dejarlo fluir», como dice Sandra, y de volver a sufrir por un papanatas como Hernán, o todos los que vinieron antes.

Laura se levantó también y se acercó a ella.

—Solo te puedo asegurar una cosa: no creo que ningún amigo de Álex se parezca al parásito de tu ex. Al menos, los que conocemos, y Lucas está entre ellos. Así que, ¿dónde está el problema en aceptar y mostrar lo que sientes?

A esas alturas de su relación, Amaya tenía asumido el concepto que su amiga tenía de su último novio, por lo que no le importó que usara ese adjetivo.

—Precisamente en eso, Lau. —Tomó aire y prosiguió—. En sentir... y en sufrir.

Dejó caer los hombros en un gesto derrotista, y al segundo se sintió reconfortada por el abrazo de Laura y por sus palabras.

—Pues no sufras. Disfruta, diviértete, aprovecha lo que la vida te da y sé feliz.

—Empiezas a hablar como ella.

—Mmm, tienes razón. Entonces, disfruta, diviértete y... sé feliz.

—¿Y si me vuelven a romper el corazón?

—¿Y si mejor te centras primero en conocerle y dejas esas suposiciones para más adelante?

—¿Y si...?

Laura no permitió que continuase:

—¿Y si nos dejamos ya de teorías y tiras todos esos pañuelos a la basura? Porque no entiendo cómo has podido usar tantos en tan poco tiempo...

—Bueno, es que genero muchos mocos cuando lloro.

—Podemos preguntarle a Sandra qué te quiere decir tu cuerpo con eso...

Al fin, una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Amaya.

—Mejor otro día...

—¡Álex! ¡Ya estoy en casa!

El chico apareció desde el fondo de la estancia.

—¿Y qué tal ha ido con Amaya?

—Bueno, digamos que ya va siendo hora de que nos juntemos todos...

—Así que yo tenía raz...

Laura le puso un dedo en los labios impidiéndole así terminar la palabra.

—Solo por esta vez... Si no funciona, dejaremos que sean ellos mismos los que decidan por dónde continúa su relación... O si continúa.

Álex asintió con la cabeza.

—Tienes mi palabra.

—Espero, de verdad, que no te hayas equivocado.

—No lo he hecho. —Le dio un beso en la frente para tratar de calmar sus temores—. Confía en mí, *unangwa*.

Y ante esa palabra, como siempre, Laura no pudo más que claudicar.

Capítulo 8

Laura y Álex tardaron algo más de dos semanas en encontrar una fecha en la que los amigos, por ambas partes, tuvieran un día libre con la esperanza de que, tal y como decía este último, el plan de juntarlos a todos hiciera que Lucas y Amaya rompieran el hielo que se había instalado entre los dos.

Durante ese tiempo, Amaya había pensado mucho en lo que Sandra le dijera en aquella sesión de Skype, acerca de dejar fluir las emociones para así poder deshacerse de las frustraciones y, por ende, de la molesta infección que sufría. Y lo consiguió. Aunque no quiso pararse a pensar si su liberación había sido fruto de la claridad de pensamientos o del antibiótico que el médico le recetó.

Fuera como fuese, ese sábado por la mañana se sentía con ganas de descubrir su reacción cuando se encontrara cara a cara con el sujeto de todas sus preocupaciones: Lucas. Por eso, se había levantado antes de que sonara la alarma del despertador y había llegado con antelación a su cita en la entrada de la estación de AVE de Atocha y ahora le tocaría esperar a que el resto del grupo se uniera a ella.

—Vaya, has sido la primera en llegar.

El cosquilleo de anticipación que sintió en el estómago al reconocer de quién era la voz que la saludaba así desde su espalda, le hizo dudar de sus intenciones. Pero no tuvo tiempo de analizarlo porque, al darse la vuelta, su mente se quedó en blanco disfrutando de la visión de los mismos ojos verdes que llevaba meses viendo en sus sueños.

Por toda respuesta, solo fue capaz de sonreír.

Lucas aprovechó su silencio para ahondar en su mirada y tratar de adivinar si ese día ella estaría triste, como al final de todos sus encuentros, o animada, como al principio de ellos. Y, tal y como imaginaba, esa primera toma de contacto visual demostraba que encontrarse, lejos de afligirla, otorgaba a su rostro una emoción muy positiva que Lucas quiso hacer durar un instante más. Por eso, antes de darle la oportunidad de permitir que el brillo de sus ojos se apagara, hizo lo que le pedía el cuerpo cada vez que la tenía cerca: envolverla entre sus brazos.

Y tal y como siempre ocurría, Amaya, sin capacidad para responder a ese gesto que despertaba en ella temor y dicha a partes iguales, accedió a que fuera el subconsciente quien ordenara su próximo movimiento.

Y así fue como Álex, Laura y Marc los encontraron: abrazados junto una de las gigantes esculturas de bronce situadas a la entrada de la estación.

—Parece que disfrutaremos de un gran día en Toledo...

—Sí, frío no vamos a pasar...

Poco a poco se iban acercando a ellos, haciendo comentarios casi a voces, para darles la oportunidad de separarse... si es que querían. El efecto fue casi inmediato y ambos se lanzaron a saludarles.

Para Amaya, el momento que había temido, volver a verle, se había convertido, como siempre le pasaba, en una experiencia agradable. Sin embargo, al contrario que las otras veces, superó la necesidad de encerrarse en sí misma y alejarse de lo que en realidad deseaba: Lucas. Se obligó a relajarse y a disfrutar de su abrazo, de su olor, de su presencia... Una parte de ella trataba de hacerse oír y la instaba a salir corriendo, pero se había hecho una promesa a sí misma: disfrutar de lo que llegase. Se dio cuenta de que permitirse ese lujo le provocaba pánico, quizá por tanto dolor como había acumulado, y su lado racional insistía en ponerse a salvo. Un mecanismo de supervivencia puro y duro. Por fortuna, unas voces conocidas a su espalda la salvaron de seguir analizando lo que debía y no debía hacer y, a regañadientes, dejó caer los brazos y se separó de Lucas. Justo un instante antes de volverse, se concedió mirar en sus ojos y averiguar qué sentía él. Lo que vio hizo que el pánico se transformara en vértigo... ¿Podría ser felicidad? ¿De verdad Lucas sentía lo mismo que ella? No tuvo tiempo para más.

A la vez que Marc lo miraba con algo de reproche y le palmeaba la espalda a modo de saludo, Lucas intentaba recuperarse de la impresión que le había originado darse cuenta de las ganas que tenía de volver a abrazar a Amaya. Horas antes no hubiera dicho que eso pudiera ocurrir. Ese no era el momento, aunque se prometió analizar lo que acababa de pasar. No era un hombre dado a postergar ninguna cuestión. Buscaría la ocasión y encontraría la respuesta.

—¿Todo bien, Lucas?

—¡Claro, Marc! ¿Y tú?

—Con la cabeza bien puesta sobre los hombros, como siempre.

Sabía con absoluta certeza qué era lo que su amigo trataba de averiguar: *¿te quedas por ti... o por ella?* Que hubiera descubierto que tenía ganas de Amaya —«¿de dónde has sacado esa forma de pensar, Lucas?»—, se preguntó al instante— no quería decir que su decisión de instalarse en Madrid tuviera que ver con ella. Ya lo había expresado en dos ocasiones y no tenía ningún problema en hacerlo una tercera vez. Por eso, respondió con rotundidad:

—Ya somos dos, entonces.

—Felicidades, cabezas pensantes, por vuestra racionalidad. —Raúl, que acababa de llegar con Daren, interponiéndose entre los dos, agarró a cada uno con un brazo—. Lamento no unirme a vosotros. Ya sabéis que yo soy más de actuar primero y pensar después...

Hechos los saludos, todos comenzaron a andar hacia la entrada de la estación.

—Un momento. Laura —Marc se volvió hacia la chica—, ¿no falta tu amiga?

—¿Sandra? No, ella no vive en Madrid. Nos reuniremos en Toledo.

Una vez localizados los asientos, Laura y Amaya se sentaron juntas independientemente de lo que dijeran sus billetes, por lo que obligaron a los chicos a ubicarse como mejor les pareciera.

—Podéis disponer de mi plaza como queráis. Para media hora de trayecto, yo iré a la cafetería. Necesito un buen trago de café solo.

Los hombres miraron a Marc y asintieron sin hacer mucho asunto del comentario, pero Amaya no pudo evitar preguntar por un comportamiento tan raro.

—Tranquila, él es así. Solitario.

Lucas, que había escogido el asiento que se encontraba justo detrás de ella, le dio la respuesta mientras, de pie, se apoyaba en el reposacabezas que tenía delante y la miraba desde arriba ofreciéndole esa sonrisa que hacía temblar cada fibra de su cuerpo, que sabía constituía un cebo irresistible. Movidó por un impulso, añadió, además, un guiño de ojo que provocó en ella un súbito acaloramiento.

Antes de que alguno de los dos pudiera reaccionar a lo que acababa de ocurrir, Daren proporcionó algo más de información sobre su amigo.

—Es un CEO[4], ¿qué queréis? Tiene sobre sus hombros una gran responsabilidad. No puede permitirse un solo minuto libre. Lo que no sé es cómo ha conseguido sacar un hueco para unirse hoy a nosotros...

—Lo dices tú, que diriges tu empresa con mano firme y que has convertido una de tus casas en tu centro de operaciones cuando la oficina está cerrada. —Álex, quien había hecho el comentario, movía la cabeza, incrédulo, de un lado a otro—: No entiendo cómo podéis llevar este ritmo de vida sin ser víctimas del estrés.

—Bueno, mi caso no es como el de Marc. Además, te recuerdo que el *centro de operaciones*, como bien dices, surgió tan solo para darle una salida al piso de mis padres, que se negaron a vender cuando se trasladaron al campo. Mi casa, la única que tengo, por cierto, está libre de trabajo.

—No intentes comprenderlo, Álex. —Raúl, que compartía asiento con Daren, intervino justo cuando el tren se ponía en marcha—. Los únicos que tenemos una vida disoluta, sin horarios y sin presiones, somos tú y yo. —Extendió la mano para chocar la palma con su amigo—: Libres como el viento.

Tras unos cuantos comentarios más, la conversación derivó en otros temas y, casi sin darse cuenta, Marc apareció en el vagón, pues estaban a punto de llegar a su destino.

—¡Hola, amores! —Sandra, que los había visto llegar a través del cristal de la cafetería en la que se encontraba desayunando, no dudó en levantarse y salir a recibirlos—. ¡Por fin estáis aquí!

Se dirigió en primer lugar a Amaya y la agarró con firmeza de los hombros mientras buscaba

algo en sus ojos. Tras unos segundos de silencio en los que nadie osó hacer ni un solo ruido, dada la concentración de la que ella hacía gala en ese momento, sonrió abiertamente y, entonces sí, la abrazó.

—¡Qué bien te veo, May, cariño! Doy por hecho que has conseguido poner en orden tus energías internas, porque ese brillo en la mirada solo puede significar una cosa. ¡Estás preciosa, por cierto!

Antes de que pudiera seguir hablando, Laura decidió interrumpirla y continuar ella con el saludo, pues intuía que podría decir algo que pusiera en un compromiso a alguien. Lo que no pudo impedir fue que abrazara a todos y cada uno de los integrantes del grupo, casi con adoración. Pero así era Sandra, intensa, y, como le dijo una vez, los abrazos o se dan con el corazón, o no se dan. Punto. No había término medio para ella en ese sentido.

Y todos se lo devolvieron más o menos con la misma disposición, salvo Marc, claro, que apenas se dejó envolver por sus brazos.

—Ay, Marc, cuántas cadenas te quedan aún por romper... —Ahondó en sus pupilas, como minutos antes había hecho con Sandra, hasta que consiguió que se pusiera nervioso y retirase la mirada—. Si dejaras que tu parte femenina saliera a la luz...

No pudo continuar, porque este se deshizo de sus brazos y se dirigió al interior de la cafetería, pisando fuerte y protestando.

—No puedo, de verdad que no puedo...

Lejos de sentirse ofendida, Sandra dejó salir su cantarina risa, lo que provocó aún más el enfado del otro.

—Venga, Sandy. —Raúl, con su gesto característico de pasar un brazo por los hombros de cualquiera, agarró a la chica y comenzó a andar con ella hacia el interior del local—. ¿Puedo llamarte así?

—Tú puedes llamarme como te nazca del interior, corazón. Por cierto, ¿te he hablado ya de mi red?

El resto, asimilando lo que acababa de ocurrir, siguió los pasos de la pareja hasta disponerse todos alrededor de la mesa en la que Sandra los había estado esperando.

Esa vez, Amaya no hizo nada por evitar que Lucas y ella acabaran sentados uno al lado del otro. Cuando sus rodillas se rozaron por debajo de la mesa, los latidos del corazón de Amaya se volvieron más intensos, haciendo que, de pronto, sintiera más calor del que en realidad hacía, y no dudó en quitarse la fina chaqueta de hilo que había utilizado para cubrirse los hombros esa mañana. Lo intentó dos veces, pero parecía que algo le impedía cumplir la tarea. Lucas, ajeno al camarero que se había acercado a tomar nota del pedido, se inclinó sobre ella.

—Espera, déjame ayudarte. —Aprovechó el momento para dejar que sus dedos rozaran la piel de su cuello—. Parece que la etiqueta se ha enganchedo en el cierre del colgante. Dame un segundo...

Un segundo que a Amaya se le hizo eterno, porque podía jurar que Lucas, además de deshacer

el entuerto, disfrutaba del contacto. Sin embargo, tal y como había empezado, el roce cesó. Quizá demasiado rápido, al fin y al cabo...

Cuando él volvió a su silla, lo miró sonriente.

—Gracias...

No pudo decir más porque, de nuevo, descubrió en los ojos de Lucas ese mismo sentimiento que había visto por la mañana en la puerta de la estación de Atocha.

La mañana transcurrió entre visitas a los lugares más emblemáticos y fotografías en rincones escondidos con los que tropezaban sin querer. No en pocos momentos de esos resultaba que Amaya y Lucas acababan posando uno al lado del otro, y en más de una de estas ocasiones, incluso él se atrevió a agarrarla por la cintura.

Cuando un rato después paseaban buscando un lugar en el que comer, por suerte o por intención del resto del grupo, acabaron ellos solos, caminando algo alejados de los demás.

—Creo que, por fin, te veo «de maravilla».

Amaya, que recordaba de sobra la primera vez que se conocieron, no pudo menos que sonreír.

—Bueno, no sé si es justo así como estoy. Aunque sí, me encuentro mejor que hace unos meses...

—¿Y puedo preguntar a qué se debe?

«A ti». Estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero se contuvo a tiempo. Sonrió, sin embargo, antes de contestar.

—Puedes, pero eso no significa que vaya a responderte.

—Vale, entiendo que es algo de lo que no quieres hablar.

—O es un tema para el que aún no hemos alcanzado el grado de confianza necesario.

Lucas le concedió esa posibilidad.

—Cierto. Entonces es algo que tenemos que solucionar.

—Bueno, podemos intentarlo. Aunque puede que entre viaje y viaje perdamos todo lo que vamos ganando.

Amaya no sabía de dónde estaba sacando la valentía para expresarse así con él, pero intuía que su propósito de disfrutar del momento tenía algo que ver.

—¿Te vas?

—¿Adónde?

—No sé, dímelo tú.

—No, tú, que has preguntado, Lucas.

—De viaje.

—Pues no lo tenía pensado, la verdad...

—¿Entonces? No entiendo...

—Yo tampoco, sinceramente...

Lucas agrandó los ojos y se pasó la mano por el pelo.

—Menuda conversación de besugos, Amaya... —Rio—. Creo que es la peor manera de ganar confianza.

—Sí... Perdona, es que no sé de dónde has sacado que me voy.

—Has dicho que entre viaje y viaje...

—¡Ah! —lo interrumpió ella, moviendo una mano en el aire para restar importancia al absurdo diálogo que acababan de tener—. Lo decía por ti, que no paras de viajar.

Entonces, el rostro de Lucas se puso un poco más serio.

—No habrá más viajes, Amaya.

—¿Cómo dices?

—Me quedo en Madrid. Estoy cansado de ir y venir. Necesito... estabilidad. —Ni él mismo pudo entender por qué había impregnado sus últimas palabras de un cariz más grave—. Empiezo un nuevo proyecto en España.

En la cabeza de Amaya todo daba vueltas para poder averiguar el verdadero significado de lo que Lucas le quería decir.

«¿Estabilidad? ¿Ha dicho estabilidad? ¿Estabilidad de qué tipo? ¿Profesional? ¿Mental? ¿Personal?».

Ella no podía darse cuenta, debido a lo ensimismada que acababa de quedarse en sus pensamientos, pero las caras que iba poniendo conforme se hacía preguntas empezaron a poner nervioso a Lucas.

—¿Te encuentras bien?

Ella no contestaba. Solo fruncía los labios y subía y bajaba las cejas.

—Amaya, ¿me escuchas?

«¿Y si lo que está tratando de decirme es que se queda para que él y yo...?». De pronto, una idea acudió a su mente. «¡Dios mío! Me está proponiendo...».

No pudo terminar la frase porque aterrizó de nuevo en la tierra cuando notó que la agarraban de los hombros, y volvió a la realidad a través de unos maravillosos ojos verdes que la miraban demasiado cerca. Tan cerca que pudo apreciar unas pequeñas motas marrones que salpicaban sus iris.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí dentro?

—Eh... sí, sí, estoy aquí. Te oigo, Lucas. Me estabas hablando de la estabilidad.

Él, más tranquilo, emprendió la marcha y Amaya con él.

—Sí, me he pasado los últimos diez años de allá para acá. Viajar está bien, pero me he cansado.

—Ajá...

«¿Diez años? Eso es muchísimo tiempo...».

—Tengo un piso en el centro y apenas lo he habitado unos meses en total. Quiero... disfrutar de

él. Y de horarios más normales, de salir de vez en cuando, de estar con gente, con amigos. —Giró la cabeza y la miró—. ... Con amigas.

«¿Amigas? Bueno, por algo hay que empezar».

—Claro, claro. Te entiendo. Es normal.

Lucas se paró de nuevo y Amaya tuvo que hacerlo también.

—Amaya, voy a ser claro contigo. ¿Te parece bien?

—Eh... Sí, adelante.

—Me caíste muy bien en Navidad. La noche en la que Álex y Laura anunciaron su compromiso, tenía muchas ganas de verte, aunque luego tu reacción me sorprendió tanto que pensé que me había equivocado. —Le dio unos segundos por si quería añadir algo, pero, al parecer, todo lo que tenía que decir era un simple «ajá», así que continuó—: Y hoy tengo la certeza de que podemos llevarnos bien... si tú quieres.

—Ya...

Amaya no era capaz de otra cosa que no fuera analizar, palabra por palabra lo que Lucas le estaba diciendo. «Esto no se parece en nada a una declaración, luego no hay peligro de que se vaya a iniciar una relación, luego nada me impide empezar una amistad, luego...».

—¿Quieres o no?

—¿El qué?

Lucas empezaba a darse cuenta de que era muy dada a abstraerse en sus propios pensamientos y eso, lejos de molestarle, parecía que le divertía.

—Casarte conmigo.

Amaya, de súbito, fue presa de un ataque de tos. Cuando por fin pudo respirar con normalidad, miró a Lucas a través de sus gafas de pasta, con los ojos muy abiertos y demostrando auténtica sorpresa.

—Pe-perdona... Creo que no te he oído bien.

—Que seamos amigos.

Entonces sí, la cara de Amaya se relajó y sonrió, aunque, esa vez, el gesto tenía más de tensión que de alegría.

—Te estaba tomando el pelo, Amaya. Tranquila. No pienso en el matrimonio... Es que, de vez en cuando, parece que te quedas como... en tu mundo.

Ella suspiró con intensidad, como si se hubiera quitado un peso de encima. De verdad podía enamorarse de ese hombre hasta el tuétano, pero lo de pasar por la vicaría le resultaba excesivo.

—Es algo que me ocurre con frecuencia desde... bueno, desde siempre, en realidad. Me dejó llevar por lo que tengo en la cabeza.

Lucas le pasó un brazo por los hombros y la apretó con suavidad.

—Tú tranquila, todos tenemos nuestras rarezas. ¿Amigos entonces?

Esa vez, la sonrisa de Amaya sí fue real y Lucas tuvo la certeza de que alcanzaba sus ojos cuando contestó:

—Amigos.

Horas más tarde, de vuelta en Madrid y cada uno ya en su casa, ni Amaya ni Lucas podía imaginar que Laura y Álex, acomodados en el sofá de su casa, brindaban por lo bien que había resultado el día para sus amigos.

Tampoco podían adivinar que cada uno era objeto de los pensamientos del otro.

A la mañana siguiente, Amaya se levantó corriendo de la cama, rebuscó en una gran caja de cartón, abrió la puerta de su piso y mientras con una mano se hacía con el felpudo que descansaba en ese momento en el suelo, con la otra depositaba el que segundos antes había encontrado. Cerró la puerta y, con una sonrisa en los labios, se dispuso a comenzar el día.

En el rellano, un felpudo de alegres colores rezaba: «LA VIDA ESTÁ HECHA PARA SONREÍR».

Capítulo 9

Después de lo bien que fue el viaje a Toledo, Amaya empezó la semana con más energía de la que nadie estaba acostumbrada a ver en ella. Laura, conocedora del motivo, dejó pasar todas las oportunidades que aparecieron para sacar el tema y preguntar a su amiga por la razón de su estado de ánimo. Quería que fuera ella quien le comentara la decisión que había tomado, pero, en honor a la verdad, los días se presentaron cargados de trabajo y apenas tuvieron tiempo de encontrarse a solas. Sí era cierto que estaba encantada con la nueva Amaya.

Llegó el fin de semana y, con él, el aviso de que el lunes siguiente comenzaría para ellos la quincena más difícil de todo el proceso investigativo: la evaluación real de la eficacia del proyecto piloto. Empezarían días de papeleo, documentación, pruebas, estadísticas y un sinfín más de actividades destinadas a redactar el informe definitivo. Por eso, Amaya quería pasar esos dos días previos a la locura de forma tranquila en su casa. Tenía planeado disfrutar de un buen libro que llevaba tiempo queriendo leer y desconectarse de toda la tecnología que pudiera relacionarla con el resto del mundo.

Se subió al autobús contenta, ante la perspectiva que tenía por delante. Hacía muchos meses, o tal vez años, que no se regalaba unos días para ella sola. Una deslumbrante sonrisa se coló en sus pensamientos, y lejos de apartarla, disfrutó de ella y de los momentos que el sábado anterior había pasado con su dueño. El miedo a enamorarse de él sin remedio era aún una posibilidad cierta, pero estaba convencida de que, mientras el plan de ser solo amigos siguiera delante, podría sobrellevarlo. ¿Cabría la posibilidad, incluso, de que al final eso no fuera lo que sintiera por él? ¿Que, en lugar de amor, fuera un simple encaprichamiento? Recordó lo mal que lo había pasado con su supuesto bloqueo de emociones y la promesa que se hizo entonces de no adelantar acontecimientos cobró mayor fuerza.

«Sí. Disfrutemos de lo que la vida nos tenga preparado».

Eran las cuatro de la tarde del sábado y Lucas removía con parsimonia el contenido de su taza. Había invitado a comer en su casa a Miguel para concretar algunos puntos de la nueva empresa. Querían que comenzara a funcionar en septiembre y, por el momento, parecía que los plazos se

cumplirían.

—Bueno, muchacho, esto pinta muy bien.

—Sí, ya quiero empezar...

—No tengas prisa. —Miguel depositó la taza en la mesa tras beber un pequeño sorbo de café—. Disfruta de este tiempo que aún tienes libre. Los jóvenes... siempre empeñados en correr...

—Venga, Miguel, que pareces un anciano de noventa años...

Lucas lo miraba con una sonrisa. Su socio siempre hablaba como si llevara un siglo en este mundo.

—A veces me siento así, hijo...

—Lo siento... —Se amonestó en silencio. En ocasiones olvidaba la tragedia que cargaba sobre sus hombros—. No quería hacerte recordar.

—Ah, no. No te preocupes. Lo que no quiero es olvidar. Los mejores años de mi vida los pasé con mi pareja, y el mejor modo de honrarlos es recordarlos. No me pesa la soledad, de verdad. Soy feliz con lo que tengo.

—¿Entonces?

Lucas no entendía adónde quería llegar.

—Como te he dicho, no tengas prisa por comenzar. Aprovecha los días que quedan hasta ese momento, vive y genera experiencias. La vida está hecha de pequeños instantes que pueden brillar con luz propia si les das esa oportunidad.

Más de media hora después, cuando Miguel ya había abandonado su casa, Lucas seguía dándole vueltas a lo que su socio le había dicho. No era la primera vez que lo oía hablar así, desde luego, pero quizá sí la primera ocasión en la que sus palabras le hacían pensar.

«Empecemos, pues, a coleccionar momentos».

Se levantó como un resorte y fue a buscar su teléfono. Tras teclear rápido un mensaje y recibir más rápido aún la respuesta que buscaba, se lavó los dientes, se afeitó y salió a la calle.

Amaya, tumbada en el sofá de su casa y tras haber dejado el felpudo adecuado para evitar interrupciones, disfrutaba de las últimas páginas de la novela *A las ocho, en el Thyssen*, de Nieves Hidalgo. Esa era, sin duda, la parte que más le gustaba: aquella en la que cada cosa se ponía en su lugar y todo conducía a un esperadísimo final feliz. Porque solo leía ese tipo de novelas. La vida ya era demasiado dura como para cargar en el corazón el peso de una trágica historia. Aunque esta perteneciera a la ficción.

Por eso, no aceptaba interrupciones, por mínimas que estas fueran. Y por eso, a pesar de que su móvil no hacía más que vibrar por el efecto de mensajes entrantes, su mente no registraba los zumbidos. Hasta que leyó la última palabra: FIN. Entonces sí, entonces fue consciente del habitual ruido que existía a su alrededor y de una nueva vibración de su teléfono. Secándose las pequeñas

lágrimas que el desenlace le había producido, desbloqueó el aparato y se dio cuenta de que Lucas acababa de ponerle un mensaje.

LUCAS_16:47

Hola, amiga! Hace mucho que no hablamos. ¿Te apetece que demos una vuelta y continuemos donde lo dejamos? Hace un día estupendo.

No tardó ni un segundo en decidirse.

AMAYA_16:47

Hola, amigo! Claro! El día es maravilloso.

Tras decidir que se verían en casa de Amaya, Lucas salió a la calle y ella, ignorando el resto de mensajes pendientes, comenzó una loca carrera para estar preparada a tiempo. Algo que consiguió solo por los pelos porque, cuando terminaba de ponerse las sandalias, alguien llamó al telefonillo.

—¿Sí?

—Amaya, soy Lucas.

—Bajo enseguida.

—No, espera... Te he traído una cosa. ¿Puedo subir?

—Sí, claro. Te abro.

Parada en el umbral de la casa, mientras mantenía la puerta abierta, la curiosidad iba ganando terreno en Amaya.

«¿Ha dicho que me trae un regalo?».

Le resultaba del todo extraño. La verdad era que nunca en su vida había tenido un amigo que le llevara presentes. Amigas sí. De hecho, Laura y ella a menudo se regalaban cosas, por el simple hecho de que se acordaban de la otra cuando veían algo especial. Y lo mismo le pasaba con su prima Olga, con quien la unía, además de una relación de parentesco, otra de amistad. Con los chicos... eso no le había ocurrido antes.

De pronto, cayó en la cuenta del felpudo que en esos días daba la bienvenida a las visitas —o más bien que las espantaba, porque su intención había sido que nadie la molestara durante el fin de semana— y quiso quitarlo de en medio, pero la puerta del ascensor la dejó sin tiempo para reaccionar cuando se abrió.

Un sonriente Lucas se acercaba a ella, con una mano a la espalda ocultando lo que portaba. Mientras avanzaba, Amaya disfrutaba de la vista. Hacía una semana que no se veían y parecía tan... tan... Justo cuando iba a terminar la frase en su cabeza, empezó a estornudar y comenzó a temerse lo peor. Lucas descubrió el regalo, poniéndolo entre los dos... Y Amaya se dio la vuelta y le cerró la puerta en las narices.

Él trató de comprender lo que acababa de ocurrir. Sin resultado. Miró las flores que llevaba en la mano: un pequeño ramo de margaritas. De camino a casa de Amaya, pasó por delante de una floristería y se le ocurrió que podría llevarle un detalle. Eligió ese tipo de flor porque entendía

que no podría enviar con ella ningún mensaje de amor. En ese momento, dudaba de haber acertado.

«Podías haberlo dejado para más adelante. A saber qué ha pensado...».

Fue a dar un paso para pedirle que le abriera la puerta, sin embargo, se quedó parado ante el mensaje que se mostraba a sus pies:

«Suerte es que llames a esta puerta y no se te caiga el dedo a trozos. ¡Vete!»

Lo normal hubiera sido reírse por la ocurrencia, pero entre eso y el modo de Amaya de ocultarse en su casa, se veía incapaz de reaccionar.

Ella, desde el interior, lo observaba por la mirilla. Tenía que decirle algo. Lo que fuera... y darle una explicación era lo más sensato, claro.

—Lucas...

—Vaya... no sé qué decir, Amaya.

—Perdona por actuar así, es que...

—Tranquila —no la dejó continuar—, entiendo que no era esto lo que esperabas. Además, teniendo en cuenta lo que hay bajo mis pies, me queda claro que no te gustan las visitas.

—Lucas, no puedo dejarte pasar con eso en la mano.

Amaya miraba su reacción a través de la mirilla y, a pesar de la situación, no pudo contener la risa. Lucas observaba el ramo de flores como si de pronto se hubieran convertido en una bomba.

—¿Con las margaritas?

—Me dan alergia.

—¿En serio?

—Te lo prometo.

Tras unos segundos en los que ella lo vio dudar, él encontró una solución.

—Vale, dame unos segundos.

Y desapareció de su vista.

Mientras bajaba en el ascensor, reparó en su imagen en el espejo y no pudo por menos que reírse. ¿Quién podía imaginarse una situación así?

Salió a la calle y, a la primera señora que encontró, le regaló las flores sin añadir ninguna explicación. No queriendo demorarse más, volvió a subir a toda prisa y... se quedó con el dedo a un centímetro escaso del timbre.

—Amaya, ¿sigues detrás de la puerta?

—Aquí estoy.

—¿Puedo llamar o de verdad se me caerá el dedo a trozos?

Al segundo, la puerta se abrió y Amaya salió con la intención de comenzar su tarde de amigos. Apenas se acercó Lucas a ella, volvió a estornudar. El conocido picor de ojos se apoderó de ella y, sin dudarle, entró de nuevo en el piso... dejando a Lucas al otro lado.

—Lo siento —habló de nuevo a través de la puerta—, pero el polen ha debido quedarse en tu camiseta. Tengo una alergia muy fuerte...

—Vaya... La camiseta sí que no puedo regalarla. No estaría bien ir por la calle medio desnudo... Si quieres podemos dejarlo para otro día, porque si vuelvo a mi casa, me cambio de ropa y volvemos a quedar luego, es fácil que se nos vaya un buen rato.

Amaya, dentro de casa, se mortificaba. No quería renunciar a ese encuentro. De pronto, fuera el cielo tronó y comenzó a descargar agua en una típica tormenta de verano.

«No está bien que se vaya a su casa con esta lluvia». Era cierto, así que podía darle la posibilidad de pasar la tarde en su piso. «Aunque con esa camiseta no puede entrar. No se trata de que yo me ponga peor». No, esa opción tampoco era válida. «Y no sería apropiado pedirle que se la quite».

—Amaya, ¿te has alejado de la puerta o es que estás pensando?

«Te ha pillado».

—Sigo aquí, estoy buscando la manera de seguir adelante con el plan.

—Vale, vamos a hacer una cosa: me voy a sentar aquí fuera y, entre los dos, pensamos algo. Porque con la que está cayendo... Podríamos tratar de refugiarnos en algún bar. Igual con la lluvia mi camiseta se limpia de polen...

—¡Es una buena idea!

—¿Seguro?

La intención de Lucas había sido bromear, porque no veía nada de bueno en darse una ducha con el agua que caía del cielo.

—No, eso no. —Amaya sonreía al otro lado de la puerta—. Podemos quedarnos aquí, en casa. Solo tendrías que deshacerte de esa camiseta...

—Bueno —la interrumpió—, lo que yo tenía en mente no incluía quitarse la ropa...

—... y ponerte algo que yo pueda prestarte. —Amaya ignoró su comentario, si bien no pudo evitar sonrojarse al imaginar la escena—. Si te parece bien, claro.

—De acuerdo. Solo te pido que lo que me dejes no tenga unicornios, por favor.

—¿Perdón?

—Detesto los unicornios y toda la moda que se ha generado a su alrededor.

—Dame un minuto y te prometo que encontraré algo diferente.

Llegó con prisa a su cuarto, rebuscó en el cajón de sus camisetas, eligió una y la dejó en el cuarto de baño, sobre la encimera del lavabo. Luego, buscó una bolsa de plástico y la depositó junto a la camiseta. Entonces, se dirigió a la puerta y volvió a hablar con Lucas.

—Te he dejado todo lo necesario para que te cambies en el cuarto de baño. Es la primera puerta que encontrarás cuando entres. Yo te espero en el salón, ¿vale?

—Perfecto. ¿Paso ya?

—Dame diez segundos.

Y sin esperar respuesta, abrió la puerta y echó a andar por el pasillo. Cuando se sentaba en el sofá, escuchó cómo Lucas cerraba y se dirigía al cuarto de baño. Escuchó también el agua caliente y, apenas unos minutos después, cómo la llamaba. Se levantó y se asomó al corredor, para

indicarle la dirección.

—Es por aquí.

—Me gusta tu camiseta, aunque ahora mismo no sé si el mensaje te lo estoy transmitiendo yo o si me lo estás lanzando tú...

Amaya río. El trozo de tela rezaba: «Ni tú eres para tanto... ni yo soy para tan poco».

—En realidad es un regalo que me hizo Laura cuando rompí con mi ex. Me la compró así de grande para que fuera cómoda para dormir. Según ella, no debía quitármela hasta que el mensaje se me hubiera grabado a fuego en la cabeza...

—¿Y funcionó?

Lucas caminaba detrás de ella, de vuelta al salón.

—Podríamos decir que sí... Ya ves que sigue siendo mi ex... —Ese era uno de los temas que no le gustaba tocar, así que cambió de tercio—. ¿Quieres tomar algo?

Un rato más tarde, acomodados en el sofá y tras ponerse al día de lo que habían hecho durante la semana, Lucas preguntó:

—Y bien, ¿qué te apetece hacer? Porque la tormenta no tiene pinta de finalizar pronto.

—No sé... ¿Qué tenías pensado cuando me has escrito?

—Dar una vuelta, pasear, charlar... Pero no va a ser posible. Al menos hoy...

—Ya veo...

—¿Te importa si hablamos del felpudo?

La cara de Amaya demostró que esperaba esa pregunta en cualquier momento.

—Bueno... resulta que hace unos días, buscando... información por internet, acabé encontrando una web que personalizaba alfombrillas de estas. —Al ver la expresión de sorpresa de Lucas, se apresuró a aclarar—: No, yo no me inventé esa frase. El caso es que tenían una promoción del cincuenta por ciento y... en fin... me pareció una buena manera de... no sé...

—Ya, de informar a la gente de tu estado de ánimo sin tener que abrir la puerta.

—Sí, se puede decir así...

—Y este no es el único que tienes...

—No, de hecho, el primero lo compré... hace un año o así; me hice con uno que decía «¡Lárgate!».

—¿De verdad?

—Palabra.

—Doy por hecho que, entonces, no tuviste muchas visitas.

—Bueno, solo me interesaba no recibir la de mi ex... Y con el tiempo me sirvió para espantar a los comerciales. Tan solo les gritaba que leyeran lo que había bajo sus pies y... ¡se marchaban!

—No me puedo creer que funcionara.

—Pues sí. —El tono de Laura era contundente—. Y, además, de maravilla.

Ella sola se echó a reír al darse cuenta de lo que acababa de decir, y Lucas la acompañó, no tanto por su desliz como por la alegría de descubrir que, una vez más, estaban juntos y la mirada

de ella no se había ensombrecido ni una sola vez. Y en ese instante, se le ocurrió una idea.

—¿Tienes papel y lápiz?

—Sí... ¿Por?

—Pues... ¿te han hecho alguna vez un retrato?

—Jamás... Aunque intuyo que eso es lo que quieres hacer...

—Exacto. Bueno, si tú quieres, claro.

—Eh... No sé si me voy a sentir cómoda...

Mientras Amaya se levantaba del sofá y buscaba en un cajón hasta encontrar un paquete de folios, Lucas trató de convencerla.

—Tranquila, no tardaré mucho. Además, cuando quieras podemos dejarlo. Ah, y no necesito que estés parada como si fueras una estatua.

Al sentarse de nuevo junto a él, Amaya preguntó:

—¿No? ¿Y si me muevo? ¿No perderé... la expresión o algo así?

—Ese no es el tipo de retrato que hago.

Amaya comenzó a entender:

—Entonces...

—¿Te atreves o no?

«¿Cómo era eso que dijo Laura? Ah, sí, que disfrute y sea feliz».

Adoptó una posición cómoda y se retiró el pelo de la cara.

—¡Qué narices! Puede ser divertido. ¡Adelante!

Mucho rato más tarde, la tormenta por fin cesó, el retrato estaba terminado y ya no tenían ninguna excusa para seguir en casa. Lucas trató de buscar algo que lo mantuviera allí, con ella, disfrutando un poco más de su compañía, pero no se le ocurrió nada, así que optó por marcharse. Había sido una tarde fantástica o, como diría Amaya, de maravilla. Justo por eso, decidió que era mejor dejarlo ahí. Cada rato que pasaba con ella sentía más ganas de conocerla mejor y eso solo podía significar que, como mínimo, se sentía atraído. El punto era que esa atracción había surgido casi desde el primer día que la conoció, más por... algo, no sabía qué, que parecía flotar entre los dos cuando estaban juntos. Y, después del tiempo compartido, no podía negar que escucharla reír y verla hacer ese gesto tan característico con la mano cada vez que trataba de restar importancia a algo, empezaba a resultarle ya familiar.

Además, durante el retrato, había podido observarla a placer. No de manera muy directa, claro, no en vano le había dicho que no necesitaba que se quedara inmóvil, pero sí con más detenimiento que en cualquier otra circunstancia. Y había descubierto que detrás de esas gafas de pasta negra ocultaba unos ojos que, no solo brillaban cuando sus sonrisas eran sinceras, sino que también podían convertirse en un auténtico espejo de sus emociones. Como lo que vio cuando, con la

intención de captar mejor sus rasgos, le pidió que durante un momento, unos instantes, levantara un poco la cabeza, y se atrevió a rozarle apenas la barbilla con los dedos a fin de indicarle la postura correcta. Entonces sus pupilas se dilataron, quizá no mucho, aunque sí resultó perceptible para él, que no dudó en buscar en ellas la reacción a su gesto. Desde que lo vio, no pudo evitar comprobar si a cada comentario suyo, a cada movimiento, volvía a despertar esa emoción en ella.

Resultó que, para cuando se marchó, estaba casi convencido de que Amaya sentía algo por él. Tenía claro que físicamente se atraían, pero ¿era eso lo que quería de ella? ¿Atracción física? Quizá, si daba ese paso y se lanzaba al flirteo, perdería la incipiente amistad que estaban creando. O quizá no, pero no sabía si quería arriesgarse.

«Igual la próxima vez...».

Capítulo 10

—¿Que te ha hecho qué?

—¿Y nada más?

Laura y Sandra hablaban las dos al mismo tiempo.

—Sí, nada más. Me hizo solo una caricatura y, después de un ratito, se marchó.

Justo así fue como ocurrió. Cuando Lucas terminó el retrato, se lo enseñó:

—¿Estás preparada?

—Ajá...

—Bien, cierra los ojos y pon las manos.

Amaya no entendía que no quisiera enseñárselo de golpe, aunque le pareció un juego divertido, así que siguió sus instrucciones. Cuando sintió el roce del folio en las palmas, abrió los ojos.

—¡Me... encanta! —Miró a Lucas con toda la sinceridad que pudo y, tras unos segundos, añadió—: Eres muy bueno, Lucas.

Él, pasándose las manos por el pelo, le sonrió, algo cohibido por toda la emoción que Amaya expresaba con los ojos.

—No es para tanto... Además, es una caricatura. Lo normal es que te haga gracia o que te sienta mal, pero que te encante...

Sin embargo, así era. De un modo que casi la hacía sentirse desnuda delante de él, Amaya se veía retratada no solo en lo puramente característico de su rostro. Era como si Lucas hubiese visto más allá de lo físico... Sí, había marcado la longitud de su barbilla, lo anguloso de sus facciones, incluso la ligera tendencia hacia abajo que sus ojos tenían. Lo que de verdad resultaba sorprendente era que había captado cómo se sentía en ese momento, cuando posaba para él: feliz. Y se dio cuenta de que hacía tiempo que no se topaba con ese sentimiento.

Y le gustó. Le gustó saber que gracias a él había vuelto a sentirse así...

—¿Y no notaste si entre vosotros había *vibras*?

—¿*Vibras*? No sé a qué te refieres, Sandra.

—Vibraciones, algo magnético, ese no sé qué que qué sé yo que te indica que estás ante un ser que cuadra contigo.

—Eh...

—May, Sandra está intentado averiguar si estáis conectados.

A pesar de que la calidad de la videollamada de WhatsApp entre las tres no era perfecta, Sandra se lanzó a explicarle su teoría.

—Verás, ¿no has sentido nunca, cuando te cruzas por la calle con alguien, como una especie de hilo que tira de ti hacia esa persona? Puede que no sepas quién es o que no vayas a verlo nunca más, pero el tiempo que ha durado el cruce de miradas es suficiente para que algo se cierre, algo que quedó abierto en otra vida...

—Si no estamos hablando de alguien a quien no conozco. Hablamos de Lucas.

—Lo que quiero decir, corazón, es que yo vi ese círculo entre vosotros, esa corriente que fluía de uno a otro.

—¿Pretendes decirme que Lucas y yo hemos cerrado algo? —Miró a las chicas con cara de espanto—. ¡Si ni siquiera nos hemos abierto!

—Sabes que considero el sexo como un intercambio de energía poderosísimo, pero aún no he hablado de eso.

—¡Ni yo!

Amaya trató de interrumpir, aunque Sandra no se dejó amilanar y continuó:

—Me refiero a otro tipo de conexión. ¿Sabíais que Toledo es una de las ciudades con más vórtices energéticos?

—¿Más qué?

—Sandra, por favor...

—Sí, para decirlo de forma sencilla: fluye la energía. A todos los niveles. Y yo... os vi taaan conectados, pero taaaaaan conectados... *Love is in the air*, nananananananá...

Sin esperar ningún tipo de respuesta, Sandra comenzó a mover sus brazos al ritmo de la canción que había empezado a tararear, dibujando círculos con las palmas de las manos, mientras Amaya miraba el recuadro en el que veía a Laura tapándose la cara con una mano, dando a entender que su amiga no tenía remedio. Y así lo pensaba ella también.

—Escúchame, cariño. Voy a leerte las cartas...

—¡No!

Las otras dos chicas gritaron al mismo tiempo.

—¿Por qué no? Las cartas no mienten, cielo.

Amaya no quería que Sandra se sintiera mal, aunque le costaba un poco aceptar la obsesión de su amiga por todo lo paranormal.

—Dime al menos que esas cartas provienen de alguna de tus antepasadas de la época en la que las brujas eran respetadas...

—Te lo puedo decir si quieres, cariño, pero te estaría mintiendo, porque la verdad es que las compré en Amazon, fue una oferta *flash* durante la semana del *Black Friday*.

Esa vez fue Amaya la que se echó las manos a la cara.

—¿Y eso es todo lo que hicisteis?

Lucas había quedado con Marc en su casa; desde que se había instalado por fin en Madrid le gustaba pasar tiempo con los chicos. En el caso de su amigo, que hubiera podido sacar un hueco para verse era todo un prodigio. Tal y como dijera Daren durante su viaje a Toledo, el trabajo de Marc era tan absorbente que resultaba casi imposible quedar con él. En esa ocasión, sin embargo, había encontrado un par de horas libres en su agenda y allí estaba, en ese momento, compartiendo un vino con él.

—Sí. Y, para ser sincero, creo que podría haber dado algún paso más con ella. Pero no me pareció correcto.

—Esa chica te importa, Lucas.

No era una pregunta. Era una afirmación. Por eso le gustaba hablar con Marc, porque si había alguien más sincero que él mismo era su amigo.

—Digamos que lo suficiente como para no querer estropear la amistad que puede estar surgiendo.

—Esto no es una simple amistad. Tú no tienes amigas.

Sí. Brutalmente sincero.

—Nunca las he necesitado.

—Porque un hombre y una mujer no pueden ser amigos, a menos que sus preferencias sexuales no incluyan al género que tienen enfrente.

—Pues lo mismo esta vez te equivocas.

Marc no contestó de inmediato. Se limitó a dar un pequeño sorbo de su copa, paladeando el líquido con parsimonia. Justo después, lo miró con fijeza a los ojos.

—Sabes que no lo haré.

Un suspiro de frustración escapó de los labios de Lucas.

—¡Eres imposible! Pues te demostraré que sí, que seré capaz de crear una amistad entre nosotros, antes de dar otro paso... si es que decido que quiero ir más lejos. Amaya me mira... diferente al resto de las mujeres, y aún tengo que pensar si eso me gusta o no.

—Si con ello quieres decir que no te mira deseando saltarte a la yugular, no me sorprende. Es tímida, intuyo que también es inteligente. Habrá confeccionado contigo una hoja de ruta.

—¿Una hoja de qué? Marc, hay quien ve a los otros como algo más que simples objetivos a conseguir. Deberías empezar a relacionarte con gente normal.

—Error. —La pausa que hizo a continuación estaba calculada a la perfección. Sabía que con ellas siempre conseguía la atención de todos los que estuvieran presentes—. Las personas siempre persiguen alcanzar un fin. Y todos somos escollos o plataformas en la vida de los demás. Cuanto antes lo aprendas, mejor.

Lucas no dejaba de sorprenderse con su amigo. Hacía años que se conocían y, sin embargo, no terminaba de acostumbrarse a su frialdad. Quizá esa era la razón por la que, cuando necesitaba opiniones sin edulcorar, acudía a él.

—Bien. Entonces, según tú, ¿qué debo hacer?

—Depende de lo que quieras conseguir, lo que estés dispuesto a perder y lo que tengas intención de ofrecer.

—Vamos, que no te estoy pidiendo consejo para cerrar un negocio...

—Ni yo te estoy hablando de trabajo.

—Marc, escúchame bien. —Esa vez fue Lucas quien esperó a tener toda su atención—: Algún día será tu propia estrategia la que te hunda hasta el cuello. Tú tranquilo, amigo, que aquí estaré yo para salvarte de ti mismo.

Rondaba el final de junio y, por fortuna, su trabajo en el grupo de investigación casi había terminado. Olía a vacaciones, a tiempo libre... a horas con Lucas.

Durante los días pasados, se habían visto poco, pero habían hablado mucho. Además, después de su conversación con las chicas se sentía más animada a disfrutar de cada momento. No era que las palabras de Sandra acerca de las *vibras* que había entre ellos le hubieran esclarecido nada, aunque saber que sus dos amigas percibían, como ella, que la cosa iba bien le daba una seguridad que hasta ese momento no sabía que necesitaba. Eso la hacía sentir mejor. La empujaba a ser un poco más atrevida y querer, de verdad, confiar en que tenía otra oportunidad. Y, como le dijo Laura durante una de sus conversaciones, Álex no tenía pinta de tener amigos chupópteros. Al menos entre los que consideraba de su total confianza.

Por eso, cuando ese día salió de la universidad con ella y se encontraron a Álex y a Lucas esperándolas a la salida, no dudó en aceptar la propuesta de tomar algo los cuatro juntos. En ningún momento pensó que la idea era ir en parejas, tan solo lo vio como cuatro amigos que se juntaban a pasar un rato en mutua compañía.

Lo que no resultó tan simple para ella fue reaccionar como si no hubiera sufrido un golpe de calor al ver de nuevo, después de tantos días, la sonrisa que Lucas le prodigó en cuanto la tuvo delante. O las mariposas en el estómago cuando la saludó con un par de besos.

Se sentaron alrededor de una mesa metálica, pidieron unos refrescos y algo para picar. Eran cerca de las ocho de la tarde y, a pesar de que al día siguiente tendrían que madrugar para ir a trabajar, no les pareció mala idea aprovechar y cenar juntos.

Durante las dos horas que estuvieron en compañía, Lucas no mostró especial atención en ella, al menos no la que se prodigaba a la persona que uno quiere conquistar, y Amaya pensó que se debía al hecho de que aquello era una reunión de amigos, no una cita. Además, ¿era eso lo que Lucas quería? ¿Conquistarla? Sin embargo, a cada tanto, sí le regalaba una sonrisa o un pícaro guiño de ojos.

—Entonces, ¿cómo van los preparativos para la boda?

—Lucas, aún nos queda medio año...

—No sé cómo funciona esto, se supone que todo ha de organizarse con mucha antelación, ¿o no?

—Pues... supongo que depende de cómo se quiera celebrar.

—¿Y qué vais a hacer? —intervino Amaya, que también tenía curiosidad por saber algo acerca del evento—. Porque no tenemos ni idea de nada...

—Bueno, es que será algo íntimo...

—¿Por qué? —Álex interrumpió a su novia y la miró con una sonrisa de circunstancias—. Creía que habías aceptado que hubiera mucha gente.

—¿Yo? ¿Mucha gente? ¡Ni loca!

—¿No quieres gritarle al mundo nuestro amor?

—Al mundo quiero gritarle muchas cosas, y a algunos más que a otros, pero nada que tenga que ver con nuestro amor, te lo garantizo.

Lucas y Amaya asistían divertidos al intercambio de opiniones de sus amigos.

Álex cogió la mano de Laura entre las suyas y, zalamero, empezó a acariciársela.

—Venga, anda, si solo serán unos cientos de personas...

Ella se soltó de su agarre como si quemara.

—No hay problema si eso es lo que quieres: tú te casas por un lado, y yo, por otro.

—Vale, tiempo muerto. —Lucas decidió cortar la discusión, aunque sabía que su amigo acabaría haciendo cualquier cosa que Laura le pidiera—. Ha quedado claro: tema boda, intocable por el momento.

Cambió enseguida de conversación y el resto de la cena transcurrió en un ambiente de camaradería.

Se levantaron para marcharse y fue entonces cuando Lucas centró toda su atención en Amaya.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

Ella, que no se lo esperaba, tardó unos segundos en contestar.

—No, tranquilo. Seguro que no te pilla de camino y no es necesario que te desvíes por mí.

—Bueno, hasta la parada del autobús sí que puedo ir contigo, ¿verdad?

En ese momento Amaya se dio cuenta de que tenía un problema.

—¡El autobús!

Los otros tres se volvieron a mirarla cuando la escucharon, aunque solo Laura comprendió lo que ocurría.

—¡Es verdad, May! A estas horas ya no pasa ninguno por aquí.

—No pasa nada, pediré un taxi.

Entonces Lucas le ofreció una de sus mejores sonrisas y añadió:

—Parece que no hay bus para ninguno de los dos, así que podemos compartir el taxi.

Se despidieron de Laura y Álex y empezaron a andar hasta la parada más cercana.

—¿Qué crees que harán al final?

Amaya, que solo iba pendiente de que los latidos de su corazón no se escucharan demasiado

fuerte, no entendió a qué se refería Lucas.

—¿Quiénes?

—Estos dos, acerca de la boda.

—Ni idea... Parece que ninguno de ellos quiere dar su brazo a torcer.

—Hagamos una apuesta. Puede ser divertido. Yo digo que habrá tantos invitados como Álex diga.

Le pareció algo frívolo, pero del todo inocente, así que se lanzó.

—¿Y qué nos apostamos?

—Seguro que estás pensando en que te pediré un beso. —Lucas le guiñó un ojo y trató de resultarle gracioso... o de descubrir algo más—. ¿Me equivoco?

Amaya no lo podía creer. Ni por un momento había pensado eso. Quizá se estaba mostrando demasiado nerviosa con él y eso le hacía dar por hecho que estaba deseando que algo ocurriera entre ellos. Vale, sí, lo deseaba con todas sus ganas, lo que ocurría era que se había hecho la firme promesa de no sucumbir ante él hasta no tener todo controlado.

«Al menos todo lo controlada que se puede tener una cosa así», se dijo.

El caso era que se había prometido ser fuerte y empezar por una amistad. El resto... El resto dependería de un millón de cosas más.

—¿Amaya?

—Dime.

Sabía que había vuelto a evadirse en sus pensamientos, por lo que actuó como si nada.

—Que si me equivoco.

—Lamento decirte que sí. Que has errado del todo. ¿Por qué iba a pensar que me pedirías un beso? ¿Es eso lo que estás acostumbrado a apostar?

Lucas, entonces, se mesó el pelo y sonrió como si le hubiera pillado en una falta.

—Vaya...

Ella comenzó a reír por la cara de circunstancias de él.

—Parece que sí, cuando apuestas con mujeres eso es lo que ellas esperan ganar. Bueno, pues ya ves que no debes meterme en el mismo saco.

—Y no lo hago. —Lucas se paró en seco y agarró a Amaya de la mano para que ella también se detuviera—. No quiero que pienses que te veo como a las demás. Lo digo en serio.

—Bueno... era una manera de hablar, Lucas... —Su reacción la había tomado por sorpresa—. En serio.

Sin embargo, él no soltó su mano cuando emprendieron el camino. Amaya, sorprendida, se repetía una y otra vez que debía disfrutar del contacto, que no significaba nada... Lo malo era que estaba afectada. Tenía que reconocerlo. Y darse cuenta de hasta qué punto ese gesto la descolocaba, a su edad y después de tantos fracasos amorosos, lejos de parecerle algo positivo la llenó de algo similar a la angustia: una cosa era que Lucas le gustase y le hiciese sentir mariposas en el estómago, otra muy distinta era enamorarse. Eso no. No tan pronto.

Lucas, por el contrario, no se dio cuenta de que iban de la mano hasta pasados unos segundos, cuando dio por hecho que ella no tenía intención de volver a hablar. Para él había sido tan natural no soltarla, tan fácil mantener el roce, que al ser consciente de ello el gesto le mostró una nueva posibilidad: ¿y si, en realidad, Marc tenía razón y la amistad no tenía cabida entre ellos antes de que algo pudiera surgir? Porque en ese momento el cuerpo le pedía besarla. Y si lo hacía le demostraría justo lo contrario a lo que pretendía: que no era una chica más. Entonces, ¿qué era? ¿Una amiga? ¿De verdad solo quería amistad de ella? Jamás las mujeres tuvieron en su vida un papel así... Se enfadó consigo mismo por haber dicho aquello de que ella era diferente, a pesar de que fuera verdad. Si se lo hubiera ahorrado podría intentar un acercamiento sin miedo a que ella pensara otra cosa. Eran dos adultos, podían besarse si querían sin necesidad de dar nada por hecho, por el simple placer de hacerlo. Pero le había hecho aquella afirmación. Y le tocaba aguantarse.

—Lucas, ¿todo bien?

«No», pensó.

—Sí —contestó, en cambio. Aunque no podía mentir. Nunca lo había hecho y se jactaba de ser siempre sincero con independencia de las circunstancias. No quería romper esa costumbre, y menos aún con ella—. Bueno... no.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Por toda respuesta, Lucas alzó sus manos unidas y las miró. Después posó sus ojos en los suyos.

Ese tipo de situaciones eran las que salvaban a Amaya del desastre que su temperamento enamorado se empeñaba en provocar. Aquellas en las que todo era demasiado explícito y nadie se atrevía a describir. Era entonces cuando algo la empujaba a la practicidad aunque esto fuera lo que menos se necesitaba. Y habló:

—Sí, estamos cogidos de la mano. ¿Dónde está el problema? ¿No es lo correcto?

No lo era, y lo sabía. Pero necesitaba la fuerza que esa actitud le proporcionaba para no caer rendida a sus pies. No a la primera de cambio, al menos.

Ante esa nueva faceta de ella, Lucas parpadeó. Se esperaba cualquier reacción, excepto esa.

—Depende, Amaya. Si es lo correcto o no depende de cómo lo interpretemos. ¿En qué lugar nos deja esto?

—En el de dos amigos que se han dado la mano. ¿No lo haces con el resto de amigos? Porque yo lo hago todo el tiempo, pero toodo el tiempo. Le doy la mano a mis amigos. Es un gesto de confianza, de fraternidad si quieres.

«Vale, empiezo a hablar como Sandra».

Por un momento, por la mirada de Lucas se cruzaron la sorpresa, la molestia, la incredulidad y, al final, la comprensión. Y Amaya fue consciente de todos y cada uno de esos sentimientos.

«Me ha pillado».

Muy despacio, como si en realidad no quisiera hacerlo, Lucas soltó sus dedos, uno por uno, hasta dejar libre su mano, después, mientras se acercaba a la puerta del taxi que estaba detrás de

ellos y la abría cediéndole el paso, buscó su mirada y añadió:

—No, no lo hago porque, como te he dicho, no te veo como a las demás, May.

No pudo responderle porque, cuando quiso hacerlo, ya estaban los dos acomodados en el interior del vehículo, Lucas le había dado su dirección al conductor y el coche se dirigía a su casa.

Sin embargo, durante todo el trayecto, los dedos de ambos se rozaban, al descuido, buscándose en el asiento, mientras observaban sin ver los edificios que pasaban raudos por las ventanillas, como si al evitar mirarse pudieran decir al otro sin palabras: sí, todo está bien...

Llegaron al portal de su casa y el taxi paró, Amaya pagó la carrera y mirando a Lucas se despidió de él:

—Bueno... hablamos, ¿vale?

Sin darle tiempo a contestar, se bajó del coche y casi corrió a refugiarse en el portal, y justo antes de que la puerta se cerrara, Lucas se coló en él.

—Amaya...

Muy despacio, se dio la vuelta, pero no dijo nada.

—Amaya, solo quería decirte que... —¿Cómo iba a poner en palabras lo que ni siquiera él sabía? Se pasó los dedos por el pelo, buscando ganar unos segundos más—. La noche ha terminado de una forma muy extraña y... Mira, me gusta decir lo que siento y pienso y... y no sé muy bien qué es lo que ha ocurrido.

Aguardó un instante, para ver si ella añadía algo; Amaya solo lo miraba... y callaba.

—¿No vas a decir nada?

Buscó en sus ojos la respuesta, pero solo vio algo que había prometido eliminar: tristeza. Se sintió mal porque sabía que era él quien la había puesto ahí.

—Lo haría si supiera de qué debo hablar exactamente.

Lucas suspiró y tomó aire como si fuera a decir algo, ella avanzó unos pasos hasta situarse a escasos centímetros de él y entonces fue esta quien buscó en su mirada, queriendo encontrar, quizás, la respuesta que él mismo no tenía. Cuando intentó hablar de nuevo, Amaya sonrió. Le ofreció una sonrisa triste, casi agotada, al tiempo que posaba dos dedos en sus labios impidiéndole articular palabra.

—No, Lucas. Como dices, ha sido una noche extraña. Puede que lo mejor sea que cada uno pensemos qué queremos, cómo lo queremos y cuándo lo queremos.

Se alzó sobre las puntas de los pies y depositó un ligero beso en su mejilla. Después, dio media vuelta y llamó al ascensor. Cuando este llegó y entró en él, a través del espejo pudo ver que Lucas aún seguía allí, de pie. Lo que no pudo saber es que le pidió al taxi que se fuera y continuó andando hasta su casa. Le esperaba una larga caminata, pero necesitaba ese tiempo para reflexionar.

Capítulo 11

Mientras Amaya terminaba de ultimar detalles con Laura en la universidad, se dio cuenta de que esta se moría por preguntarle si estaba bien. Debía reconocer que no era muy difícil adivinar que algo se había torcido, porque apenas había conseguido dormir y aguantar toda la jornada le estaba resultando una auténtica prueba de resistencia. Por fortuna acabarían antes de las cinco de la tarde. Lo único que quería hacer era llegar a su casa, prepararse una buena tila, un baño relajante y descansar. Por eso, cuando estaban recogiendo y Laura se acercó a ella, cruzó los dedos mentalmente para que quisiera hablar de cualquier otro tema que no fuera su estado de ánimo. No tuvo suerte.

—¿Estás bien, May?

Fingió una alegría que no sentía.

—Sí, claro. Es solo que estoy muy cansada. Este último período ha sido agotador y creo que no estoy durmiendo lo suficiente.

No podía engañarla. Lo sabía.

—Ya. Y, aparte del agotamiento, ¿hay algo más?

—¡No, tranquila!

Cometió el error de acompañar su respuesta con ese gesto de la mano que le quitaba importancia a lo que sí la tenía. Y Laura comprendió la verdad, por supuesto.

—Vale, May. Si no quieres hablar conmigo, sabes que Sandra puede resultar muy persuasiva.

—Uf... —«Al toro, por los cuernos, Amaya», pero en esa ocasión no logró reunir las fuerzas necesarias para contar lo que le ocurría. Suspiró—. Es que...

Laura debió darse cuenta de que la situación no era tan sencilla como había pensado en un primer momento, porque no insistió.

—Vale, May, y ya sabes que estoy aquí para cuando me necesites.

Sonrió de forma triste.

—Gracias, Laura, pero creo que ahora no es el momento.

De camino a su casa, Amaya trató de analizar qué le pasaba y por qué se sentía así. Sabía que Lucas era el origen de todas sus preocupaciones, ¿qué había ido mal? Habían caminado de la mano, él le había garantizado que no la trataba como a las demás, y hasta se había bajado del taxi para intentar hablar con ella. ¿Entonces? ¿Dónde estaba el problema?

En ella. Ella era el problema.

Estaba cansada de relaciones que no funcionaban y, en verdad, jamás había experimentado un verdadero amor por ninguno de sus novios. Había creído sentirse enamorada en cada ocasión, y cada vez había resultado ser una confusión. ¿Atraída? Puede. ¿Emocionada? Seguro. ¿Necesitada? Los hechos demostraban que sí. ¿Enamorada? No. Enamorada nunca. Ahora lo sabía. Porque con Lucas no había tenido esa sensación de que él dependiera de ella. Eso, justo eso, era lo que había pasado con sus ex, que al final todos habían necesitado de ella como chupópteros que eran, y ese sentimiento de sentirse importante en la vida de alguien era lo que la había llevado a creerse enamorada. Pero su importancia radicaba en lo que ella podía darles. Materialmente hablando, claro. Y, en ese sentido ¿qué podía ella ofrecer a Lucas? Nada. Él era independiente, tenía su propia casa, dinero suficiente para mantenerse y capacidad de sobra para hacerlo. Así que ella no era necesaria en su vida en ese aspecto.

Y eso era lo que le había permitido separar lo que de verdad era relevante de lo que no, y así había obtenido la respuesta de que ella, con Lucas, no buscaba sentirse completa por lo que de material le pudiera aportar. Y, del mismo modo, eso explicaba que el acercamiento de Lucas fuera sincero y no interesado.

Con esa conclusión en mente llegó hasta la puerta de su casa y, sin querer, miró el felpudo que esos días le daba la bienvenida y que consistía en una raya horizontal que lo separaba en dos mitades. En la parte de abajo, en letras mayúsculas y acompañado de una flecha que señalaba hacia el exterior de la vivienda, dos palabras: ZONA CERO. En la parte de arriba, también en mayúsculas y una flecha que marcaba hacia el interior: ZONA ZEN. Amaya tenía muy claro dónde quería estar. Metió con decisión la llave en la cerradura y entró sin dudar. Al cerrar la puerta, se apoyó en esta y dejó escapar un largo suspiro como si en realidad acabara de escapar de todas las atrocidades que la acosaban en el mundo exterior.

Sin vacilar un segundo, se fue a la cocina y llenó el hervidor de agua. Mientras esperaba a que estuviera lista, se dirigió al baño y abrió los grifos de la bañera, encendió varias velas y regresó a la cocina para terminar de preparar una tila. De camino a su habitación, dejó la taza en la encimera del lavabo y se deshizo de toda la ropa en su cuarto, desactivó las notificaciones del teléfono al recordar cómo le fue la última vez que decidió relajarse, tecleó «música zen» en una aplicación de su móvil y, tras comprobar que todo estaba en orden en el cuarto de baño, cerró los grifos y se metió sin prisa en el agua.

Mucho rato después, salía arrugada como una pasa y fresca como una lechuga. Estuvo tentada de seguir desconectada del mundo exterior, pero decidió que no era sensato y volvió a su teléfono para activar los avisos y descubrió que tenía un par de llamadas de Sandra. Se enfadó por un instante con Laura, porque creyó haberle dejado claro que no quería hablar de lo que le ocurría y no entendía que ella, al final, hubiera decidido que tenía que hablar con Sandra. Al momento se dio cuenta de que su amiga no haría una cosa así de haber entendido en qué estado se encontraba. Y estaba convencida de que Laura lo sabía. Por eso llegó a la conclusión de que Sandra había

tratado de ponerse en contacto con ella por iniciativa propia. Así que, desnuda como estaba, aprovechando que así podría deshacerse un poco del calor del verano, se tumbó en la cama y devolvió la llamada.

—¡Hola, amor!

—¡Hola, Sandra! He visto que me has llamado...

—Sí, cariño. Cuéntame.

—¿El qué?

—Lo que te está ahogando, cielo. Y no me digas que estás bien, porque lo he sentido.

—¿El qué?

—Tu angustia.

—¿Mi qué?

—Tu tristeza. Y —se adelantó a ella a su siguiente cuestión—, por favor, deja de preguntar lo obvio.

—Está bien... pero, Sandra, no estoy triste, ni angustiada. Estoy... bueno, durante casi todo el día es probable que sí me haya sentido de esa manera, aunque ahora me encuentro mejor.

—¡Ay, cuánto me alegro! ¡Qué bien! ¿Y qué lo es lo que ha cambiado?

—Poco, la verdad, porque tan solo me ha dado tiempo a reflexionar y a darme un baño.

—¡Fenomenal, May! Seguiste mi consejo: quererte durante un baño relajante es ideal para desestresarse. Además, las malas *vibras* luego se van por el desagüe.

Amaya cerró los ojos y suspiró.

—No, Sandra, no me he *querido* en el agua. Solo me he relajado.

—¡Uh! Pues no sabes lo que te pierdes. Además, a ti en concreto te vendría muy bien.

—¿El qué?

Estaba siendo repetitiva, era consciente, pero de verdad que se perdía con la conversación de Sandra.

—Quererte, cariño, si te lo acabo de decir. Creo que tu principal problema es que no estás conectada con tu yo interior. Vive en ti una persona que desconoces y debéis acercaros la una a la otra, presentaros, amaros... hasta que consigáis ser una. ¿Me sigues?

No, no la seguía. En absoluto. Al principio creía que se refería a algo sexual y después se había perdido por completo.

—Sí, te sigo, te sigo.

—Bien, ¿y qué me dices?

—¿De qué?

—De acuerdo, ahora mismo voy a mandarte a uno de mis amigos. Sin estrenar, por supuesto. Y estate preparada porque en la web de donde los envían te aseguran que en un máximo de dos horas los tienes en casa. ¡Y doy fe!

A May no le dio tiempo a contestar. Sandra ya había colgado.

Lucas se preguntaba una y otra vez en qué momento de la noche anterior había perdido el control sobre la situación... y sobre sí mismo. Creía conocer cada paso que iba a dar porque, tal y como le dijo a Marc, solo buscaba una cosa: amistad. Que además hubiera aceptado de pronto que Amaya le gustaba y que se hubiera encontrado en la encrucijada de querer besarla solo añadía confusión a su estado.

Tenía un terrible dolor de cabeza. Se había pasado la noche en vela intentando despejar un rompecabezas en el que él solo se había metido. Creyó tenerlo todo tan controlado que, cuando recordó cómo se había salido del trazado original, se dio de bruces con una serie de sentimientos hacia Amaya que no supo definir.

Recordó que también había sido el causante de borrar la alegría de su mirada, y eso le sentó peor que descubrir lo que comenzaba a albergar por ella.

Se acercó a la cocina buscando algún analgésico para hacer frente a la horrible opresión que se había instalado en su frente y en sus sienes, si bien notaba, al mismo tiempo, algo de congestión. Intuía que el aire acondicionado lo había resfriado. Eso era. Tenía el cerebro licuado por un catarro incipiente y esto le impedía pensar con claridad.

Tenía que hacer algo. «Sí, darle una vuelta a lo que te dijo anoche». Lo recordaba a la perfección: qué querían, cómo lo querían y cuándo lo querían.

Dispuesto a despejar las dudas, se sentó en la mesa del comedor provisto de lápiz y papel. La cuestión era lo suficientemente importante como para que se tomara el tiempo necesario y la molestia de plasmar sus ideas. Y, para ser honesto con él mismo, los grandes problemas siempre los había atajado reflejándolos en una hoja. Hacerlo le ayudaba a ver todo más claro.

—¿Qué quieres, Lucas?

Escribió con rapidez: amistad.

No estaba siendo sincero consigo mismo, y así nada podía funcionar.

Añadió «primero».

Eso estaba mejor: amistad primero, porque de verdad quería ser su amigo.

—¿Y luego?

Resopló y se apoyó en el respaldo de la silla, se pasó los dedos por el pelo, descolocándolo, y evocó la imagen de Amaya, con sus expresivos ojos marrones detrás del cristal de sus gafas de pasta; el pelo castaño, que en un principio no le había llamado la atención, enmarcándole el rostro; la sonrisa, por fin sincera, que había conseguido ver en ella tras mucho tiempo y, sobre todo, la expresión de absoluta alegría cuando se descubrió en el dibujo que le había hecho de ella misma.

—Luego la quiero a ella...

¿En serio estaba dispuesto a esperar a que surgiera una amistad entre ellos para empezar a conquistarla después? ¿Y si por el camino ella descubría que solo le interesaba de él ese tipo de

relación? Amigos... Estaba seguro de que Amaya sentía algo por él.

Desbloqueó el teléfono y llamó a la única persona que en ese momento podía ayudarle. No saludó cuando contestaron al otro lado de la línea, entre ellos no hacía falta.

—Marc, repítame eso de que un hombre y una mujer no pueden ser amigos.

Su risa le llegó con absoluta claridad y tuvo que reconocer que había perdido.

—¿Me llamas para darme la razón? Ponte a la cola...

—A veces me pregunto por qué seguimos hablando contigo.

—Pues no pierdas tu tiempo en buscar la respuesta ni me hagas perder el mío en escucharla y dime que ya te has dado cuenta de que es ella.

—No te llamo para decirte algo que, a estas alturas, ya resulta obvio. Te llamo porque, como me dijiste, nunca he tenido una amiga. Y, la verdad, no sé si puedo esperar a que ella lo sea, para empezar luego una relación.

Hubo un silencio por parte de Marc. Lucas sabía que no se debía a que no quisiera contestar. Él nunca respondía a la primera si no estaba seguro de lo que iba a decir.

—Lucas, la amistad se puede crear en un momento, pero necesita hacerse fuerte para que tenga valía. Y eso solo ocurre de dos maneras: o en una situación extrema o con el paso de los años. Si necesitas un ejemplo, puedo darte cinco.

Sabía que acababa de ponerle el caso de Daren, Raúl, Álex y ellos dos mismos delante de las narices. Y también sabía que era lo más cerca que jamás iba a estar de una declaración tan profunda por su parte. La valoró mucho. Y, además, por partida doble porque acababa de obtener la respuesta que buscaba.

—Gracias, Marc. Eres un buen tío.

—Y he ahí por qué seguís hablando conmigo.

Colgó antes de escuchar la carcajada con la que Marc se despidió de él.

Estaba feliz. De una sola vez había contestado a las tres preguntas de Amaya: a ella, de pareja, y ese mismo día.

Cuando un señor mayor empujaba la puerta del portal de Amaya para pasar, Lucas aprovechó y entró con él. Quería darle una sorpresa y acababa de evitar echarla por la borda al tener que llamar al telefonillo. Justo cuando iba a cerrar, un repartidor joven que sostenía un sobre de pequeñas dimensiones pidió que lo dejaran pasar. Y así se encontraron los tres en el ascensor. El señor mayor se bajó en el primer piso, y los otros dos continuaron. Cuando ambos se vieron ante la puerta de Amaya, fue Lucas quien pulsó el timbre.

Unos segundos después, al otro lado de la puerta, se escuchó una voz femenina:

—¡Si eres el repartidor, vuelve por donde has venido!

El chico abrió los ojos como platos y miró avergonzado a Lucas.

—Señora, lo siento, tengo que entregar este sobre. Es un pedido urgente.

—¡Pues haz como si no me hubieras encontrado en casa!

—Señora, sí que está, la estoy oyendo, no puedo ignorarla.

—¡También puedo probar a dejarte sordo!

Lucas trataba de disimular la risa por el bien del chico, pero la situación empezaba a ser demasiado cómica. Se le ocurrió que Amaya podía no encontrarse del mejor humor y miró el felpudo, buscando ahí la respuesta. Tan solo encontró un mensaje de ZONA CERO-ZONA ZEN que, siendo bastante gráfico con lo que quería decir, no tenía por qué presagiar tormenta en el estado de ánimo de la dueña.

—Perdone, señorita...

No pudo continuar porque la puerta se abrió de golpe y una furibunda Amaya encaraba al repartidor.

—¡Vale! Ya me has visto. No quiero recoger el paquete. Llévatelo o déjalo en el suelo. ¡Pero no lo quiero!

Con las últimas palabras, ella salió un poco más al rellano y fue entonces cuando notó la presencia de alguien más.

—Lucas... hola.

—Hola, Amaya.

—No... no sabía que estabas aquí... ¿Llevas mucho rato?

Le estaba ofreciendo su sonrisa de niño bueno. Sabía que no debía usarla con ella, era un cebo demasiado fácil, sin embargo, no podía evitarlo. Le salía natural con ella.

—Desde el principio.

—Bueno... es que no quiero el paquete.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Sandra se ha empeñado en mandarme un... algo que no necesito.

—¡Anda! Sabes lo que es, entonces. Perdona que me meta en lo que no me llaman, pero si sabías que ella te lo iba a mandar, ¿por qué no le dijiste que no lo hiciera?

—Uf... No conoces a Sandra, es muy persuasiva. Además, colgó antes de que se lo pudiera decir.

El repartidor asistía a toda la conversación sin saber muy bien qué hacer. Así que, simplemente, se mantenía callado esperando a que alguien arrojara algo de luz sobre cómo debía proceder con el paquete.

—Pues, Amaya, si no le has llegado a decir que no lo querías, deberías aceptarlo y, si acaso, devolvérselo a ella. —La vio dudar. No es que él tuviera especial interés en que cogiera el sobre, pero de verdad pensaba que debía hacerlo—. Aunque solo sea por las molestias que se ha tomado. Y porque este chaval no tiene la culpa de nada...

Al final, tras pensarlo unos instantes, admitió que cabía una mínima posibilidad de que Lucas tuviera razón. A regañadientes, tendió la mano al repartidor que le entregó la mercancía, aliviado

de poder deshacerse de ella, firmó donde le indicaba, se despidió de él y después se dirigió a Lucas.

—¿Quieres pasar?

—Por favor, lo de quedarme en la zona cero no me resulta nada atractivo.

Sonrió y se hizo a un lado para dejarle el acceso libre, justo cuando al fondo del pasillo sonaba su teléfono. Adelantó a Lucas y le pidió que cerrara la puerta, mientras corría para descolgarlo.

—¿Sí?

—Me ha llegado un aviso de que mi paquete ha sido entregado.

—Sí, Sandra. Lo acabo de recibir.

—¿Y?

—Y no lo he abierto aún, si es eso lo que me estás preguntando.

Lucas se acomodó en el sofá, mientras que Amaya terminara la conversación.

—¿Y a qué esperas?

—Pues es que Lucas acaba de llegar y no creo que...

Él levantó las manos dando a entender que si no lo abría por él, se sintiera libre de hacerlo. Sandra se animó al otro lado de la línea.

—May, eso es genial. Él también puede utilizarlo. No en su cuerpo claro, no está hecho para los hombres... a priori, aunque se me ocurren un par de cosas que...

—Sandra, Sandra... te agradezco el regalo, lo que quería decirte es que yo no lo voy a utilizar.

—¿Cómo que no? Es el juguete sexual del momento, Amaya. No he encontrado a ninguna mujer aún que haya quedado decepcionada con él.

—Ya, es que... —Quería hablar claro y decirle que ella no era consumidora de ese tipo de juguetes, pero con Lucas delante no sabía cómo hacerlo sin delatar lo que contenía el sobre—, es que yo no me veo con... eso...

—¿Ni siquiera con Lucas? Deberíais probarlo juntos, nena.

—¿Te importa si continuamos esta conversación en otro momento?

—Claro, corazón. Hablamos cuando quieras. ¡Besines!

Tras colgar, Amaya dejó el sobre encima de la mesa, junto con el teléfono, y se dirigió al hombre que se sentaba en su sofá.

—Perdona, Sandra ha recibido aviso de que me había llegado su... regalo y quería saber qué me había parecido.

A través del móvil, Lucas había creído escuchar algunas palabras clave. Al principio pensaba que no estaba en lo cierto, pero los titubeos de Amaya, sus esquivas respuestas y el sonrojo que presentaba en ese momento le permitían asegurar, casi al cien por cien, que no se equivocaría si dijera que el envío de Sandra contenía algún tipo de aparato sexual.

Por un segundo estuvo tentado de preguntarle solo por el placer de mantener un poco más su apuro, luego se recordó que no era eso para lo que había ido a visitarla y desechó la idea.

—Tranquila, está bien.

—Bueno... pues, tú dirás.

Como no era dado a salir corriendo ante las adversidades, se levantó y se acercó a ella.

—He pensado en lo que me dijiste ayer.

—¿El qué?

Sonrió, sabiendo que esa era su táctica para ganar tiempo ante algo que la ponía nerviosa.

—Acerca de lo de saber qué queremos, cómo lo queremos y cuándo lo queremos.

Se encontraba ya muy cerca de ella y la cogió de las manos.

—Ah, eso...

Amaya no podía pensar, no quería hacerse ilusiones sobre lo que pasaría a continuación aunque, si lo estuviera leyendo en una novela o lo estuviera viendo en la tele, apostaría a que el chico besaría a la chica.

—Sí, eso... —Lucas se inclinó un poco hacia ella y soltó una de sus manos para sostener con ella su mejilla. Buscó en sus ojos la posibilidad de que Amaya pudiera rechazar su contacto, pero no la encontró—. Y tengo una respuesta.

—Ajá...

Muy cerca ya de sus labios, él continuó:

—Quiero intentarlo contigo, May.

El beso que llegó después impidió que ella pronunciara su famoso «¿el qué?».

Capítulo 12

El mes de julio tocaba a su fin. El calor asfixiante de la capital había animado a sus habitantes a huir a lugares más frescos, y solo aquellos que no tenían esa posibilidad permanecían en ella, rodeados de tanto en cuanto por turistas despistados que buscaban, casi con desespero, una sombra bajo la que resguardarse de las elevadas temperaturas que amenazaban con derretirlos.

Amaya, sin embargo, parecía no ser consciente de ello, pues el fervor del que era presa en las últimas semanas la mantenía en un estado tal de felicidad que apenas le permitía darse cuenta de cualquier otra sensación que no fuera el acelerado ritmo de su corazón cada vez que oía, veía o recordaba a Lucas.

Los días se habían sucedido en una especie de nebulosa en su cabeza, de los que no podría precisar ni el principio ni el final. Tras aquel primer beso, el tiempo se detuvo para ella y solo recordaba con exactitud el roce de sus labios. Sabía que otros, en su lugar, serían capaces de asegurar cómo iban vestidos, qué había a su alrededor o hasta el olor que los envolvía. No ella. Ella guardaría para siempre en su memoria la delicadeza de Lucas, su tímido acercamiento, su mirada segundos antes de besarla, como pidiendo permiso, como tratando de averiguar si era eso lo que ella también quería.

Tiempo después de aquel beso, no supo cuánto, cuando aquel momento mágico terminó, notó de golpe el suelo bajo sus pies y dudó si en algún instante habría podido flotar. Abrió los ojos muy despacio y la verde mirada de él la recibió con adoración.

—May... no he sabido cuánto he necesitado hacer esto hasta hace unos segundos.

Ella, con una verdadera sonrisa de felicidad, y mucha sorpresa aún, dejó arrastrar las palabras:

—¿Solo segundos? Mmm, ¿no han sido minutos, horas?

Su risa la ayudó a volver poco a poco a la realidad.

—Apuesto a que no...

—¿Un beso?

Entonces fue él quien dudó, pero la expresión divertida de Amaya arrojó algo de luz.

—O dos, o tres... O, de ahora en adelante, apostamos todos los besos que tú quieras.

Sabía que él hubiera querido añadir algo más, aunque nunca llegó a hacerlo porque un tremendo estornudo lo impidió.

—¡Uf! Mi cabeza... —Retiró solo una de sus manos del cuerpo de Amaya para llevársela a la

frente—. Estoy ardiendo...

—Déjame ver.

Cuando ella comprobó que Lucas tenía razón, le pidió que se sentara en el sofá, lo arrojó con una manta porque empezaba a tiritar y se ofreció a prepararle algo caliente.

—Me hubiera encantado decirte que esta subida de temperatura tenía que ver contigo y con tus labios... —A pesar de encontrarse fatal, no pudo evitar bromear. Quizá como válvula de escape a la sensación que se había apoderado de él al besarla. No tenía intención de analizarlo en ese momento, sabía a ciencia cierta que era la primera vez que besaba de esa manera—. Pero te estaría mintiendo descaradamente...

Amaya se había sonrojado con su comentario, y para él, esa actitud en una mujer de su edad era desconocida. Y le gustaba.

—Bueno, más adelante podremos analizar eso. —Para poder enfrentarse a esa nueva situación de morir de vergüenza por el camino, Amaya debía permitir que fuera la chica práctica que vivía en ella quien llevara la voz cantante. De otro modo, corría el riesgo de cortocircuitar presa de lo que estaba experimentando—. Eh... no sé muy bien qué podría darte para que te sintieras mejor y quitarte ese frío... —Se levantó para dirigirse a la cocina—. ¡Ah, ya sé! Creo que tengo sopas de sobre.

La cara de Lucas fue todo un poema.

—¿Y una infusión?

—Sí, sí... claro. —«Eso no se lo dan a uno ni en el hospital, Amaya», se reprendió—. La infusión también puede valer. Enseguida te la traigo.

De camino a su casa, mientras recordaba aquella escena, volvió a desear haber pensado antes de hablar. Ella no era buena cocinera. De hecho, se podría considerar que ni siquiera cocinaba. Tan solo comía para sobrevivir porque, entre el poco tiempo que estaba en su casa y que nunca había sido una gran comedora, apenas guardaba en la despensa o en la nevera alimentos que requirieran demasiado tiempo para ser preparados.

Con Lucas todo había resultado fácil, a pesar de que su primer día de relación se lo pasó cuidando de él hasta que le bajó la fiebre y decidió irse a su casa. Quedaron en verse al día siguiente, pero no fue posible porque su situación no mejoró y le pidió mantenerse alejados para evitar que ella se contagiara, si no la había hecho ya tras compartir los besos. Y, sin remedio, unos días después ella comenzó a sentirse igual.

El caso era que, a pesar de hablar a todas horas por teléfono, él, que estaba descubriendo una nueva forma de sentir, propuso utilizar la videollamada para verla.

«Demasiados días sin contemplar tu sonrisa». A ella, ese tipo de comentarios le removían lo más profundo de su ser, pues nunca había sido objeto de palabras así. Fuera por la fiebre o por la novedad de lo que sentía, poco a poco fue sucumbiendo y así había acabado, como ese día, pisando un nuevo felpudo que rezaba: «Besarnos es muy cuqui», con la sensación de que, por fin, con casi treinta y cinco años había descubierto el amor.

—Lucas, ha surgido un problema.

La voz de Miguel al otro lado del teléfono no presagiaba nada bueno.

—¿Podrías ser un poco más preciso? Ahora mismo no tengo tiempo para problemas.

—Pues vas a tener que encontrarlo. En cinco días, seis como mucho, tenemos que estar en Rabat.

—¿En Rabat? Se supone que todo lo que quedaba allí se cerró, Miguel. ¿Qué ha pasado para que tengamos que volver?

—Que les caes demasiado bien, hijo. Y solo firmarán si eres tú en persona quien les explica los motivos.

—Ahora no, Miguel, ahora no...

Iba desinflándose por segundos. Sabía que ese viaje podría alargarse semanas, incluso algo más de un mes y medio, y ese era un tiempo precioso que quería compartir con Amaya. Desde que le confesó lo que sentía por ella apenas se habían visto debido al catarro que había afectado a ambos y ese iba a ser el primer día que pasaran juntos, completamente restablecidos. Tenía grandes planes para esa cita.

—Lo sé, Lucas, y si quieres establecerte en Madrid y cortar todos los lazos que te quedan en el extranjero, esto debes hacerlo tú.

—¿Y qué hay de los poderes que te firmé? En el resto de obras no ha habido problemas...

—Ya, pero en Rabat no son «el resto». Y por muy válidos que sean esos papeles, para ellos tienen el mismo valor que el humo. Son de palabras, de gestos... ¡ya lo sabes!

No tenía escapatoria. Tendría que viajar. Tendría que separarse de Amaya... Y tendría que decírselo esa misma tarde.

Su desasosiego fue mayor al recordar de golpe la conversación que tuvieron días atrás, que le llevó a prometer algo que, por descontado, tendría que incumplir.

Como cada vez que tenía que pensar, eligió andar. El paseo hasta la casa de Amaya debería ser suficiente para despejar su mente y permitirle exponer los hechos de tal manera que, a pesar de la seriedad, los presentara como cualquier cosa salvo un escollo en lo que quiera que fuese que estaba comenzando entre ellos.

«Lucas, no quiero emocionarme con esto». Las palabras de Amaya bombardearon su cabeza en un ir y venir de recuerdos vividos a través de la pantalla del ordenador unas veces y del móvil otras.

Fue una de las ocasiones en las que habían utilizado la videollamada, cuando él, fiel a su necesidad de decir siempre lo que pensaba, le confesó en qué punto se encontraba.

—Lucas, ¿no crees que nos pasamos demasiado tiempo hablando?

No desaprovechó la oportunidad:

—¿Que si lo creo? ¡Lo sufro, May! Lo que de verdad quiero es tocarte, sentirte, olerte... —

Mientras veía cómo sus mejillas se coloreaban, fue un poco más allá—. Te lo digo en serio: desde que te besé no pienso en otra cosa que en volver a verte... en carne y hueso. Estos catarros de verano no están siendo justos con nosotros.

—Bueno... pienso como tú, pero no me refería a eso.

—¿A qué entonces?

—A que igual tienes otras cosas más interesantes que hacer que tirarte horas y horas hablando conmigo.

La mirada que le dirigió a través de la pantalla pretendía conseguir que entendiera que así era como quería pasar su tiempo: con ella.

—Amaya, sabes que no me gusta callar lo que siento.

Cuando ella vio que se puso serio de pronto, su expresión cambió a otra más expectante y él supo que había conseguido toda su atención.

—Ajá...

—Mira, me hubiera gustado que esta conversación surgiera de otra manera, o al menos estando uno al lado del otro, pero ha sido ahora, así que te lo voy a decir: es la primera vez que tengo una relación seria con una mujer.

—Ajá...

—En toda mi vida.

—Entiendo...

—¿Seguro? ¿Entiendes que trato de decirte que no he tenido una novia jamás? —Por los ojos de Amaya pasaron tantas cosas que Lucas hubiera deseado poder leer sus pensamientos en ese instante. Le dejó tiempo para que asimilara lo que le había dicho: novia. Bueno, quizás le estaba dejando *demasiado* tiempo—. ¿Amaya?

—¿Sí?

—¿Me has escuchado?

—Ajá...

—¿Y?

Entonces ella se levantó de la silla en la que estaba sentada y supo que había comenzado a pasearse porque dejó de verle la cara y la única imagen que tuvo de ella fue la de sus caderas paseándose de izquierda a derecha de la pantalla. Cuando iba a pedirle que se sentara de nuevo, la escuchó hablar.

—Lucas, si estás tratando de decirme que somos novios, lo has hecho fatal. Sobre todo, porque no, no lo somos.

Entonces fue su turno de no comprender.

—Pero...

—No, pero no. Ahora te toca a ti escuchar. Nos hemos besado, vale. Hemos pasado miles de horas hablando, vale también. Y nada más. No somos novios y no hemos empezado ninguna relación.

A punto estuvo de demostrar lo mucho que le había dolido aquello cuando Amaya volvió a sentarse y de nuevo pudo ver su rostro.

—Mira, lo que trato de decirte es que no estoy preparada para tener una relación.

Le dolió, le dolió en lo más hondo de su ser, pero lo tenía merecido por haber dado por supuesto algo que también le atañía a ella sin habérselo consultado. Lo había dado por supuesto... Y había fallado.

—May, somos los hombres los que tendemos a decir eso... —Quiso quitarle hierro al asunto bromeando, aunque se dio cuenta de que justo así había ocurrido con él. Siempre les decía eso a las mujeres que buscaban algo más—. Vale, en serio. ¿Por qué?

—Lucas... —Ella suspiró profundamente antes de continuar—. Lucas, esta conversación deberíamos tenerla cara a cara.

—Ya, pero no puede ser. No con estas toses y estos mocos tan «maravillosos» —trató de hacerla reír, y lo consiguió— que se han interpuesto entre nosotros. Así que, el momento es ahora...

—De acuerdo... Verás...

Entonces le contó todo por lo que había pasado, el tipo de relaciones que había tenido, lo que había aprendido de cada una. Y él le confirmó que era verdad lo que le dijo: encuentros sexuales había tenido muchos; parejas estables, ninguna. No las quería, porque no lo necesitaba. Hasta que la conoció.

—¿De qué tienes miedo, Amaya?

—De que salga mal. De que te vuelvas a marchar...

No la dejó continuar.

—Eso no va a ocurrir. Ya te lo dije. Me quedo aquí, en Madrid. Lo decidí antes de ser consciente de lo que sentía por ti. Y después... cuando te di la mano y me sentí tan bien, cuando me hiciste pensar en lo que quería, cuando me di cuenta de que te habías metido bajo mi piel tuve la certeza de que, como mínimo, quería explorar esta nueva oportunidad que se abría ante mí. Porque nunca me había sentido así antes...

Trataba por todos los medios de hacer que entendiera lo que le estaba ocurriendo con ella.

—Lucas, no quiero emocionarme con esto. Mejor no le pongamos nombre y dejemos que el tiempo decida...

No había estado dispuesto a permitir que fueran los días los que la convencieran. Se había propuesto hacerlo él. Antes de que Miguel le comunicara la noticia...

Había llegado el momento: estaba en su portal. Llamó al telefonillo y esperó.

Amaya se sentía feliz y abrió la puerta con una inmensa sonrisa en la cara. Se abalanzó sobre Lucas tan pronto lo vio llegar y él no dudó en responder con las mismas ganas que ella.

Una vez dentro de casa, y saciada la sed el uno del otro, los besos se fueron calmando, al igual que sus latidos.

—No veía el momento de que este día llegara.

Lucas quería hablar, quería decirle más cosas, quería dejarle claro lo que mucho que había echado de menos su contacto... y todo antes de contarle el giro que había dado su vida.

«Es temporal», se repetía. «Es temporal».

—Ven.

Amaya lo llevó de la mano hasta el sofá, y solo cuando se sentaron y puso algo de distancia entre ellos leyó en sus ojos que algo ocurría. Un mal presentimiento se adueñó de ella y, sin ser consciente del gesto, se llevó el dedo pulgar a los labios y comenzó a morderse la uña. Quería que fuese él quien primero hablase, pero Lucas se limitaba a observarla. Al final, no pudo aguantarlo más.

—Habla. Dime qué ocurre.

Él se pasó la mano por el pelo, revolviendo el cabello que había peinado antes de salir y otorgándole así ese aire desenfadado que tanto gustaba a Amaya.

—Han... surgido problemas... en Rabat.

—¿Qué clase de problemas?

Lucas le explicó en pocas palabras las noticias que le había dado su socio, y, a medida que las decía notaba cómo el semblante de ella cambiaba. Al final, ambos se quedaron en silencio.

—Ajá...

—No, Amaya. Esta vez no. Dime todo lo que piensas, porque sé que te prometí que esto nunca sucedería. Y no ha sido así.

Se levantó del sillón, se le hacía insoportable estar cerca de él. Podría haber dicho que no pasaba nada, que la distancia no era un impedimento, que esperaría su regreso...

«Un mes y medio. Se puede alargar un mes y medio».

No, no lo esperaría.

Entonces toda la rabia que nunca había expresado acudió a ella de pronto y decidió que sí, que hablaría.

—No voy a decir que me has engañado porque sería faltar a la verdad.

Su tono era duro, frío. Lucas no estaba preparado para eso. Quiso levantarse e ir a su encuentro.

—No. —Levantó una mano para detener sus movimientos—. No te acerques o no podré seguir hablando. Me has pedido mis pensamientos y los tendrás. Pero quédate lejos de mí. —Cuando comprobó que él hacía lo que le pedía, continuó—: Me convenciste de que yo era... algo así como especial, me dijiste que nunca habías vivido una experiencia así, que nunca más tendrías que viajar. No tendría inconveniente si estuviéramos hablando de una semana, dos... Me hiciste dudar de mis palabras, de que no estaba preparada para una relación. Y mira, salí de mi cápsula protectora porque creí que contigo podría enfrentarme a todo... Y ahora que me había ilusionado, que me había animado a pensar que esto podía ser, te vas durante... ¡Si ni siquiera tienes claro

cuándo vas a volver!

Bajó los brazos, que había levantado para acompañar su incredulidad, y fue cuando Lucas aprovechó para hablar.

—Amaya, yo no buscaba esto. Ni quería tener pareja, ni después de encontrarte deseaba marcharme. Pero si quiero establecerme en Madrid, debo romper este último vínculo que me queda en el extranjero.

—Y lo entiendo, Lucas, de verdad que lo entiendo. En el fondo, mi enfado no es contigo. Es conmigo, por haberme dejado convencer... Mira, creo que es mejor que te vayas.

Entonces sí se acercó a ella y buscó sus manos.

—En serio, Amaya, quiero estar contigo. La distancia no tiene por qué ser un impedimento entre nosotros... No nos despedamos así, aún me quedan cinco días para viajar. Podemos aprovecharlos para conocernos más y mejor...

Al momento se dio cuenta de que sus palabras podrían malinterpretarse y quiso aclarar su significado, pero vio que Amaya no escuchaba ya, estaba perdida en su mundo interior, y Lucas se desesperaba por escuchar lo que pensaba.

—Justo esta distancia es la que yo no estoy dispuesta a enfrentar. No creo en las relaciones cuyo principal obstáculo son los kilómetros... y el tiempo. No, Lucas, no me veo capaz, lo siento... Dejémoslo aquí. Vete, haz lo que tengas que hacer durante el tiempo que deba ser. Hablaremos cuando vuelvas. Y solo si yo considero que estoy preparada para una relación, dejaré que me convenzas. Si no, seremos amigos. —Hizo una pausa para levantar la mirada, que había estado reposando en sus manos unidas—. Y absolutamente nada más.

Se soltó de su agarre, se marchó a su habitación y cerró la puerta. Lucas no quería darse por vencido por lo que siguió sus pasos y llamó con los nudillos. Al abrir, Amaya le estrelló algo contra el pecho.

—Hazme un último favor y déjalo fuera, encima del que ahora hay.

Cerró de nuevo y lo dejó allí, plantado, con un felpudo en las manos y un mensaje que alojó una bomba en su corazón:

«NO, GRACIAS. SOY ALÉRGICA AL AMOR»

Capítulo 13

—Vale, cariño. Se acabó el recreo de la autocompasión. —Sandra caminaba por el pasillo de la casa de Amaya dando fuertes palmadas, como si de verdad estuviera llamando a unos niños a clase—. ¿Dónde andas, May? Sal de tu escondite.

No lo haría. No tenía ninguna intención de abrir la puerta de su habitación.

Hacía algo más de una semana de su conversación con Lucas y, desde entonces, no había salido de casa. Era verdad que ya no tenía que ir a la universidad, allí habían terminado todo el trabajo, al menos ella lo había hecho, por lo que no le quedaban motivos de peso para dejarse ver en la calle, salvo el día que decidió aprovisionar su nevera, su congelador y su despensa. Por eso, rechazaba cada llamada que Laura le había hecho y solo contestaba a sus mensajes: era más fácil disimular por escrito que de palabra. Y lo mismo había hecho con Sandra.

No era tonta, sabía de sobra que ambas se habían enterado de lo que le había ocurrido, era cuestión de tiempo que Lucas hablara con Álex y, por tanto, que su novia se enterara. Pero eso no la obligaba a nada.

Estaba triste, era una verdad como un templo. Como le había dicho a Lucas, en un principio se había sentido mal consigo misma, por ser débil y confiada. Sin embargo, con el paso de los días, un resquemor había crecido en su interior. Para con Lucas, por supuesto. Porque si sabía que aún quedaban cosas por cerrar ¿con qué derecho aseguraba que no volvería a irse? Le había explicado algo acerca de que era su socio Miguel quien se estaba encargando de finiquitar los contratos, pero lo normal hubiera sido expresarlo de otro modo: «*Aún* quedan cosas por cerrar, así que, *es probable* que no tenga que volver a viajar». Ella hubiera tenido esa opción presente y no se habría lanzado de cabeza al vacío.

De cabeza y sin red, ni protección, ni nadie que estuviera abajo esperándola, ni un triste estudiante de auxiliar de enfermería dispuesto a ponerle siquiera una tirita.

Por eso, en ese momento, estaba enfadada con él. Puede que no debiera. No hacía más que ponerse excusas tontas, y le daba igual. Lo estaba y no había más que hablar. No quería ser razonable, ni lógica, ni justa.

Se pasaba el día tirada en el sofá, comiendo helado directamente de la tarrina, viendo series apocalípticas en la tele y dándose baños relajantes.

Y en uno de esos momentos de dejadez total, a punto de abrir un nuevo envase de ron con pasas,

fue cuando su teléfono vibró con un mensaje entrante. Lo miró sin muchas ganas, pero saltó del sofá en cuanto leyó que Laura y Sandra acababan de entrar en el portal. Solo la avisaban para decirle que no tenía tiempo de escapar. Recordó entonces que su amiga era la única persona que tenía copia de la llave de su vivienda.

Y así fue: solo pudo encerrarse en su habitación antes de que Laura la introdujera en la cerradura.

—Pero...

Amaya, desde su cuarto, sabía lo que estaba pasando: las dos mujeres alucinaban en su salón.

—¡Amaya Bonito Trabajo! ¡Sal ahora mismo a explicarme esto!

—Pero bonito bonito. La que has liado, corazón...

Laura se dio cuenta al instante.

—No, Sandra. Amaya Bonito Trabajo.

—Sí, sí, me he enterado. Además, Lau, lo estoy viendo.

—Que no, que se llama así. Son sus apellidos. Bonito es de origen portugués y Trabajo es el de su madre, andaluza.

—¿De verdad? Ay, por Dios, eso tiene que ser una señal, Lau. La gente con esa combinación de nombres tiene mucho potencial. Es como...

—¡Suficiente!

Amaya salió en ese momento de su habitación hecha una furia. Caminaba pisando fuerte y voceaba desde la puerta. Estaba segura de que nada conseguiría sacarla de allí. Pero claro, no contaba con el *potencial* de su nombre y apellidos...

Laura la miró de arriba abajo, estudiándola, mientras a ella solo le faltaba echar espuma por la boca, porque habían entrado en su casa sin permiso y además estaban cuestionando su... ligero desorden.

—Oye, pues yo esperaba encontrármela peor, Sandra...

—Sí, la verdad es que no la veo muy metida en la autocompasión.

—Nah... Es más en el caos en lo que está hasta el cuello.

—Pues te digo una cosa, Lau, del caos surgen grandes cosas. Fíjate en el universo...

—¡¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera presente?!

—Ay, corazón, si tenemos muy claro que estás aquí.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué, May?

—¿Qué hacéis aquí?

Sus dos amigas se miraron, después pasearon la vista por la estancia y, para finalizar, la posaron en ella. Luego, fue Laura quien volvió a hablar.

—Salvarte de ti misma, por supuesto.

Decidió que le iría mejor si las ignoraba y se acercó a la tarrina de helado que había dejado olvidada en la mesa baja del salón. La cogió y la metió en el arcón congelador.

—¿Qué hace esto aquí en medio?

Laura preguntaba, asombrada, por el armatoste que se había convertido en el nuevo mueble de la sala.

—Sí, cariño, a tu *chi* no le va nada bien tenerlo aquí. Interfiere en la energía de este espacio. Si aún estuviera orientado de otra manera... Pero así no. Definitivamente. Además, bloquea el paso.

—El arcón se queda aquí y punto. Me evita paseos a la cocina.

Para Laura, la locura había ido demasiado lejos. Se plantó delante de ella, que se había tirado todo lo larga que era en el sofá, y apoyó los puños en las caderas.

—Mira, te voy a ser sincera: no sé si tienes una depresión o una pedrada en la cabeza...

—Ey, ey, ey, ey... Cero agresividad, por favor, ni siquiera verbal. —Sandra se acercó a Laura y empezó a darle friegas en la espalda—. Relaja, cielo, relaja. Déjame a mí. May, cariño, entiendo que la marcha de Lucas te haya afectado. Porque lo ha hecho, ¿verdad? —No esperó a obtener una respuesta—. Bien, lo malo de esto es que la espiral en la que has entrado no es positiva para ti, estás desajustando tu fuente de energía. Así que podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Tú decides.

—Por las buenas no voy a colaborar. Y por las malas... tampoco. En serio, estoy bien, no necesito a nadie aquí. Solo estoy buscando un tiempo para dedicarme a mí misma, para reprocharme haber confiado en él y para asegurarme de que aprendo la lección.

Dijo todo eso del tirón, sin ni siquiera molestarse en abrir los ojos y mirar a sus amigas. Le extrañó que, pasados unos segundos, ninguna de las dos contestara. Elevó los párpados justo para ver cómo una jarra de agua volcaba todo el contenido sobre su cara. Se levantó de un salto, boqueando como un pez al tiempo que soltaba un taco tras otro. Cuando terminó el repertorio, se quedó mirando a Sandra, hecha un basilisco.

—¡Menuda psicóloga estás hecha! ¡¿Dónde narices te han dado el título?! ¿En el mercadillo? ¡No tendrás un solo paciente! ¡Y no me extraña, porque si les haces esto deberían denunciarte!

—Eso es, déjalo salir, May, déjalo salir...

—¡Me has empujado, has empujado mi sofá y has puesto el suelo perdido!

—Bien, bien, fluye, fluye...

Laura se acercaba por detrás, intentando no hacer ruido.

—¡Y ahora me va a tocar fregarlo, y recoger todo este cisco! ¡Mira qué follón tengo! ¡Voy a tardar horas!

—Fus, fus, fus... Ya casi está, ya casi está. Sigue, cariño.

—¡Y no tengo ganas! —Suspiró con demasiada fuerza y bajó un poco la voz—. Ni fuerzas.

Laura ya se encontraba justo a su espalda y la giró con suavidad para acogerla entre sus brazos. Segundos después, mientras vaciaba en ella todas las lágrimas que llevaba días sin soltar, Sandra se unió al abrazo.

—Eso es, mujer bella, deja que sea nuestra energía la que te sane, la que restañe tus heridas y te dé el calor que necesitas para resurgir.

Podría haber protestado por las palabras de su amiga, pero no quería. Prefería creerse cada una de sus sílabas y dejar que fueran ellas las que la sacaran a flote...

Un buen rato más tarde, entre las tres habían conseguido poner un poco de orden en la sala. Tal y como dijo Sandra, el trabajo físico venía muy bien para despejar dudas y subir el ánimo.

—Entonces, el único problema que hay es que estás decepcionada porque pensaste que no iba a marcharse y ahora te ha dejado tirada.

Laura resumió en muy pocas palabras cómo se sentía.

—Eso es. Me hizo creer que se quedaba aquí para siempre, después de que yo le contara las tristes relaciones que he tenido y le asegurara que no tenía ninguna intención de comenzar nada nuevo.

—Ya, y como le ha surgido un imprevisto y se ha tenido que marchar, sientes que has confiado para nada. Y te sientes traicionada a pesar de que él no te ha jurado, en ningún momento, amor eterno.

Esa vez era Sandra quien daba voz a sus pensamientos.

—Exacto.

—¿Y no te ha dado por barajar la posibilidad de que el problema es solo tuyo?

—Sí, y en parte así es. Por eso no quiero volver a saber nada de relaciones. Me iba muy bien hasta que decidí que igual con Lucas todo podía ser diferente.

—May, corazón, dime una cosa —Sandra sostenía una de sus manos, mientras la miraba con fijeza a los ojos— ¿no te sentiste feliz estas últimas semanas con él?

—Sí. Lo fui. No lo voy a negar, pero...

—Nada de peros. —No la dejó continuar—. El amor es lo que mueve el mundo. La energía que proyectamos a los otros, al universo, al cosmos es tan inmensa que produce cosas maravillosas a nuestro alrededor. Todo es mucho mejor cuando el amor es lo que nos guía.

—Sí, Sandra. Perfecto. Puedo proyectar mi amor hacia otro lado.

Sandra suspiró.

—Está bien. Creo que te lo mereces. —Laura y Amaya la miraron sin comprender—. Te invito a unirte a mi red.

—¿A qué red?

—A la red que he generado conectando gentes de diversos puntos del mundo. Tan solo nos amamos en toda la extensión, pero sin compromisos de ningún tipo. Al menos *a priori*.

—Bueno, te agradezco que...

—En mi red cabe cualquiera, corazón. No hace falta enamorarse, solo buscamos apoyo los unos en los otros. Cualquiera con el que sientas una mínima conexión puede pasar a formar parte de tu propia red.

—Ya, es que...

—Amaya, no lo descartes. —Fue Laura quien habló, y cuando Amaya la miró, notó que le estaba siguiendo el juego—. Quien sea, como te dice Sandra. Alguien con el que estés agradecido.

—Ya, si lo he entendido, lo que pasa...

—Comprendo que al principio te resulte chocante, aunque si lo pruebas, verás que es muy gratificante. Si quieres puedo incluirte en la próxima quedada no presencial.

—¿No presencial?

—Sí, tengo un grupo en Leganés con el que quedamos para conectarnos energéticamente sin necesidad de estar en la misma habitación. Puedo pedirles que visualicen tu situación y nos conectaremos por ti.

La cabeza de Amaya empezaba a acusar tanta conversación y, lo más importante, intuía que no podría salir de allí sin acabar comprometiéndose con algo que no comprendía ni siquiera un poquito.

—Esto es demasiado. Creo que necesito un cambio de...

Sandra se levantó de golpe del sofá.

—¡Eso es! ¡Un cambio de vida, un cambio de aires!

—Bueno, estaba pensando más bien en un cambio de tema, pero puede que eso también me beneficie.

—¡Es ideal! En unas semanas comienza un retiro espiritual en un pueblecito cerca de Madrid. ¡Nos apuntaremos juntas!

Laura ya no pudo aguantar más y acabó riendo a carcajadas al ver cómo Amaya la miraba gritando en silencio que la ayudase.

—Sí, bueno, ¿puedo pensármelo?

—Por supuesto. Te paso más tarde toda la información, ¿vale, cariño? —Miró su reloj de pulsera y empezó a recoger sus cosas—. Y aprovechando que estoy en Madrid y que tú ya estás mejor, ¿os importa si os dejo? Vive por aquí cerca un miembro de la red con el que en los últimos meses he tenido muchas... conexiones. Voy a llamarle, a ver si quiere aprovechar e intercambiamos algo de energía física... Ya me entendéis...

Sin esperar respuesta, besó a sus amigas y se fue. Al llegar a la puerta, gritó desde allí:

—May, corazón, si aún no lo has hecho, hoy puede ser un gran día para que *mi amigo* y tú os conozcáis... a fondo. ¡Nos llamamos, bellezas!

Y se marchó, tal cual, dejando a Amaya roja de vergüenza, mirando a Laura con cara de circunstancias.

—Es que... el otro día...

—Ya, Sandra también te ha hecho uno de sus regalos. Tranquila, es algo habitual. Y, sea cual sea el que te ha enviado, seguro que ha acertado de lleno. No creo que te haya mandado nada sin haber pensado primero en cuál es el que más te conviene.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas el último aquelarre al que rechazaste venir el año pasado?

—Ajá.

—Pues la cosa se nos fue de las manos y acabó pidiendo por internet un aparato sexual para cada una de las que estuvimos allí. No nos dio explicaciones de cómo era el de cada una, pero el lunes siguiente lo recibimos en nuestras casas. Y, según ella, los había escogido en función de nuestra personalidad y de la cantidad de energía que cada una necesitábamos liberar en ese momento.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Palabra. Así que, te recomiendo que pruebes el tuyo.

—¡Uf! No sé si lo probaré o no, aunque te aseguro que lo que sí voy a hacer es cambiar de aires.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que estos días, además de haberme inflado a helado, he estado pensando: voy a dejar, al menos por un tiempo, la universidad.

Laura la miró con atención y, después de unos segundos, contestó:

—Sabes que por mí no hay ningún problema. Y si es lo que en realidad necesitas, adelante. ¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer?

—No, ni la más mínima.

Por fin concluían una de las interminables reuniones arrojando un poco de luz al problema que lo había llevado a Rabat. El calor asfixiante que reinaba en el exterior hacía más complicado aún que su paciencia no fuese mermando con los días que pasaba allí. Por fortuna, casi no había pisado la calle desde que llegó. Con el chófer que tenía a su disposición las veinticuatro horas al día, el tiempo que pasaba sin resguardarse era mínimo. Aun así, las altas temperaturas se hacían notar y eso aumentaba sus ganas de volver a casa.

Había pensado mucho en Amaya y en lo que ella le había dicho. Podía entender que se hubiera sentido decepcionada cuando le dijo que tendría que viajar una vez más, pero no comprendía que no quisiera confiar en su palabra de que no fuera a haber una próxima vez. Le había explicado que era precisamente para liquidar el último asunto que tenía en el extranjero, que, por desgracia, le iba a llevar un tiempo que no sabía cuánto podía extenderse. Si hacía un trabajo de empatía podía llegar a comprender que sus experiencias anteriores eran las causantes de su desconfianza y que, producto de ellas, se había resistido a emocionarse con lo que fuera que estaba surgiendo entre los dos. Quizá ese viaje repentino la llevaba a creer que había apostado por algo que no tenía futuro, y menos a través del tiempo y la distancia.

Él no estaba dispuesto a renunciar. Nunca había tenido una relación, pero aquello que había sentido junto a ella era lo más parecido al estado de felicidad que había alcanzado desde que

decidió que su familia la elegiría él y se quitó el peso de encima de cumplir con sus padres. Soltar ese lastre le había dado confianza, seguridad y la certeza de que podía tomar las riendas de su vida.

«No», se dijo. «No se parece. No sé si es mejor, pero me hace feliz de otra manera. De una manera que nunca había experimentado. Y me gusta».

Decidió que no iba a rendirse y tomó el móvil para anunciarle que volvería a España en septiembre. No esperaba respuesta de forma inmediata, aunque sentía la necesidad de compartir con ella esa información.

Sin embargo, cuando dos días después seguía sin tener noticias suyas, no le importó pagar una conferencia por ella. Tampoco en esa ocasión consiguió que ella le respondiera.

Ignoraba sus llamadas y mensajes a propósito. No se veía con fuerzas para hablar con él. Aún no. Había pasado casi un mes desde la última vez que se vieron y apenas quedaban unos días para que septiembre comenzara, y, aunque había conseguido salir de esa espiral de autocompasión, como Sandra decía, intuía que si escuchaba la voz de Lucas sucumbiría de nuevo. Y no estaba dispuesta. Había tomado la decisión de dar un giro a su vida y no quería que nada ni nadie interrumpieran sus planes. Tenía que orientar su rumbo y tener a Lucas en mente una vez más no le ayudaría ni un poquito. No, era mucho mejor dejarlo pasar. Aunque, si en algo había llegado a conocerle era en el empeño que ponía cuando quería conseguir algo. Eso le dio la idea definitiva.

Un rato más tarde, buscó en la gran caja de cartón que ya se había convertido en un imprescindible en su vida y hasta encontrar lo que quería. Abrió la puerta de la casa y cambió un felpudo por otro. Tras colocar el antiguo en su lugar, tiró de la maleta por el pasillo, salió de su piso, echó la llave y se fue sin mirar atrás.

Vale, su insistencia en no contestar había acabado con su paciencia. Si ella no quería hablar con él, tenía la intención de presentarse en su casa y no moverse de allí hasta que escuchara lo que tenía que decirle.

Y cuando algo se le metía en la cabeza, no había nada que le hiciera cambiar de idea.

Salió del ascensor con el firme propósito de hacerse oír y se plantó en la puerta del piso de Amaya convencido de que ese día, por fin, antes o después, podrían hablar. No sabía con qué podría encontrarse pero estaba seguro de que el felpudo podría darle una pista.

Y así fue. Sin embargo, esta resultó tan clara que desbarató todos sus planes. Enseguida, tuvo claro lo que haría a partir de ese momento.

Dio la vuelta sobre sus talones con una sonrisa en los labios, muchas fantasías en la

imaginación y el mensaje que había leído resonando aún en su memoria:
«Fuimos una gran idea en un horrible momento».

Capítulo 14

Volvía de su semana de vacaciones. En realidad, se había tratado de un tiempo para desconectar, para pensar en ella misma y para poner en orden sus prioridades. Sandra le había comentado que quería montar un pequeño negocio desde casa. Se había cansado de la consulta de psicología en la que trabajaba y se iba a lanzar al maravilloso mundo de los autónomos. Su idea era vender por internet y tenía pensado empezar con productos relativos a piedras energéticas o algo así. No se había enterado muy bien de en qué consistía, y cuando le preguntó si quería ayudarla hasta que encontrara su rumbo, se sorprendió accediendo. Luego decidió que le vendría bien pasar unos días fuera. Se fue al sur, a la tierra de su madre, y pasó con sus padres unos días en su casa. Se había dedicado al trabajo físico y se había metido de lleno en el pequeño jardín que estos tenían allí. No le habían preguntado nada, tan solo habían dejado que hiciera y deshiciera a su antojo. Desde pequeña, siempre había sido así: cuando se topaba con un problema al que no encontraba solución o cuando su ánimo no conseguía levantar el vuelo se ponía los guantes de jardinería y le daba un nuevo aspecto a la zona exterior de la casa. Una semana después de su llegada, poco quedaba en el mismo lugar. Sus padres lo sabían y siempre reservaban una esquina del jardín sin cuidar: en un momento o en otro, su hija siempre volvía y descargaba su frustración o preocupación a golpe de pala o arrancando malas hierbas. El resto se mantenía perfectamente cuidado. Así que no objetaron nada. Al contrario, alabaron el buen gusto, a pesar de que escuchó una conversación entre ellos el cuarto día de su estancia en la casa familiar.

—Madre mía, esta niña podría buscarse una casa con jardín en la capital. Al menos se ahorraría los viajes hasta aquí.

—Déjala —intervino su padre—. Así nos aseguramos de que venga de vez en cuando. ¿Hace cuánto que no bajaba por aquí?

—¡Ni me acuerdo! Y la verdad es que su rincón parecía ya más una jungla que otra cosa. Y no me opongo a seguir manteniendo ese trocito para ella, pero lo que ha hecho con las jardineras... ¡ahí no tenía que meterse!

—Se habrá emocionado arrancando cosas, supongo...

Su mujer lo miró sorprendida, viendo lo blando que se había vuelto su marido con el tiempo. Sus geranios eran como un tesoro para él.

—Sí, se ha emocionado tanto que tus geranios ahora mismo son simples palos de piruleta...

Él no decía nada...

Amaya se dio cuenta de que su madre tenía razón, de que se había dejado llevar por las emociones y asaltado parcelas del jardín que le estaban vetadas. Se sintió mal y al día siguiente apareció en casa con tres macetas enormes de la flor preferida de su padre.

De vuelta en Madrid, acomodada en su sofá, llamó a una de sus amigas.

—Hola, bombón. ¿Qué te cuentas?

—Ya estoy de vuelta.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Te he sentido. Llevo unos días preocupada por ti y te he pensado mucho. Al final hoy he notado que estabas más tranquila. Así que he dado por hecho que habías regresado.

La cara de Amaya era todo un poema, pero pasó por alto las cualidades esotéricas de Sandra.

—Eh, sí... bueno, pues el caso es que aquí estoy, y he pensado mucho en lo que me dijiste.

—Cuéntame, corazón. ¿Aceptas que trabajemos juntas?

Debería negarse, lo sabía con tanta certeza como que estaba hablando con ella, porque no creía que fuera a ser capaz de aguantar las excentricidades de Sandra, pero necesitaba darle un giro a su vida. ¿Y quién mejor que ella para ofrecerle lo más opuesto a lo que llevaba años haciendo?

—Sí, claro. Aunque no se me ocurre qué papel puedo jugar yo en la venta de tus piedras.

—¿Qué tal se te dan las redes sociales?

—Pues hasta una ameba tiene mejores perfiles que los míos.

—¡Eso es perfecto, cariño!

—¿Perfecto? Creo que no me has entendido.

—Oh, sí. Sí lo he hecho.

—¿Entonces?

—Entonces quiero decir que puedes crearte la personalidad que te dé la gana y convertirte en una auténtica salvaje del mundo cibernético. Podrás ser el terror de los consumidores, en el buen sentido, claro. Puedes imaginarte siendo una mujer segura de ti misma, convencida de que cada cosa que hagas puede alcanzar cotas impensables; sacarás del cajón de objetos perdidos la autoestima que dejaste allí olvidada y con ella lograrás encandilar al mundo; pondrás la creatividad a tus pies y conseguirás que un horizonte nuevo se abra en ti...

La interrumpió antes de que fuera a más.

—¿Todo eso con un perfil de Instagram? Sandra, creo que te has emocionado.

—Y yo creo que te quieres demasiado poco. ¿A que aún no te has conectado con la deidad que llevas dentro?

—¿Con qué deidad? Sandra, aún no sé ni lo que quiero, como para ponerme a buscar nada dentro de mí.

—Ay, cielo. Qué equivocada estás. Busca primero en ti y busca después en el exterior. ¿Qué tal con *mi amigo*? ¿Ya os conocéis?

—Pues... no, la verdad.

—Uh, pues vamos mal. En la oferta de trabajo que te planteo dice que tienes que ser feliz.

Amaya miró el auricular, convencida de que acababa de sufrir un cruce de líneas.

—Sandra, ¿qué oferta? Si todo lo que hemos acordado ha sido de palabra.

—Bien, y por eso te lo digo ahora. ¿Tienes intención de intimar con él?

—¿Por qué esa obsesión?

—No es una obsesión, es una terapia que te impongo. Con la sexualidad se libera cantidad de energía, es el motor del mundo.

—Creía que ese motor era el amor...

—La exploración de la sexualidad es una forma de amarse a uno mismo. Así que está relacionado. Ámate, May. Ámate mucho...

Amaya se quitó las gafas y presionó con suavidad el puente de su nariz. ¿En qué momento habían pasado de hablar de una oferta de trabajo al uso de un aparato sexual?

—Por cierto, antes de que me des una respuesta —retomó Sandra la conversación—, he de decirte que voy a mudarme. Creo que desde Madrid me será más sencillo recibir género y enviárselo a mis clientes. Necesito un lugar más o menos grande, donde pueda vivir y almacenar los productos. ¿Conoces algún sitio? Porque he pensado poner a mi red en conocimiento de mis intenciones, pero, tras consultarlo con el cosmos, creo que es importante no mezclar según qué tipos de energías.

Lo pensó unos segundos. Sabía que se iba a arrepentir, lo sabía. Aunque algo desconocido la empujaba a decirlo. ¿Sería posible que Sandra estuviera manipulándola a través de las ondas?

—¿Podría valer mi piso?

—Podría, pero depende de ti.

Ese tono que usó Sandra era desconocido para ella. Parecía más... más seria.

—¿Por qué?

—Porque solo tú sabes lo que estás dispuesta a conocer. Piénsalo y me dices. Te dejo, corazón. ¡Besitos!

Y así lo hizo. Caviló largo y tendido sobre los pros y los contras de compartir piso con ella. Más que con ella, con su manera peculiar de ver la vida y de expresarse, de aconsejar y de hablar. Y, al final, llegó a la conclusión de que tener una compañera le vendría bien para todo. Y compartirían gastos, porque, una vez que renunciara a su trabajo, se le terminarían los ingresos; podría tirar un tiempo de sus ahorros, pero no para siempre. Así que llamó de nuevo a Sandra y le repitió su oferta. Sin embargo, esta no aceptó de inmediato: debía consultarlo con el cosmos. Debió de obtener una respuesta positiva porque dos días después de su llamada le confirmaba su traslado y le aseguraba que en menos de tres días lo tendría todo listo para mudarse a Madrid. Le sorprendió que necesitara tan poco tiempo, y ella solo le dio una respuesta:

—La red funciona, cariño, la red funciona.

Y así, entre despejar su casa para dejar sitio a su amiga, ayudarla a instalarse y sentar las bases

de su negocio, casi pasaron otras dos semanas y ella ni se enteró. Le sorprendió darse cuenta de ello.

—La clave de una vida mentalmente saludable está en dos puntos: la meditación y la ocupación. No lo olvides, Amaya.

Cuando estaba a punto de contestarle, recibieron un mensaje de Laura proponiendo una salida tres días más tarde. Iba a aceptar cuando de pronto se le ocurrió la idea de que no se trataba de una quedada de chicas y preguntó, porque no se veía preparada para encontrarse con Lucas de nuevo. Como no se equivocaba, contestó solo con un «tal vez».

Lucas había puesto un montón de esperanzas en esa noche. Después de su visita frustrada a la casa de Amaya, había intentado ponerse en contacto con ella un par de veces más. Tras eso, decidió que lo mejor sería dejarlo estar y permitir que el tiempo, y su idea, despejaran el camino. Y ese día cabía una pequeña posibilidad de que se vieran y pudieran hablar. No tenía intención de agobiarla mucho, solo trataría de intercambiar algunas palabras con ella que le permitieran hacerse una idea de cómo se encontraba y de lo que pensaba acerca del inconveniente que había surgido entre ellos.

«Y también quieres verla casi con desesperación», pensó. Puede que estuviera exagerando un poco, llevaba mucho tiempo sin contemplarla y conformándose solo con las fotos que se hicieron el tiempo que estuvieron juntos. Y ya no era suficiente.

La impaciencia por encontrarse de nuevo le hizo llegar con demasiada antelación y el tiempo pasó despacio, permitiéndole recordarla. Su ansiedad crecía con los minutos y, cuando todos hubieron llegado y Amaya no aparecía, se temió lo peor.

Sin querer parecer desesperado, preguntó a nadie en concreto:

—¿Amaya tardará mucho en venir?

Sandra se colgó al instante de su brazo y le obligó a avanzar unos pasos, poniendo rumbo al restaurante en el que habían reservado para cenar, e iniciando una conversación con él.

—¿Sabes que me he mudado a Madrid? Llevo ya unos días viviendo por aquí.

A Lucas le caía bien la amiga de las chicas y le parecía una gran noticia que ahora estuvieran todas juntas en la misma ciudad, aunque eso no era lo que le interesaba en ese momento. Cuando estaba a punto de responder, Sandra continuó hablando.

—Ahora comparto piso con ella.

No le hizo falta que le diera más explicaciones, así que le prestó toda su atención.

—Sí, hemos iniciado un negocio juntas y, como lo llevaremos desde casa, vivimos en su piso. Y está bien, no te preocupes. Pero hoy no vendrá.

Solo tenía una pregunta.

—¿Por qué?

—Está de formación.

—¿De formación?

—Sí, en Zamora. —No daba crédito a lo que oía, así que permaneció callado y Sandra continuó —: Se tiene que poner al día con las redes sociales. Será la *Community* de nuestra pequeña empresa, y necesitamos que controle su trabajo, como comprenderás. Se ha apuntado a un curso de formación y no volverá hasta dentro de unos días.

Sandra hablaba como si el cambio que Amaya le había dado a su vida fuera lo más normal del mundo, y Lucas no pudo callar lo que pensaba.

—Y ¿se puede saber qué tipo de curso es ese que en Madrid, con todos los recursos que hay, no existe?

—Uno en el que tú no estás cerca.

Era una respuesta excelente, la verdad. No tenía nada que objetar.

—Mira, Lucas, me caes muy bien, te lo digo en serio. Y siento que entre vosotros existe una química fantástica, una energía destinada a unirse, pero no ahora. No mientras ella no aprenda a confiar.

La mano de Sandra descansaba sobre su brazo, al tiempo que le ofrecía una sonrisa de comprensión.

—Sé que has intentado ponerte en contacto con ella; yo creo que es mejor que le des tiempo. Cuando ella esté preparada para enfrentarte, o cuando no le quede más remedio, lo hará.

—¿Cuando no le quede más remedio?

—No olvides que, en apenas dos meses, vamos de boda.

—Sandra, ¡¿cómo voy a esperar dos meses de brazos cruzados?!

—Recuerda, Lucas, que la paciencia fortalece el espíritu.

—Y esperar demasiado puede hacer que pierdas un buen negocio.

Lucas giró la cabeza hacia el otro lado cuando notó que Marc se había arrimado a él y tras escucharle pronunciar esa sentencia.

—Marc —le dijo, molesto—, Amaya no es un negocio. Es la mujer con la que quiero estar.

—Te equivocas: es el negocio en el que quieres invertir los años que te restan de vida.

—Ay, corazón, veo que sigues sin liberarte. El día que estalles...

Sandra lo miraba con intensidad, tanto que el hombre se quedó callado un instante, demasiado para ser él, aunque pronto recuperó el habla.

—El día que yo estalle el mundo se vendrá abajo, porque solo la llegada del apocalipsis puede hacerme perder el control.

—¿Sabes qué es lo peor del todo? Que te lo crees. Y así no te puedo trabajar.

—¿Y quién ha dicho que quiero que me trabajes?

La cabeza de Lucas giraba de un lado a otro como en un partido de tenis, escuchando la conversación de las dos personas que lo flanqueaban y que lo ignoraban al mismo tiempo.

—Tú. Todo tu lenguaje no verbal, toda tu energía, todo tu yo interior me pide a gritos que lo

haga.

Marc no contestó. Ni al segundo siguiente, ni al siguiente, ni al siguiente. Lucas miró a su amigo, extrañado, y vio que sus ojos desprendían un fuego tal que no entendía cómo Sandra lo seguía mirando con una sonrisa de complacencia en el rostro.

—Bueno, pues hemos llegado. ¡Chicos!

Se dio la vuelta para unirse a Álex, Laura, Raúl y Daren, que caminaban unos pocos pasos detrás de ellos, dejando solos a Sandra y Marc.

«Cuando se maten, no quiero estar delante».

La noche, al final, no había resultado para nada como se había imaginado. Cuando Sandra le dijo que Amaya no acudiría a la cita de amigos, se había sentido frustrado. Mucho. Después había entendido lo que la chica le había dicho: necesitaba tiempo para poner en orden sus prioridades y para poder recuperar la confianza.

El problema era que no sabía qué haría él en ese tiempo. ¿De verdad podría aguantar dos meses hasta que la viera en la boda de Álex y Laura? Entendía que debía hacerlo, pero una vez que había tomado la decisión de seguir adelante con lo que quiera que había surgido entre ellos, le resultaba complicado no emprender alguna acción encaminada a conseguirlo.

Podía refugiarse en el proyecto que había puesto en marcha, en darse a conocer. Por el momento, había conseguido un cliente y, tras unas cuantas conversaciones, tenía una cita con él la semana siguiente. Lo malo era que solo con un trabajo entre manos, por muy completo que fuera, no tenía claro que lograra que el tiempo pasara sin dedicar un solo pensamiento a Amaya.

Dudó durante unos instantes si Sandra tenía razón al pedirle que no insistiera y sopesó las palabras de Marc, que más tenían que ver con dejar pasar la oportunidad que con el mundo de los negocios.

Bueno, de cualquier manera, algo debía hacer, así que como no tenía demasiado sueño, a pesar de ser cerca de las dos de la madrugada, buscó en internet, ojeó varios artículos, se decantó por uno que le convenció desde el principio y lo añadió a la cesta de la compra. Desde que decidió poner en marcha su plan, ya se había hecho con unos cuantos.

Quizá Sandra tuviera razón y la fecha de la boda fuera un buen momento para llevarlo a cabo.

Sabía que había huido de Lucas. Lo tenía claro y Laura se encargó de confirmárselo cuando la llamó al día siguiente y se lo echó en cara. Le daba igual. Había decidido qué haría con su futuro a corto plazo y en él no entraba retomar nada con Lucas hasta que estuviera segura de que llevaba el control de las riendas de su vida. Como le dijera Sandra, cabía la posibilidad de que esa nueva

responsabilidad laboral la ayudase a arrojar un poco de luz sobre el tipo de mujer que quería ser. No entendía cómo podía suceder, pero Sandra parecía muy segura de lo que decía, además ¡era psicóloga!, algo de autoridad debía atribuir a sus palabras. Vale, puede que solo a las que tenían que ver con la confianza en sí misma y todo eso. Porque ¿cómo podía tener razón en aquello de conectar con la deidad que llevaba dentro? Con lo de buscarla y encontrarla, aún; en la manera de hacerlo... tenía sus dudas.

Recordó la conversación con Laura acerca de los regalos que recibieron de parte de Sandra tras uno de los aquelarres en los que solía participar. ¿Y si...?

Buscó en internet información acerca del *amigo* de Sandra y descubrió cantidad de testimonios que alababan sus virtudes y comentarios del tipo «es lo mejor que me ha pasado en la vida» y «no veo el momento de usarlo». Incluso uno que decía «me he vuelto una adicta y no tengo miedo a confesarlo». Al final, la curiosidad pudo más que ella y rebuscó el aparatito entre sus cosas. Porque se lo había llevado, claro; Sandra no le permitió salir de casa sin asegurarse antes de que lo había metido en la maleta. «En Zamora ya refresca y él te hará entrar en calor en un periquete. No vayas a ponerte mala, corazón». Ante ese argumento ¿quién podía negarse? Además, su siguiente afirmación, terminó de convencerla: «No te lo pienses, recuerda que no ha llegado a ser el juguete sexual más vendido en USA de casualidad». Lo sacó de la bolsita en la que estaba guardado y empezó a explorarlo con las manos, lo notó demasiado frío e impersonal y pensó en descartarlo: necesitaba sentirse un poco más segura para poder utilizarlo.

«¡Ya te vale, Amaya! Hasta con un juguete necesitas tener confianza».

Enfadada lo tiró sobre la mesilla de noche y se fue a dormir, prometiéndose que al día siguiente lo probaría, demostrándose que no era tan insegura como quería pensar y prometiéndose que respondería a Sandra con un sí rotundo cuando le preguntase a su vuelta si ya había conocido a su amigo. Hasta entonces, era muy capaz de no volver a mirarlo e intimar con él a la primera de cambio en cuanto se despertase.

Convencida, apagó la luz y trató de conciliar el sueño. Sin embargo, un millón de imágenes acudían a su cabeza, en las que se entremezclaban los comentarios leídos en internet, la insistencia de Sandra y sus propias dudas. Por no hablar del montón de «¡ohs!» y «¡ahs!» —con acento americano, por supuesto— que le llegaban desde algún lugar de su mente traicionera, que le pedía a gritos dejarse llevar...

Al final, tanteando la mesilla, lo cogió y lo puso bajo la almohada. No tenía intención de utilizarlo esa noche, pero cabía la posibilidad de que dormir juntos rompiera el hielo...

«¡Madre mía! Déjate de teorías y decídette. Estás perdiendo un tiempo precioso», se reprendió. «Vale, pues me voy a dormir».

Y eso hizo. Contra todo pronóstico, tardó menos de lo habitual en quedarse dormida. Eso sí, a la mañana siguiente, en lo primero que pensó al despertar fue en el *amigo* de Sandra. No le dio más vueltas y, metiendo con decisión las manos debajo de la almohada, tanteó hasta encontrarlo.

—Vale, amiguito... Veamos qué eres capaz de hacer.

Apenas cinco minutos después ya no le resultaba tan desconocido e impersonal. Y el encuentro resultó tan satisfactorio que acabó dándole la razón a los comentarios de la web, pero, por encima de todo, a la sentencia de su amiga Sandra: «Todo clítoris debería tener un amigo como él.».

Capítulo 15

Habían comenzado con algo pequeñito y no tenían intención de permitir que creciera mucho más al principio. Era cierto que el curso al que había asistido Amaya en Zamora había servido para llenar muchos huecos que tenía sobre el mundo de las redes sociales, aunque necesitaba tiempo para dominarlo, si bien había resultado que no se le daba tan mal y había comenzado la andadura de su responsabilidad con buen pie.

Además, Sandra tampoco era partidaria de que su negocio se convirtiera en un gran *boom*, al menos al principio, así que, después de casi un mes en marcha, no habían tenido ni un céntimo de ganancias; por suerte, tampoco habían tenido ni uno de pérdidas.

Amaya sospechaba que *la red* de su amiga tenía algo que ver, puesto que todo había comenzado a funcionar mucho más rápido de lo que ella jamás hubiera imaginado.

—Las ventajas de formar parte de una red, cariño. Cuando eres parte de un todo, las energías fluyen. Dar y recibir, en esto se basa. Ayudar y ser ayudado. No hay más misterio...

Ni menos, estaba claro.

En uno de esos momentos de inspiración que las redes sociales tenían y en los que les daba por recomendar a gente que «quizá conozcas», supuso que por tener de seguidores a Álex y Laura, una cara conocida resaltó entre las demás: Lucas. Sí, su perfil había aparecido como contacto sugerido. Antes de incluirlo en su lista de seguidos, entró a investigar. La verdad era que no se trataba de un usuario muy activo, pero tenía montones de gente siguiéndolo. Asociado a su nombre figuraban otras publicaciones de la que, descubrió, era la empresa que había creado para establecerse en Madrid, y, tras visualizar algunos de los vídeos en los que aparecía hablando, interactuando con otros o mostrando su lugar de trabajo, algo que creía dormido se despertó.

«No estaba dormido, Amaya, estaba siendo ignorado».

Tal cual, aunque no iba a detenerse en esa pequeña apreciación. El caso era que ya no hizo mucho más en toda la mañana.

Lo echaba de menos. Había tratado de olvidarlo, y solo había conseguido apartarlo de sus prioridades. Estaba contenta con lo que había logrado en esos pocos meses desde que se separaron. Tal y como Sandra le había prometido, cambiar de aires, formarse, aventurarse en un mundo desconocido y salir airosa le había otorgado una incipiente confianza en sí misma que le aportaba una pequeña sensación de orgullo personal que le encantaba. También había aprendido a

quererse a sí misma, como también Sandra le había aconsejado. En todos los aspectos. Y fuera por el motivo que fuera, creía que el día que se reencontrase con Lucas no sería tan desastroso para ella. Aquel mensaje que le dejó en su felpudo acerca del mal momento en el que se habían encontrado comenzaba a parecer lejano en su memoria y en sus sentimientos. Quizá cada día que pasaba y cada logro que alcanzaba allanaban el camino a una nueva posibilidad entre ambos. Solo quizá...

Noviembre avanzaba implacable sobre Madrid, dejando notar su frío en cada rincón. Sin embargo, Lucas no había renunciado a sus carreras matutinas ni un solo día. No solo el ejercicio físico le proporcionaba un estado idóneo para pensar, también el aire fresco de las mañanas le ayudaba a aclararse cuando más confundido se encontraba.

Ese día se había levantado de la cama antes de lo habitual. Tenía una reunión complicada y quería llegar con la cabeza despejada. Como había calculado el tiempo para disponer de un par de horas libres, no planeó el itinerario y decidió correr para disfrutar del paisaje, sin prisas. Solo fue consciente de dónde se encontraba cuando sus pies se detuvieron frente al portal de Amaya. Sorprendido, dejó vagar la vista libremente, estudiando la puerta que le impedía el paso al interior. Dudó apenas un instante, deseoso de subir y verla después de... de tanto tiempo... No había olvidado ni uno solo de sus rasgos, quizá tres meses no eran suficientes para eso, pero a él ya le parecían una eternidad. Y la necesidad de saber de ella cada vez le oprimía más el pecho.

En una de las ocasiones que quedó con los chicos, estos le dijeron que lo más probable era que Amaya hubiera constituido el primer fracaso amoroso de su vida. Él se negaba a verla así, como un fracaso. Para él aquello se presentaba como un reto más de los que tenía que superar para conseguir lo que quería. Porque ya no existía la más mínima duda de que estar con ella no era un capricho. Si después de tanto tiempo sin verse aún sentía esa necesidad y esas ganas de volver a abrazarla, estaba claro lo que significaba.

Animado por ese pensamiento, llamó al telefonillo casi sin ser consciente de lo que hacía.

—Soy Lucas —respondió cuando una voz, que juraría no era la de Amaya, contestó.

«Sandra», pensó.

El sonido de la puerta fue lo único que escuchó, y pasó sin detenerse.

Mientras tanto, en el piso, Sandra sonreía feliz, como si se cumpliera algo que llevaba mucho tiempo esperando. Por eso, cuando se cruzó con su compañera en la cocina, esta la miró con extrañeza.

—¿Quién es tan temprano? Si ni siquiera son las ocho...

—Pues no sé muy bien si me han dicho que vienen a comprobar que todo sigue en orden o si vienen a poner orden.

—¿Perdón?

—Sí, no sé qué del tiempo que pasa y las cosas que permanecen.

—Sandra, por favor, ¿me puedes hablar más claro?

Justo en ese momento sonaba el timbre de la puerta.

—Voy yo, Amaya, a ver si así me entero de quién es.

Antes de que la otra reaccionara, Sandra dio la vuelta y, al llegar a la puerta, abrió sin preguntar. Saludó muy bajito para que su compañera no pudiera escuchar.

—Buenos días, Lucas. Adelante. Todo su universo te está esperando. Eso sí, si ves que no es el momento, no presiones, abandona el plan y deja que el cosmos siga trabajando.

Sin añadir ni una palabra más, esperó a que pasara, cerró la puerta a su espalda y se escondió en el baño. No quería presenciar un momento tan íntimo como el del reencuentro. Sin embargo, no pudo evitar oír cómo Amaya se asomaba al pasillo y preguntaba.

—Sandra, ¿a quién has abierto la p...? Lucas...

Su sorpresa fue evidente. Al segundo, reaccionó pasándose los dedos por el pelo, como si quisiera asegurarse de que estaba presentable.

—Hola, Amaya. Ya sé que estoy dentro, así que ¿te importa que pase?

—No, no... Adelante.

Se dio la vuelta, permitiendo que él la contemplara a placer. Tanto tiempo llevaba sin verla que hasta vestida con unos gruesos calcetines de lana, uno más subido que el otro, y una camiseta que ya conocía muy bien debajo de una chaqueta larga que le llegaba casi hasta la rodilla le pareció la mujer más maravillosa del mundo. Cuando llegaron al salón, ella se dio la vuelta y, como si de pronto fuera consciente de la poca ropa que llevaba, cerró la chaqueta sobre su pecho y lo miró con estupefacción.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

Esa mañana de otoño, cuando se despertó y salió de la cama, lo primero que pensó era que ese día se convertiría en un infierno dado que había comenzado permitiendo que el móvil se le cayera de la mano cuando fue a apagar la alarma. Con tan mala suerte que la pantalla se rajó.

Cuando Sandra la oyó proferir tacos a diestro y siniestro, se presentó en su habitación, perfectamente arreglada. No en vano llevaba despierta desde las cinco de la mañana y había tenido tiempo no solo de meditar, sino de darse una ducha y arreglarse al detalle. Ella, con los ojos aún pegados y la mala leche reflejada en el rostro, a punto estuvo de echarla de su cuarto por el mero hecho de presentar una facha tan opuesta a la suya.

—Sonríe, corazón, hoy es martes, día de suerte. No lo olvides.

No. Imposible acostumbrarse a esos saludos de su compañera cada mañana. Laura se lo había advertido, pero no imaginaba que fuera a ser tal y como su amiga lo pintaba.

Saltó de la cama enfadada y pasó por delante de ella sin mirarla siquiera, y hablando bien alto para que pudiera escucharla.

—No puede ser un buen día si lo empiezo de esta manera.

—Quizá eso sea lo que hace de este un día maravilloso. Adiós a la comunicación fría e

impersonal del móvil. Hola a la relación directa y cercana con el resto de los humanos.

Volvió a la realidad del salón de su casa cuando cayó en la cuenta de que Lucas la miraba con intensidad, esperando una respuesta.

—Perdona, ¿qué decías?

—Te preguntaba qué tal estás.

—Ah, bien, de maravilla, ya sabes. ¿Y tú?

Podía callarse, contestar de la manera más formal posible y desaparecer. Solo había subido para verla y ya lo había logrado. Una vez más, no pudo guardarse los sentimientos.

—También. Pero te echo de menos, Amaya...

Añadió a la frase el plus de su sonrisa. Necesitaba convencerla de que era real y no le importaba jugar todas sus cartas.

—Ajá...

—Te escribí varias veces, te llamé... Solo quería decirte cuándo regresaba. Después, solo avisarte de que ya estaba aquí.

—¿Y ahora?

«¿Ahora? Verte».

—La verdad, esta mañana solo salí a correr, pero mis pies me trajeron a ti.

Amaya escudriñó sus ojos, buscando alguna señal de que lo que decía era solo un halago. Si algo había aprendido de él era que nunca mentía.

«Excepto cuando te dije que no volvería a marcharse». Eso no debía olvidarlo. «Aunque tampoco fue una mentira. Se trató de... un imprevisto. Y eso le puede pasar a cualquiera».

Suspiró. No tenía sentido seguir dándole vueltas al tema.

—Ajá...

El gesto típico de Lucas pasándose la mano por el pelo le dijo que se encontraba algo nervioso.

—Me gustaría que volviéramos a quedar.

«Y ahí está. No es capaz de esperar a que yo esté preparada».

—¿Como qué, Lucas? ¿En calidad de qué quieres quedar?

—No tiene sentido mentir, Amaya, así que voy a ser sincero: quiero retomar lo nuestro donde lo dejamos. Ser amigos no es suficiente para mí.

Amaya quiso hablar. Quiso decirle que no estaba respetando el espacio que le había pedido. Quiso reprocharle que la estaba presionando, que ese no era el momento para retomar nada. Quiso gritarle que hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien y que dedicarse horas a ella misma la estaba beneficiando. Que él no tenía cabida en su mundo en ese instante. Ni él ni nadie.

No pudo verbalizarlo porque sabía que, en el fondo, ella también lo echaba de menos, y una voz interior le repetía que todo eran excusas para no afrontar la realidad que llegaba con él: que nunca alguien se había interesado por ella tan solo por cómo era.

Y esa certeza le daba vértigo. Prefirió callar y hacer lo que mejor se le daba desde hacía ya algunos meses. Se dio la vuelta y se encerró en su habitación, susurrando una triste disculpa.

Lucas, noqueado por la sorpresa, fue incapaz de reaccionar. Ni siquiera cuando Sandra salió del baño y se acercó a él para posarle una mano en el hombro.

—Bien, Lucas. Ya has hecho tu parte. Ahora le toca a ella.

Cuando estaba a punto de darse la vuelta, Amaya apareció con un felpudo entre los brazos, pasó por delante de él en dirección a la puerta de la calle, la abrió, cambió la alfombrilla del suelo por la que había encontrado en su cuarto y, buscando el contacto de sus ojos cuando volvió a cruzarse con él, le respondió:

—Agradezco tu visita, de verdad, pero sigue sin ser el momento, Lucas.

No quería ser tan dura con él, aunque no podía permitirse flaquear. Sin embargo, no pudo resistir la tentación y, apoyándose apenas sobre su pecho, depositó un beso en su mejilla y abandonó el salón.

Sandra lo acompañó a la puerta y allí lo despidió. Cuando Lucas se encontró fuera, leyó el mensaje que Amaya había dejado para él: «No necesito una media naranja si tengo un kilo de chocolate».

A pesar de todo, rio y miró a la puerta como si sus pensamientos pudieran traspasar esa barrera y llegar hasta ella.

«Cuando el chocolate se acabe, seguiré esperando por ti».

Miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que debería apresurarse si no quería llegar tarde a la reunión. Bajó los cinco pisos a la carrera y así continuó hasta llegar a su casa.

Ya quedaba menos para el día de la boda.

—¿Y bien?

Sandra miraba a Amaya esperando una respuesta.

—¿Y bien, qué?

—¿Qué ha pasado?

—¿Cuándo?

—May, no juegues conmigo, cariño. Sabes que puedo encontrar las respuestas de otra manera.

Amaya cambió de postura en la silla, pero seguía sin mirar a su amiga.

—No estoy preparada, ya lo sabes.

—Lo que sé es que estás intentando convencerte de lo que no es. Y, a este paso, volverás a enfermarte. Antes o después tu cuerpo se revelará contra lo que te estás haciendo.

—No me estoy haciendo nada.

—Nada bueno, quieres decir. Estás mancillando tu templo. Estás cometiendo sacrilegio contra el mandamiento más importante de todos.

Amaya esperó unos segundos para ver si Sandra continuaba. Cuando elevó la vista, se dio cuenta de que ya no estaba en la misma habitación que ella. Se levantó como un resorte y la

encontró en la cocina, encendiendo velas de lavanda.

—¿Qué haces?

—Relajar el ambiente, cariño. Hay demasiada tensión en casa.

—Sabes que no me gusta la lavanda.

Sandra se dio la vuelta y la miró como si estuviera explicándole a un niño de tres años algo muy importante.

—A veces tenemos que hacer cosas que no nos gustan para que lo que nos gusta pueda ocurrir.

Amaya elevó los ojos al cielo e hizo un gesto de desesperación con las manos.

—Me rindo, Sandra. Haz lo que quieras.

Y salió de allí dispuesta a comenzar su jornada laboral. Sin embargo, quince minutos más tarde de sentarse frente al ordenador, vio a su compañera aparecer con una caja de brillantes colores que depositó en la mesa, frente a ella. Sus movimientos le hicieron sospechar lo que vendría a continuación y supo que no le iba a gustar.

Sandra le ofreció una baraja de cartas.

—Mézclalas, corazón, y veremos si podemos arrojar algo de luz a tu situación.

—Ni loca. Laura ya me dijo que no es una buena idea.

—Lo que no es una buena idea es que vivas así... Está bien. Lo haré yo por ti.

Amaya hizo caso omiso y devolvió su atención a la pantalla que tenía delante. Aunque no logró cerrar sus oídos a lo que su compañera iba diciendo.

—Vaya, vaya... Sí, tiene sentido... ¡Mira! Lo que yo decía....

Con disimulo, trató de captar el significado de las palabras de su amiga, pero no entendía nada.

—Exacto, un conflicto de energías. Y descompensadas, además... Bien... Bien... ¡Perfecto! ¡Listo!

Su sonrisa de satisfacción confirmaba lo que decía.

—¿Has terminado? —Amaya no quería parecer ansiosa, aunque la curiosidad había podido con ella y se moría de ganas por averiguar lo que Sandra «había visto»—. ¿Ya te sientes mejor?

—Muchísimo mejor. Y tú también deberías porque...

—No quiero saberlo, Sandra.

—... en apenas un mes todo ocurrirá...

—No te molestes, no te estoy escuchando.

—Los astros han hablado y no podrás detenerlos...

Amaya se tapó los oídos y se levantó, dispuesta a marcharse.

—Lucas y tú sois complementarios, cariño, y cuando vuestros cuerpos se unan...

—¿Y quién te ha dicho que no lo han hecho ya? ¡Mierda!

La risa de Sandra le confirmó que había caído en su trampa. Enfadada, estuvo tentada de tirarle a la cara su mejor felpudo: «Voy a ignorarte tanto que dudarás hasta de tu existencia», pero prefirió darse una ducha y, como un día su amiga le dijera, permitir que el mal genio se fuera por el desagüe.

Sin quererlo, el resto de los días Amaya se encontraba analizando, de tanto en cuando, el tiempo que había pasado y el que quedaba para que ese mes del que le habló Sandra terminara. Se impacientaba. Sabía que para cuando esa fecha llegara a su fin se encontrarían a las puertas de la boda de Laura y Álex. No le había hecho falta cavilar mucho para reconocer que cuando se vieran ese día tendría que tomar una decisión respecto a cómo se comportaría con él: una cosa era enfrentarlo durante unos cuantos minutos, y otra muy distinta hacerlo durante toda una celebración. Imposible ignorarlo en ese ambiente.

Había pensado mucho sobre ello y no dejaba de repetirse que, para entonces, todo habría mejorado y ya tendría más claros sus sentimientos que, por otro lado, no habían cambiado. Creía que lo tenía más o menos superado, pero cuando lo vio aparecer aquel día en su casa, sin avisar y en ropa de deporte, todo renació en ella. Al principio no había creído su historia de que había llegado a su casa de casualidad, aunque estaba claro que cualquiera que hubiera planeado un encuentro se habría arreglado a conciencia. O al menos lo suficiente como para no presentarse delante de la persona que quería conquistar sudoroso, despeinado y cansado. Sí, toda una estampa...

«Quizá ha llegado el momento de dar un paso al frente». Según la idea apareció en su mente todos sus miedos volvieron.

No, mejor esperaba un poco más. Puede que estuviera perdiendo un tiempo precioso, pero tenía claro que una vez que se decidiera no podría volver atrás. Estar así toda su vida no tenía ningún sentido.

«De acuerdo. Me daré un tiempo, y, una vez que haya tomado la decisión, prometo no retractarme».

Sintiéndose un poco mejor con ella misma y con el propósito que se había marcado, trató de continuar con el trabajo, cuando una alarma saltó en la pantalla del ordenador: «Comprar vestido para la boda».

—¡Qué pereza!

Lo había dicho en alto, y no le importaba porque estaba sola en la habitación. Sandra se encontraba pasando consulta en uno de los dormitorios que habían acondicionado en el piso. Algo relacionado con minerales y metales, o algo así. En esa parte del trabajo aún se perdía, pero con su compañera se encontraba en constante formación, así que confiaba en ir enterándose cada día un poquito más.

Cerró el aviso y se prometió que ese fin de semana saldría a buscar algo. No era que no le apeteciera asistir a la boda, estaba feliz por su amiga, aunque ella no era de grandes eventos llenos de gente y le agobiaba un poco la idea de encontrarse en medio de un gran barullo. Sin querer, recordó la apuesta que había hecho con Lucas acerca de si ganaría Álex consiguiendo reunir un montón de gente, o si, por el contrario, lo haría Laura teniendo una celebración íntima. Un beso había sido lo apostado. De una manera u otra, la deuda había quedado saldada porque ese primer roce ya lo habían tenido. Se estremeció al recordar lo bien que se sintió en ese momento.

«Fue como volver a casa».

¡No! No podía dejar que sus pensamientos vagaran por esos derroteros o nunca conseguiría aguantar el tiempo que se había marcado.

«Ese tiempo es una estupidez». Una voz interior se rebeló contra todo, optó por ignorarla y se metió de lleno en el trabajo poniendo en práctica la nueva estrategia comercial que había planeado junto a Sandra para que el negocio continuara creciendo. Se habían propuesto aumentar un diez por ciento sus ganancias hasta fin de año; teniendo en cuenta que en el mes anterior no habían tenido pérdidas, podía no considerarse un objetivo ambicioso, pero para ellas suponía un auténtico reto.

Y para Amaya, en concreto, la mejor manera de mantener sus pensamientos alejados de Lucas.

Capítulo 16

Lo tenía. Lo había conseguido. Se había pasado las últimas semanas buscando en internet durante cada hueco libre que tenía, además de visitando infinidad de tiendas de moda. Todo para localizar un vestido acorde a ella. Solo tenía una cosa clara cuando empezó a buscar: no sería ajustado. Quería disfrutar del día, comer lo que hiciera falta y bailar hasta que no la sostuvieran las piernas. Se había propuesto regalarse un final feliz a su período de cavilaciones, aprovechando, además, que para cuando volviera a casa después de la boda, quedarían solo cuatro días para el nuevo año. Y entonces sí, entonces aplicaría al cien por cien aquello de año nuevo, vida nueva. Hasta que ese día llegara, se mantendría firme en su propósito. Por eso, estaba convencida de que durante el veintiocho de diciembre tendría que dar rienda suelta a toda esa energía negativa que, según Sandra, la impulsaba a vivir anclada en su pasado y en sus malas experiencias. Dejaría ir todo lastre. Y para ello se llenaría de buenos momentos durante ese día.

De ahí que la búsqueda del vestido perfecto se hubiera convertido en casi una obsesión. Era increíble cómo una cosa tan banal como un trozo de tela había resultado ser un proyecto tan importante. Podía preguntarle a Sandra por el significado de aquella tontería. Pero no le hacía falta porque sabía que la respuesta tenía que ver con dos motivos: no pensar en lo que de verdad era importante para ella, la reacción que tendría ante él; y la necesidad de presentarse impresionante ante la misma persona a la que quería echar de sus pensamientos hasta que llegara el día adecuado.

Por fin lo había encontrado. Y lo que más le gustaba era el color que había elegido: un verde vivo que, en cualquier otra circunstancia hubiera rechazado. De hecho, nada en su armario tenía ese color.

Como fuera, estaba encantada con su adquisición.

Cuando Sandra la vio llegar a casa con él, le pidió que se lo pusiera, y así lo hizo. Al ver su reacción, supo que había acertado.

—¡Ay, May! Ya eras una belleza de persona antes de ponértelo, pero ahora... te miro y veo... paz.

De todos los elogios que había esperado, ninguno tenía que ver con eso. ¿Paz? ¡¿Paz?! Ella lo que quería era estar exuberante.

—Sandra, no sé si eso es lo que buscaba... Igual con una túnica blanca habría valido y me

habría ahorrado un dinero...

—No, cariño. No lo entiendes. Se ve con esta ropa que te sientes bien, te sientes feliz... Apostaría a que te sientes... mujer.

—Lo estás arreglando... No sé si por llevar una ropa u otra una se puede sentir más mujer.

—No seas arisca y no te cierres, cielo. Vamos a ver, ¿es mentira que te sientes bien así vestida?

—No...

—¿Y es mentira que te alegra haber encontrado algo que casa contigo?

—No...

—¿Y es mentira que cuando te lo has puesto has pensado en cómo te gustaría que reaccionara Lucas?

—No...

—Pues ya está, se va a quedar embobado, y tú brillarás con la luz que proyectas desde dentro.

Amaya no sabía si sentirse bien o no con la radiografía que su amiga acababa de hacerle.

—No me lo he comprado por él.

—Lo sé... Podrías haber elegido un vestido de infarto, sexy y atrevido y lo habrías sorprendido igual. Pero has elegido este, que es con el que te sientes bien, y además crees que le puedes impresionar. Tómame esto último como un plus, no como el punto principal.

Sí, ese razonamiento la convencía mucho más...

—May, otra cosa. —Sandra habló antes de que desapareciera en su cuarto para desvestirse—: el verde representa el equilibrio y la armonía, ahuyenta los sentimientos negativos y atrae sensaciones de paz y tranquilidad. —La cara de Amaya era un poema. Le daba miedo interrumpirla, así que la dejó seguir—. Es como... el resurgir de la luz después de un período oscuro, un momento de crecimiento. Me encanta comprobar que has elegido este color. Me siento feliz por ti, porque sé que has comenzado tu proceso evolutivo. Y en positivo, que es lo mejor de todo.

Sin esperar a que ella reaccionase, se le acercó y le dio un gran abrazo. Amaya suspiró, quizá su amiga tuviera la cabeza llena de ideas raras, pero sabía cómo hacer que la gente se sintiera bien con un solo gesto, porque no solo abrazaba con los brazos, también lo hacía desde el corazón...

Antes de dejarse llevar por la emoción, respondió con ganas a su gesto y siguió de camino a su habitación. Aún tenía que pensar qué se pondría para la preboda.

Lucas caminaba por la plaza Mayor disfrutando del espectáculo que había a su alrededor. El bullicio de los puestos, de la gente que buscaba entre sus productos, de las familias que la recorrían y de las risas de los niños; las luces que adornaban los escaparates de las tiendas de los soportales, el brillo de las que colgaban de una esquina a otra y los azules intensos de los nuevos

jugueteros que los vendedores se afanaban en hacer volar sobre sus cabezas; el olor de las castañas asadas, de los calamares de los bares cercanos, incluso del chocolate caliente de las cafeterías... Todo le resultaba agradable. Hacía años que no se regalaba un paseo como aquel. Cada año la Navidad le pillaba fuera de Madrid. Si bien era cierto que él no hacía nada por evitarlo: solo se aseguraba de tener un par de días libres para no faltar a la cena que sus amigos, su verdadera familia, organizaba cada año por esas fechas. Eran las únicas personas con la que de verdad le apetecía estar y la única compañía que en esos días quería tener. Sus padres no se molestaban cuando llamaba por teléfono y les decía que, otro año más, no podría pasar las fiestas con ellos. De hecho, estaba convencido de que sentían tanto alivio como él. Conocía gente que se empeñaba en recalcar que, a la larga, uno acabaría echando de menos a los suyos, pero a él se habían encargado de dejarle claro en innumerables ocasiones que su existencia solo se debía a una mera necesidad de asegurar la continuidad de un imperio. Más allá de eso, no valía nada entre los Ruiz de Avellaneda. Por tanto, ellos no eran «los suyos». En ese grupo selecto solo había lugar para los que él eligiera, y esos eran Marc, Álex, Daren y Raúl.

Y últimamente, cada vez con más insistencia, su corazón se empeñaba en hacerle ver que Amaya también debía formar parte de ese club.

Pensando en ella y en lo mucho que desearía tenerla en ese momento a su lado y que disfrutara del mismo paisaje que lo rodeaba, encaminó sus pasos a una de las tiendas de dulces que se ubicaban en las salidas de la plaza Mayor. Desde hacía unas semanas quería hacerle un regalo de Navidad, y de pronto tuvo muy claro qué compraría.

Al salir del establecimiento con su tesoro debajo del brazo, a punto estuvo de ceder a la tentación de llamarla por teléfono, como tantas veces le había pasado desde la última vez que la vio, pero había decidido ser fuerte y aguantar hasta el día de la boda. Ella así lo había querido y, como estaba convencido de lo que Amaya sentía por él, no le pareció tan mala idea hacerse esperar un poquito más. Sabía, sin temor a equivocarse, que la espera se le hacía tan larga a ella como lo estaba siendo para él.

Todo tenía una fecha de caducidad y su reencuentro sería muy pronto...

—¿Vendrás a la preboda esta noche? —Laura tenía claro que Amaya asistiría a la boda. Eso no lo había dudado ni por un instante, pero solo eso—. Dime que sí...

—¡Claro! ¿Cómo se te ocurre que podría faltar?

—No sé, es que...

—Ya. Lucas. —Escuchó la confirmación de su amiga al otro lado de la línea—. Pues estate tranquila, por mucho que me altere verlo, no me lo perdería por nada del mundo. Estaré allí, puedes estar segura.

La conversación con su amiga le había dejado un amargo sabor de boca. Para ser sincera con

ella misma tenía que admitir que en alguna ocasión había barajado la posibilidad de no ir, aunque la duda había durado poco porque sabía que no podía hacerle eso a Laura. Además, habría mucha gente, ¿no?, no sería tan difícil esquivar a Lucas. No era que quisiera hacerlo, y tampoco quería cubrir su cupo de él en una sola noche, sobre todo teniendo en cuenta que su meta estaba fijada para el día siguiente y debía mantenerse serena y convencida de que podría hacer frente al objetivo que se había propuesto: disfrutar. Era una tontería que se le había metido en la cabeza, lo sabía, pero le daba igual.

El día anterior había llegado de casa de sus padres, después de compartir con ellos la Nochebuena y la Navidad. Le encantaba pasar ese tiempo en la tierra de su madre porque tenía la sensación de que regresaba a su niñez, además de porque toda la familia se reunía y tenía la oportunidad de disfrutar de sus primos, a los que, por desgracia, veía solo en contadas ocasiones. Había vuelto con las pilas cargadas y con la sensación de que podría comerse el mundo, y lo más importante era que no había tenido que salir ni una sola vez a arrancar malas hierbas al jardín. Sus padres no le preguntaron, y ella sabía que les había hecho mucho bien pensar que todo estaba en orden con su hija... Y Amaya también lo creía así... al menos hasta que volvió a Madrid.

De cualquier manera, la decisión ya estaba tomada y no tenía intención de faltar a su palabra ni de fallar a su amiga.

Pasó el resto del tiempo preparando la casa para recibir el año nuevo, tal y como Sandra había solicitado:

—May, cielo —le había dicho—: no te va a hacer ningún mal que hagamos una limpieza profunda. Nos servirá no solo para prepararnos para lo que sea que los astros han dispuesto para nosotras; también te vendrá bien para mantener la cabeza ocupada y hacer que pasen las horas mucho más deprisa.

Contra eso no había podido objetar nada, y acabó, no solo limpiando como si se le fuera la vida, sino cambiando los muebles de sitio. El problema llegó cuando les tocó hacer frente al arcón congelador que Amaya comprara meses atrás.

—¿Qué hacemos con esto?

Sandra lo miró unos segundos con detenimiento, y enseguida encontró la solución:

—Le pondremos una tela brillante por encima y expondremos nuestros productos sobre él: piedras energéticas, libros, cartas del tarot, ambientadores naturales...

Según iba escuchando, Amaya iba poniendo los ojos en blanco. Una cosa era dedicarse a venderlos por internet e incluso recibir pacientes en casa, otra muy distinta era convertir el salón de su piso en un escaparate esotérico.

—¿Y qué tal si le ponemos también una bola de cristal?

En cuanto vio la sonrisa de Sandra, se arrepintió de no haberse callado la broma.

—No me tientes, May, no me tientes...

Al terminar, estaba agotada y no entendía cómo iba a ser capaz de aguantar toda la noche en la preboda y la fiesta de la boda al día siguiente. Cuando se lo comentó a Sandra, esta tan solo se

encogió de hombros.

—No ha sido para tanto, cariño. Además, deberías tener en cuenta que hacer esto con la llegada de cada nueva estación renueva la energía y te armoniza con tu casa y con tu hogar interior. Esta vez hemos llegado tarde a la llegada del invierno, pero la de la primavera no se nos escapa.

No quiso seguir preguntando. Se marchó a la ducha dispuesta a descargar la tensión de sus músculos, aunque, en el último momento, puso el tapón y se preparó un baño relajante. Se prometió que sería el último en mucho tiempo, porque durante los últimos meses había derrochado demasiada agua, así que iba a encargarse de disfrutarlo al máximo. Salió en busca de unas velas, pero todo lo que encontró era de lavanda.

—¡Sandra! —llamó a su amiga temiendo la respuesta—. ¿Qué ha pasado con las velas de canela que había en el cajón?

—Un segundo.

Salió de la que era su habitación con un par de ellas en la mano.

—Las cogí el otro día. Tenía una cita con uno de mis amigos y este aroma me ayuda a ponerme en situación. —Le ofreció una sonrisa que no daba lugar a error—. Ya me entiendes...

Amaya puso los ojos en blanco y cogió las que le ofrecía Sandra. Su voz la detuvo a medio camino.

—¿Te vas a dar un baño? ¿Con esas velas? Dime, por favor, que vas a quererte mucho...

—Pues no tenía intención, estoy cansada y necesito estar en forma si quiero aguantar toda la noche.

—May, ¿no sabes que una buena sesión de estas puede conseguir duplicar tus niveles de energía? Y esta vez no me estoy refiriendo a la espiritual.

—Pues no, lo que yo tenía entendido es que te inducía a un estado de relajación...

—¿Y qué pasa después de que te hayas relajado? ¡Que tienes más energía! Anda, vete a disfrutar, yo voy a poner música *chill out* en mi habitación y a meditar un poco antes de que me dejes el baño libre.

Guiñándole un ojo, se encerró en su dormitorio. Visto lo visto, Amaya quiso ser fiel a su promesa de disfrutar de un último baño y decidió quererse mucho...

Pisaba la calle adoquinada con fuerza. Se sentía segura, se sentía bien y estaba convencida de que esa noche podría con todo. Había llegado sola en un taxi a la calle en la que habían quedado, Sandra se marchó antes porque, antes de reunirse con los demás, necesitaba hacer una visita a una compañera de la red, por lo que acordaron verse después.

Justo antes de llegar al local, se detuvo en seco, asaltada por un pensamiento.

«¡Las llaves!».

Rebuscó en el interior de su bolso y palpó con nerviosismo los bolsillos de su chaqueta. Tal y

como temía, las había olvidado en el interior de la vivienda. Al momento, toda la positividad que la acompañaba empezó a desvanecerse. Y eso era algo que no se podía permitir en una noche como esa.

«No pasa nada, May. Sandra también tiene llaves».

Animada, recorrió la pequeña distancia que la separaba de la puerta de entrada, mientras en su cabeza daba mil vueltas al reencuentro, a cómo se saludarían, a los temas de los que podrían hablar, y creyó tenerlo todo bajo control. Se mostraría amable y tranquila, como si de verdad hubiera superado la separación a la que ella, y solo ella, los había abocado. Ciertamente todo fue a raíz del viaje de Lucas, pero podrían haber retomado lo que fuera que comenzaba entre ellos a su regreso. Esa noche comprobaría qué le pedía su corazón en un ambiente controlado, no en una visita sorpresa a su casa. Había tenido tiempo para pensar en ello y llegó a la conclusión de que se había visto afectada por su presencia por el simple hecho de que no había podido prepararse. Esa noche no iba a pasar lo mismo. Esa noche no permitiría que sus sentimientos surgieran sin control. Analizaría cada palabra, cada gesto y cada roce con el firme propósito de destriparlos y juzgarlos antes de presentarse en la boda al día siguiente, soltar sus miedos y enfrentarse al nuevo año con una visión de su futuro por completo distinta. Y entonces, solo entonces, quedaría con Lucas y le diría qué quería, cómo lo quería y cuándo lo quería. Eso era lo que le había pedido a él que hiciera antes de marcharse y al volver le dio la respuesta. Bien, ahora le tocaba a ella.

Llegó a la puerta del local, respiró hondo, levantó la barbilla y se dispuso a entrar.

—Hola, May.

Antes de volverse, ya sabía a quién encontraría a su espalda. Soltó el aire que había retenido en los pulmones, dibujó una sonrisa en sus labios y se giró.

Y necesitó respirar de nuevo. Lucas estaba... diferente.

«Tan diferente que está guapísimo».

—¿Perdona?

Reaccionó al segundo, dándose cuenta de que lo había dicho en alto. No podía permitir que sus planes de controlar la situación se vinieran abajo tan pronto. Agitó una mano delante de su cara, como si estuviera espantando una molesta mosca y tosió un poco, como si en realidad, en lugar de haber hablado, se hubiera atragantado.

—¡Lucas! —Se había propuesto mostrarse alegre y eso sería lo que haría, así que lo saludó con energía—. ¡Cuánto tiempo!

«¿En serio? ¡Menuda chorrada! Ya podías haber dicho otra cosa».

Se adelantó para saludarle con un par de besos en la mejilla, sin embargo, cuando quiso separarse su cuerpo, traicionero, se negó a obedecer sus órdenes y se quedó allí, plantada, atrapada en ese abrazo que tanto había echado de menos...

—Solo porque tú así lo has querido. Sabes que si hubiera sido por mí...

—¿Entramos?

No quería seguir oyendo. No cuando le había costado tanto esfuerzo convencerse de todos y

cada uno de los pasos que debía seguir esa noche y al día siguiente.

—Antes me gustaría hablar contigo.

—¿Cómo es posible que estés moreno en diciembre?

Lucas se quedó en blanco. ¿De verdad eso era todo lo que tenía que decirle? Escudriñó sus ojos buscando una respuesta... y la encontró. Estaba nerviosa.

—Salgo a correr todas las mañanas.

—¿Y ya está? ¿Nada de rayos UVA o un viaje exprés a la nieve? Dicen que así consigues más color que en la playa...

—Solo correr. ¿Te apetece salir conmigo algún día?

—Correr es de cobardes, y yo soy una valiente.

—Entonces, hablemos.

—Aunque, bien visto, en el cementerio hay muchísimos valientes...

—¿En qué quedamos? ¿Valiente o cobarde?

—Mmm... superviviente. Vamos, Lucas, nos están esperando.

Y zanjó el tema entrando en el local, mientras sentía que había salido más o menos airosa del primer encuentro.

Lucas la siguió con el corazón encogido. No porque tuviera dudas de ella, más bien por lo que tuvo que luchar contra sus instintos cuando Amaya lo besó en la mejilla. Todo su cuerpo le pedía acariciarla, acercarla aún más, olerla, besarla... Le pedía disfrutarla con los cinco sentidos. Deseó pasar su lengua por el contorno de esa barbilla que tan orgullosa había alzado antes de darle la espalda... Y sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. Hasta ese día su necesidad no se había manifestado de forma tan brutal, y la razón era que no había habido ningún tipo de contacto físico entre ellos en mucho tiempo, pero lo que había ocurrido en la puerta del bar... Había notado que su corazón comenzaba un alocado galope en cuanto fue consciente de que ella se acercaba a él, convirtiéndose en una carrera desenfrenada cuando sintió el roce de sus labios. Aprovechó para estrecharla entre sus brazos y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para permitir que se separara cuando decidió que era el momento de entrar. En ese instante, caminaba delante de él, haciendo que su colonia lo embrujara y contribuyendo aún más, si es que era posible, a que su corazón quisiera salir de su pecho. Tenía que hablar con ella, era imperioso que le dijera lo que sentía, no quería dejar pasar un ambiente relajado como el que se podía crear esa noche para no verse obligado ni a abandonar su casa ni a colgar el teléfono una vez más sin respuesta. A pesar de saber que el mejor momento sería al día siguiente, durante la boda, no se veía capaz de esperar.

Pasándose los dedos por el cabello, se dijo que lo mejor era no cerrarse a nada y observar cómo transcurría la noche.

El local alquilado por los novios se veía lleno de gente joven, si bien era cierto que se trataba de un bar no muy grande, de reducidas dimensiones, y quizá por eso mismo daba la sensación de estar abarrotado. No habría más de treinta personas allí, por lo que no les fue muy difícil encontrar a sus amigos, sentados alrededor de una mesa alta, que compartían con gente que él no

conocía. Cuando los chicos los vieron llegar juntos, no hicieron ningún comentario o gesto que delatara su sorpresa, excepto Marc, que le ofreció una sonrisa ladeada, con aire de saber con exactitud lo que pasaba por la cabeza de su amigo en ese preciso instante. No hizo nada por sacarle del error.

—¡Layla! ¡Qué bien volver a verte!

Amaya saludó con un sentido abrazo a la morena sentada al lado de Laura. Desde que dejó el trabajo en la universidad, no había vuelto a ver a sus compañeros.

—Sí, te echamos de menos, prométeme que quedaremos algún día.

Lucas, al ver la sincera sonrisa que Amaya regalaba a su amiga, recordó que justo un año antes, cuando la conoció, le pareció una chica triste, común... interesante también, y nada más.

«¿Cómo es posible que entonces no viera otra cosa?» Enseguida se corrigió. «Lo hice, claro que lo hice...», y se pasó los dedos por el pelo, intentando serenarse. Tenía que hablar con ella...

—Pedid lo que queráis, chicos, nosotros ya estamos servidos.

Álex, abrazando a Laura por la cintura, levantó el botellín de cerveza del que bebía para explicar sus palabras, interrumpiendo así sus pensamientos.

—Amaya, ¿quieres algo? Voy a la barra.

—Un vino blanco, por favor.

—Sí, cielo, y que esté fresquito que me parece que la temperatura está a punto de aumentar...

—Sandra, tan sonriente como siempre, los miró con aire inocente, como si no fuera consciente de lo que acababa de decir. Y así, sin prestar atención a nada en concreto, aceptó la silla que le ofrecían—. Gracias, Raúl. Qué animado está el ambiente, ¿no?

—Sí. Confieso que no había estado nunca en una preboda y no sabía muy bien qué esperar...

—Bah, no es nada del otro mundo. Solo pretendíamos juntar a todos nuestros amigos para poder pasar un rato tranquilo, que mañana Laura y yo no sabemos cuánto tiempo tendremos para disfrutar de vosotros.

—¡Ay, chicos! ¡Cuánto ha costado llegar aquí! Desde el principio yo aposté por vosotros. Sois dos almas gemelas que estaban destinadas a encontrarse en este mundo.

—¿Ves, Lau? No era yo el único que sabía que teníamos que estar juntos...

Cuando todos sonreían ante la cara de Laura, Lucas tendió una copa a Amaya. Por muy típico y obvio que pudiera parecer, se negó a renunciar al placer de hacer rozar los dedos de ambos y disfrutó de la corriente eléctrica que lo recorrió con el contacto. Ya había decidido su estrategia y acababa de ponerla en marcha. La miró un segundo a los ojos con intensidad y después desvió la mirada hacia el resto del grupo.

—¿Qué me he perdido?

—Hablábamos del destino, del camino que cada uno ha de seguir en esta vida, del amor... *Love is in the air, nananananananá...*

Amaya quiso morir de vergüenza cuando su amiga pareció dedicarle ese estribillo, tal y como ocurriera unos meses antes.

—Tan *in the air*, Daren, que vas a tener que hacer algo para que ese par de gemelas no se te lancen al cuello cuando menos te lo esperes.

Marc señaló con la cabeza a dos chicas rubias, calcadas como dos gotas de agua.

—Son mis primas. —Laura observó el rostro, casi de terror, del amigo de su novio y trató de quitar hierro al asunto—. Es muy probable que estén apostando cuál de las dos conseguirá llamar tu atención. Son muy competitivas. ¿Quieres que vaya a hablar con ellas?

—¿Te importa si lo hago yo?

La chica rio con ganas. Álex ya le había contado lo mucho que le gustaba a su amigo tener admiradoras, así que movió la cabeza en un gesto negativo.

—Adelante, son mayorcitas para saber lo que quieren.

—Eh, Daren, ¿y si voy contigo?

Pero él ya no escuchaba, por lo que Raúl se apresuró a seguir sus pasos. Mientras, Laura y Álex se vieron envueltos en una conversación con un grupo de personas que acababan de llegar y se habían acercado a saludarles.

—Bueno, bueno... Cuéntame, hombre de hojalata, ¿cómo te va la vida?

—¿Hombre de hojalata?

El rostro de Marc expresó desagrado ante el apelativo por el que Sandra se había dirigido a él, mas ella lo ignoró.

—¿Ya has conseguido un corazón?

Lucas fue consciente de que podía avecinarse una tormenta e hizo señas a Amaya para que se le uniera en la retirada que estaba a punto de acometer. Cuando se encontraron a unos pasos de distancia se lo explicó:

—A estos dos les viene bien estar un rato a solas. Creo que Sandra puede conseguir que Marc se desespere hasta el punto de acabar aceptando que la vida no es para tomársela tan en serio.

Amaya los miró por encima de su copa de vino.

—Mmm... O puede que Marc sea capaz de conseguir que Sandra se replantee su empeño de intentar que todo el mundo sea feliz...

Rieron ambos porque percibieron que cualquiera de las dos opciones era posible.

—¿Apostamos? Tranquila, esta vez no voy a jugarme un beso.

Amaya se sintió decepcionada al momento. Darse cuenta le produjo desasosiego, por lo que ocultó su mirada en la copa de vino que tenía entre las manos, de la que apenas había bebido un par de tragos.

«Es imposible que se me haya subido el alcohol a la cabeza».

Pero no encontraba otra explicación para sentirse triste por que Lucas no le hubiera pedido eso... Porque no era eso lo quería.

«No, no, no. De ninguna manera».

Por si acaso, depositó la copa en una mesa cercana.

—¿Qué apostamos entonces?

—Una confesión.

«Vaya, tenía que haber elegido beso».

—¿De qué tipo?

—Del tipo que decida el ganador.

No se le ocurría otra cosa, así que aceptó.

—¿Te parece si sellamos la apuesta con un ron miel?

—Uf, hace mucho que no bebo de eso. Desde el año...

—Desde el año pasado, en diciembre, cuando nos vimos por primera vez. —Le hubiera gustado decirle más cosas de aquella cena, pero sabía que no debía presionar. Dejó pasar un par de segundos y prosiguió—. ¿Aceptas?

Amaya no contestó al momento. Lo sopesó. No había vuelto a beberlo porque su cabeza lo había relacionado con él. No sabía qué proceso mental habían seguido sus neuronas para asociar un episodio tan negativo como una resaca de ron miel con algo tan maravilloso como Lucas, aunque así había sido. Y durante ese último año había rechazado esa bebida cada vez que había surgido la ocasión de tomarlo... Esa noche era diferente. Esa noche iba a brindar con él y cabía la posibilidad de que sus neuronas generaran otro tipo de recuerdo. Valía la pena intentarlo... ¿o no? No se permitió más dudas.

—Acepto.

El resto de la noche se concedió ir relajándose poco a poco y disfrutar del lugar, de sus amigos, de la sensación de que las cosas con Lucas estaban siendo más sencillas de lo que ella había imaginado. Y tuvo la loca idea de que las apasionadas miradas que este le dirigía o los inocentes roces de sus manos eran solo producto de su imaginación y nada estaba ocurriendo en la realidad. Con eso podía lidiar, con la falsa creencia de que su corazón no respondía a cada una de las inequívocas señales de él...

Capítulo 17

Cerca de las dos de la mañana no quedaba casi nadie en el local. Daren y Raúl habían desaparecido un rato antes y nadie sabía si lo habían hecho solos o acompañados. Con respecto a Sandra y Marc, tres cuartos de lo mismo, si bien los amigos cruzaban los dedos deseando que, al menos, se hubieran despedido de forma amistosa. Laura y Álex decidieron que debían ir a descansar, habida cuenta de lo que tenían por delante al día siguiente.

—Lau... nos vemos mañana, ¿sí?

Amaya intentaba que sus palabras sonaran coherentes, pero, aunque no estaba tan borracha como para perder la conciencia, reconocía que se había pasado un pelín con el ron miel.

—Eso espero, May. ¿Necesitas que te acompañemos a casa?

—¡No, no! Además, tendríais que desviaros. ¿Y dónde me ibais a meter? ¿En las alforjas esas de la moto?

—No os preocupéis, ya me encargo yo de que llegue sana y salva.

Laura, intentando que su amiga no se diera cuenta, susurró un gracias a Lucas y desapareció con Álex.

—Venga, vamos. Hora de ir a dormir.

—Oye, Lucas, no me trates como si fuera una niña. Tu actitud patrer... prater... —Vale, se le trababa un poco la lengua. Lo intentó de nuevo—: paternalista no me gusta un pelo.

Él levantó las manos en el aire, queriendo librarse de toda culpa.

—¡No se me ocurriría de ninguna manera! Pero digo la verdad: es hora de irse a dormir. Al menos, yo lo necesito.

—Vale, pediré un taxi. —Cuando abrió el bolso para buscar su móvil, recordó algo de golpe—. ¡Mierda! No tengo las llaves.

—¿Qué llaves?

—¿Cuáles van a ser? Las de casa.

—¿Estás segura?

—¡Oye! —Levantó la vista, irritada y, a todas luces, despejada del poco alcohol que hubiera podido nublarle el pensamiento—. No he bebido tanto como para olvidar que me las dejé dentro al salir del piso antes de venir.

—Vale, vale...

Se alejó un par de pasos de ella, dándole algo de espacio, porque se daba cuenta de que lo necesitaba.

—Llamaré a Sandra, a ver si está en casa y puede abrirme. —Tras cuatro intentos no consiguió comunicarse con ella—. Fantástico... Tenía que haberle dicho que me esperara, pero con tanto jaleo, ni me acordé... ¿Y ahora qué hago?

—Bueno, puedes llamar a Laura. ¿No tiene una copia de tus llaves?

—¡Ay, cierto! Gracias, Lucas. —Tampoco hubo suerte—. Nada. Están aún en la moto, es imposible que me oiga. Y si lo hiciera, ¿qué va a hacer? ¿Traérmelas hasta aquí y volver a su casa? No, no puedo pedírselo. Tiene que descansar para mañana.

—Se me ocurre una opción, aunque no sé si te va a gustar...

—Adelante, creo que, menos quedarme en la calle, cualquier cosa me parecería bien.

—Duerme conmigo. —Ante la mirada de ella, reaccionó deprisa—. En mi casa, quiero decir, no en mi cama. No estaba pensando en eso.

Mentía como un bellaco. Desde el momento en el que se le ocurrió la idea, una imagen muy clara de los dos en su habitación se instaló en su mente.

«Cada cosa a su tiempo».

Amaya evaluó las posibilidades de salir airosa de aquella propuesta, y solo tenía una respuesta: ninguna.

—Lucas, no sé... no creo...

Se acercó a ella, muy despacio, no queriendo asustarla.

—May, te prometo que no pasará nada que tú no quieras.

«Ese es el problema: que no sé lo que quiero».

—Dame tu palabra.

—Tienes más que eso: tienes mi respeto, mi consideración y mi estima.

Ante tal afirmación, poco tenía ella que objetar. Tan solo asintió con la cabeza y comenzaron a andar en silencio en la dirección que Lucas indicó.

El paseo hasta su apartamento duró menos de diez minutos, y cuando Amaya entró en su casa, un agradable calor la envolvió.

—Mmm, qué bien se está aquí, ya empezaba a tener frío con la caminata.

Lucas la guio hasta el salón y se ofreció a quitarle la gruesa cazadora, para dejarla luego sobre el respaldo de una de las sillas. Cuando se unió a ella unos segundos después, se quedaron los dos parados, frente a frente, muy cerca el uno del otro. Demasiado cerca. Tanto que Amaya fue consciente, sin lugar a dudas ya, de cómo la miraba y de todo lo que trataba de hacerle entender sin palabras. Fue demasiado para ella y toda la seguridad que había estado atesorando durante los días pasados se evaporó igual que la niebla, y la dejó desnuda frente a él, sin coraza alguna que

pudiera protegerla de la intensidad de su deseo. Porque todo en él gritaba sus intenciones.

Un segundo más tarde, Lucas dio un paso atrás y se dirigió a la cocina.

—¿Te apetece algo caliente para entrar en calor? A mí me encanta prepararme un vaso de leche con chocolate antes de ir a dormir. Me ayuda a conciliar el sueño.

No la miraba. No podía. Le había costado la misma vida separarse de ella y cumplir su palabra, porque lo que de verdad quería era envolverla en sus brazos y besarla hasta que perdieran el aliento. Quería recuperar el tiempo que habían perdido separados por una estúpida promesa que no pudo cumplir. Quería jurarle que nunca más se movería de su lado, que no la dejaría sola. Quería susurrarle todas esas palabras mientras se abrazaban entre las sábanas y le suplicaba que nunca más le castigara con su ausencia.

No, nada de aquello sería posible esa noche. Porque le había dicho que la respetaría... Levantó la vista sobresaltado cuando notó la mano de ella posada sobre su hombro. No la había oído llegar...

—Perdona, no quería asustarte, es que no has contestado a mi pregunta y llevas ya un rato mirando el microondas sin meter el vaso en él.

Había sido una mala idea, una muy mala idea, ofrecer su casa para que pasara la noche allí.

—Sí, lo siento, me he perdido en mis pensamientos. Dime.

—Te decía que prefiero una infusión, si tienes.

Un rato después, se acomodaban los dos en el sofá, y Lucas le tendía una pequeña manta, por si quería taparse.

—Puedes dormir en el cuarto de invitados.

—Gracias. Mañana me levantaré pronto y llamaré a Sandra. No quiero que se me eche el tiempo encima con toda la parafernalia que conlleva arreglarse para una boda. Trataré de no despertarte.

—No creo que eso ocurra. Recuerda que este moreno de playa no se conserva solo.

—¿En serio? ¿Mañana también piensas salir a correr? ¡Si es tardísimo! ¿Cuántas horas duermes?

—Muchas menos de las que debería, la verdad, pero el ejercicio despeja mi mente y aclara mis ideas.

Suspiró. Necesitaba hablar. No podía callarse. No se abalanzaría sobre ella, tal y como su instinto le pedía, aunque se veía incapaz de irse a dormir si antes no compartía con ella lo que sentía. Se inclinó hacia adelante, hasta apoyar los antebrazos sobre las rodillas, y empezó a dar vueltas al vaso que tenía entre las manos.

—Amaya... Necesito decirte algo.

—Lucas, no...

—Solo te pido que me escuches. Lo que hagas después con mis palabras es cosa tuya. Y te prometo que si decides ignorarlas, no volveré a sacar el tema. Amaya, por favor, no me impidas expresarme.

¿Cómo negarse? Ni siquiera había levantado la vista de su vaso, pero en su tono percibía algo parecido a la desesperación. No quería oírlo porque eso terminaría con la poca resistencia que le quedaba, aunque se daba cuenta de que él necesitaba dejarlo ir.

—De acuerdo.

Lucas tomó aire y empezó su discurso, sin cambiar de postura. No la miraría hasta haber pronunciado la última palabra o corría el riesgo de perderse en su rostro y mandar a paseo todas sus buenas intenciones.

—No voy a hacerte una declaración de amor, porque ni tú pareces querer oírlo ni yo sé cómo hacer eso. Pero desde que te conocí siento que estoy viviendo algo que en mi vida había experimentado. Es tan desconocido para mí que no sé cómo gestionarlo. A veces creo que podré acostumbrarme a esta sensación que tengo dentro y, al minuto siguiente, pienso en ti y vuelve todo con más fuerza, demostrándome que estoy equivocado. Y cuando recuerdo que todo fue porque me marché...

—Lucas, no fue por eso.

—Sí, todo ocurrió cuando te dije que me iba.

Amaya se dio cuenta de que también necesitaba sincerarse. Cabía la posibilidad de que, compartiendo sus miedos con él, los dos se liberaran de ese sentimiento que, según estaba comprobando, los tenía a ambos agobiados.

—Sí y no... —Depositó con cautela la taza sobre la mesa baja que tenía delante, adoptó la misma postura que él, se tapó la cara con las manos y aprovechó el gesto para respirar hondo. Después, ladeó apenas la cabeza y lo miró para comenzar a hablar—. A ver, no te niego que me aterró cuando me dijiste que te ibas, pero he tenido tiempo para pensar en todo aquello, y en realidad el problema nunca has sido tú...

Entonces él, que hasta ese momento había mantenido la vista fija en el vaso, buscó sus ojos y la miró.

—Yo te prometí que no viajaría más, que me establecería para siempre en Madrid y que todos mis asuntos en el extranjero estaban finiquitados.

—Lucas, eso es lo mismo que prometerme la luna. Es romántico... pero imposible de cumplir. Solo podemos controlar lo que depende de nosotros. Y a eso voy. Sentí miedo. Ya está. Miedo a lo que venía a continuación: a quedarme sola otra vez. —Apoyó la espalda en el sofá y presionó contra su pecho uno de los cojines que en él había, como si poniéndolo de escudo entre su corazón y Lucas su confesión doliese menos—. Cuando te conocí y empecé a sentirme atraída por ti me di cuenta de que tú no eras como los demás, había en ti algo diferente, y después de vernos más veces supe que no te parecías en nada a esos que me exprimieron y luego se alejaron física o anímicamente. Por eso me permití soñar con que otro tipo de relación era posible, y más tarde...

El gesto que hizo con las manos y la mueca de sus labios explicaron lo que venía a continuación, y Lucas lo entendió a la perfección.

—Bajaste la guardia y justo en ese momento yo te hice daño sin quererlo.

Escuchar el motivo por el que él sufría tanto una culpa que no era tal la conmovió y, venciendo todos los reparos, se deshizo del cojín y se acercó un poco más a él. Quizá menos de lo que le hubiera gustado, pero sentía que aún no estaba preparada para un contacto mayor.

—No, yo me hice daño negándome la oportunidad de volver a vernos a tu vuelta. Y, sin pretenderlo, también te lo hice a ti.

Lucas se enderezó y se giró hacia ella con una sola pregunta:

—¿Por qué? —Esperó unos segundos, tiempo en el que Amaya solo lo miró con los labios apretados, como si estuviera evitando hablar—. ¿Por qué, May?

Cuando sintió que la agarraba de las manos y pasaba sus pulgares por el dorso en un gesto de infinito cariño, no pudo contenerse más.

—No quería enamorarme más de ti si luego te podía perder. —Antes de que aquel momento se convirtiera en una declaración de amor, se soltó de sus manos y se levantó del sofá—. Hasta unas horas antes de verte hoy creía que podría mantenerme firme en mi promesa de alejarme de ti, pero ahora no me veo fuerte...

—Pues no lo hagas. No nos niegues esa oportunidad.

Él se acercaba, despacio, y a cada paso que avanzaba ella retrocedía dos.

—No, hoy no, Lucas. Concédeme hasta mañana para que pueda pensar tras haber descansado. Ahora no, por favor.

Silencio. Un pesado silencio se estableció entre los dos.

—De acuerdo... —Suspiró y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo, unos brazos que le había tendido por si ella quería aferrarse a ellos y no soltarlos jamás—. Te enseñaré tu habitación.

Lo que restaba de noche se convirtió en una auténtica pesadilla para ambos. Ninguno fue capaz de dormir bien, de expulsar de sus sueños al otro, de evitar desear levantarse de la cama y borrar con besos una promesa que solo les traía dolor...

La alarma del despertador los encontró agotados física y mentalmente, exhaustos de buscar excusas vacías, ahogados en un mal humor que presagiaba tormenta. Sin embargo, Amaya no se levantó de la cama. Decidió que esperaría a que Lucas se fuese a correr para abandonar su casa como la cobarde que era. Necesitaba poner algo de distancia entre ellos antes de enfrentarse a él de nuevo. Porque le debía una conversación y no estaba preparada para afrontarla. Como siempre, una vez más emplazaba la toma de decisiones hasta el momento en el que la vuelta atrás se convertía en un imposible...

Estuvo atenta a cada ruido que hacía él y lo sintió al otro lado de su puerta en más de una ocasión. Al final, casi veinte minutos más tarde, solo percibió el silencio. Por si acaso, aguantó un poco más en la cama para cerciorarse de que el piso estaba vacío. Después, retirando el cobertor con gesto cansado, se levantó. Las piernas apenas la sujetaban y pensó en concederse si acaso un

café antes de abandonar la casa de Lucas. Se vistió con la chaqueta larga que había llevado la noche anterior, la cerró sobre su pecho y abrió la puerta de la habitación. Su pie derecho no llegó a salir al pasillo y se quedó suspendido en el aire a punto de pisar... un felpudo.

Y no descubrió uno solo, sino que uno detrás de otro, puestos en fila como si fuera el camino de baldosas amarillas de Dorothy, en *El mago de Oz*, le marcaban el lugar al que debía ir. Se fijó entonces en que cada uno tenía un diseño distinto y entonces empezó a leer sus mensajes:

«La vida debe ser comprendida hacia atrás, pero ha de ser vivida hacia adelante».

Avanzó unos pasos y se encontró con el siguiente.

«La distancia no significa nada cuando tú lo significas todo».

Y con el siguiente:

«Conocerme no fue algo bueno, fue lo mejor de mi vida».

Con el siguiente, apareció en el salón y se encontró con un nuevo mensaje:

«Así, tal cual eres, me encantas».

Y con otro más:

«Por personas como tú hay sonrisas como la mía».

Sin darse cuenta, levantó la cabeza y vio a Lucas de pie frente a ella, sonriendo, quizá algo cohibido por lo que había organizado. Aún los separaba un felpudo más.

«¿Y si dejas de pensarlo y tan solo lo intentas?»

Lo miró de nuevo, dudando. Sopesando si perdía más por intentarlo o por lanzarse a sus brazos. Estaba petrificada. En su interior se libraba una batalla entre su corazón y su razón y ella, perdida en mar de incógnitas, era incapaz de decidirse.

Lucas casi podía leer en sus ojos su miedo, su indecisión. Había tardado unos meses en recopilar todos aquellos felpudos. Había buscado en internet empleando mucho tiempo en dar con las frases adecuadas. Descartó tantas que hubo días en los que cuestionaba su loca idea, pero sabía que si tenía una sola oportunidad de conquistarla, lo haría con un montón de mensajes. Hasta ese momento había estado seguro de su plan, pero ahora, teniéndola frente a él, no sabiendo si daría los últimos pasos o si volvería sobre ellos, notaba la garganta seca y tenía la sensación de que se jugaba la misma vida.

«Si de esta no lo consigo...».

De pronto, Amaya se lanzó a sus brazos y ya no necesitó ninguna otra señal para saber que lo había logrado.

Tiempo después, tras haber cumplido el sueño de tenerla en su cama y de haberle susurrado mil palabras de amor, aún abrazados, Lucas se levantó de pronto de un salto y corrió fuera del dormitorio. Amaya, sorprendida por la reacción, solo acertó a incorporarse sobre un brazo, mientras con el otro sujetaba la sábana sobre su pecho. Quiso preguntarle dónde iba, pero él ya

había desaparecido de la habitación. Al momento, regresó con un pequeño paquete envuelto con un hermoso lazo rojo.

—Feliz Navidad.

—¿Y esto?

—Es para ti, lo compré hace unos días.

—¿Pero...? ¿Si no hubiera ocurrido... esto?

—Te lo habría dado igual esta tarde, en la boda. Era mi intención. Lo busqué pensando en ti y solo a ti te lo podía regalar. Ábrelo, anda.

Sin perder un segundo más, desató el lazo y permitió que el papel navideño se abriera. Cuando vio lo que contenía, comprendió al instante, aunque Lucas se encargó de verbalizarlo, por si acaso le quedara una mínima duda.

—Nunca más tendrás que elegir entre una media naranja y un kilo de chocolate. —Sin dejar de mirarla a los ojos, le arrebató la tableta de las manos, rasgó el papel y cortó una de las onzas—. Chocolate con naranja, una cama y tú y yo. ¿Se te ocurre otra manera mejor de empezar el día?

Riendo, ella aceptó en los labios el trocito que Lucas sostenía con los dedos. Luego, contestó:

—No, la verdad. Justo así es como quiero comenzar el resto de los días de mi vida.

Epílogo

La boda había sido todo un éxito. Celebrada en una finca apartada del bullicio del centro de la capital, el lugar había sido decorado en tonos rojos, blancos y verdes, recordando a los invitados la época del año en la que se encontraban.

Los novios, como no podía ser de otra manera, llegaron juntos en la moto de Álex, una chopper con cintas rojas y verdes colgando de los manillares.

—May, no me digas que no hubiera sido ideal que ellos también vistieran de rojo, blanco y verde...

—Hubiera estado muy acorde con la decoración, Sandra, pero quizá eso es demasiado para Laura, ya la conoces.

—Se te olvida que estamos en una boda, no en una fiesta de disfraces.

El tono de fastidio con el que Marc hizo el comentario no impidió que Sandra, sin perder la sonrisa, se colgara de su brazo. Muy a su pesar, tuvo que aguantar el gesto para no montar un espectáculo delante de tanta gente.

—Y ahora es cuando el espíritu de la Navidad te visita y, como a Ebenezer Scrooge, te lleva volando para darte una lección... Lo que no tengo tan claro es que no vaya a necesitar que le eche una mano, porque contigo, pedacito de carbón, lo va a tener muuuyy difícil...

—¿Pedacito de...?

—¡Chist! ¿Queréis dejarlo para más tarde? —Daren se apresuró a colocarse entre ellos para evitar un mal mayor—. Laura y Álex están a punto de pasar por delante de nosotros.

Entre vítores y aplausos los novios caminaron sin dejar de sonreír y agarrados de la mano hasta el lugar donde un juez de paz esperaba para casarlos.

El momento más romántico llegó al final cuando, situados los dos debajo de una rama de muérdago colocada estratégicamente, los novios pronunciaron unas palabras en lengua hoppi, como reconocimiento a las raíces de Álex y a alguna especie de consigna que existía entre ambos. Por supuesto, nadie más que ellos entendió lo que allí se dijo.

Los invitados, movidos quizá por el ambiente navideño, quizá por el del amor, o quizá por pura diversión, no dejaron de hacerse fotos besándose bajo el muérdago.

Amaya, renovada su ilusión y sin poder disimular más lo que sentía por Lucas, tiró de su mano hasta situarse justo debajo.

—Has de pagarme una apuesta y exijo que sea ahora mismo.

—Será un verdadero placer...

Sin embargo, apenas unos segundos después, alguien se metió entre los dos y los instó a bajar de la pequeña tarima en la que estaban apostados.

—Ya está bien, tortolitos. Me alegro mucho de que por fin hayáis decidido dejar de marear la perdiz y demostrarnos a todos lo mucho que os queréis, pero hay más gente esperando. —Raúl, como el excepcional fotógrafo que era y amigo de los novios, se había ofrecido gustoso a realizar el reportaje gráfico de la boda y, tras conseguir que Lucas y Amaya aceptaran su consejo, se giró buscando a alguien—. Vamos, acércate, no seas cabezota. No debes desaprovechar esta oportunidad de repartir besos a diestro y siniestro. Mira lo que hay aquí encima. Además, no sabes cuándo volverás a verte en otra situación en la que recibas tantos besos...

—Por mí, como si todo el muérdago del planeta se seca ahora mismo y esto es lo único que queda. He dicho que no.

La cara de Marc demostraba lo mucho que le enfadaba tener que repetir las cosas. Hacerlo, según él, era una pérdida de tiempo y un gasto de saliva innecesario. Había cosas por las que no pasaba. Y una de ellas era esta estúpida tradición de besarse con todo el que se plantase a su lado debajo del muérdago. O, como mínimo, con *ella*.

—Marc, se trata solo de un beso y una foto.

—Perdona que te corrija, te ha faltado añadir «con la chalada de Sandra», que sé que es eso lo que todos estáis esperando.

La mirada que le dirigió Raúl gritaba a las claras que se había excedido en sus palabras. Bueno, ¿y qué? Todos se habían encariñado con ella desde que la conocieron. Igualito que él, vaya... Esa mujer lo sacaba de sus casillas.

—De verdad, nunca conseguiré entenderte. Por una vez en tu vida, amigo, deberías sentir el placer de desmelenarte. Te haría mucho bien.

—Perder las formas no debería ser visto como una actitud positiva.

No tenía sentido seguir con una conversación que no los llevaría a ningún sitio, así que se dio la vuelta dispuesto a marcharse de allí. No llegó muy lejos... para su desgracia.

—Hola, hombre de hielo.

Intentó con todas sus fuerzas mostrarse un poco más amable, en deferencia a sus amigos que se casaban, pero esa mujer podía con él. Más que ella, el hecho de que siempre tuviera una sonrisa en la cara, como si habitara en un mundo paralelo al de los demás, donde la vida era de color de rosa. Se limitó a saludar de manera escueta con la intención de emprender su camino lo antes posible.

—Hola, Sandra.

—No voy a insistir en que te hagas una foto conmigo, ya que parece que ni aun hoy vas a dejar que tu verdadero yo *fluya*. Así que, al menos, haz el favor de ser un buen amigo y busca a Álex y a Laura para compartir un rato con ellos. Es su día, Marc. Y harías bien en no olvidarlo.

No tuvo tiempo de reaccionar. Sandra se dio la vuelta y lo dejó con la palabra en la boca.

«¿A mí? ¿Me impide que le responda? ¡Ni de coña!». Caminó detrás de ella a grandes zancadas para poder alcanzarla. No tenía ninguna intención de dejar la conversación así. «Ahora mismo voy a decirle cuatro cosas. Empezando por que ese vestido le queda de infarto».

Se detuvo en seco, podría decir que casi al borde del colapso. ¿Qué le importaba a él su ropa? «Vale, tengo que analizar esto paso a paso».

Cogió el móvil y abrió la aplicación de notas: «Estudiar mi reacción con Sandra este 28 de diciembre».

Estaba situada casi de espaldas a Lucas, hablando en ese momento con Sandra, mientras él hacía lo mismo con Daren. Los primeros acordes de una canción bien conocida por Amaya comenzaron a sonar y, como le ocurría cada vez que la escuchaba, sintió mariposas en el estómago. Era su favorita y, por fortuna, siempre se había negado a asociarla con cualquiera de las parejas que había tenido. Sabía, en el fondo de su ser, que estaba destinada a una persona especial, aunque más de una vez había dudado de ser capaz de encontrarla. Sin embargo, en cuanto unos dedos rozaron los suyos, supo que había llegado. El momento de ponerle rostro a las palabras que Bryan Adams pronunciaba con tanto sentimiento por fin se hacía realidad.

Lucas solo necesitó cuatro segundos de canción para entender lo que su corazón le había gritado en el primero. Buscó la mano de Amaya y, sin disculparse siquiera por cortar ambas conversaciones, la arrastró a la pista de baile y la pegó a su cuerpo justo en el momento en el que la frase *Look into my eyes*[5] sonaba por los altavoces.

Amaya estaba feliz. Lo tenía claro: Lucas era la única persona a la que su corazón podía cantarle todo aquello, y descubrió que todo el miedo que había sentido meses antes se había transformado en una maravillosa alegría que le calentaba el alma. Miró a Lucas a los ojos, tal y como decía la canción, y, sin ningún tipo de vergüenza, recitó cada una de las frases siguientes para él, solo para él...

—*Everything I do*[6]...

Y él, cantó para ella...

—*I do it for you*[7]...

La estrechó más aún, queriendo acaso convertirse en uno solo, y Amaya respondió suspirando a un lado de su cuello, rendida ya al convencimiento de estar perdidamente enamorada de ese hombre.

—Lucas, esta canción...

—Esta canción siempre fue mi preferida, Amaya, nunca supe por qué. —Ladeó apenas la cabeza, lo suficiente para depositar un beso en su cabello, y cogió aire para continuar—. Hasta ahora. Acabo de descubrir que cada frase solo tiene sentido si es para ti. —Hizo una pausa para

esperar a la siguiente que llegaba, aunque esa vez, la recitó en español—: No me digas que no vale la pena intentarlo...

Solo había una respuesta posible, y cantó, susurrando en su oído, con toda la pasión y verdad que fue capaz de imprimir a sus palabras:

—No puedo evitarlo, no hay nada que quiera más...

FIN

Nota de autora

Hace un tiempo comenté que cada una de mis historias lleva un pedacito de mí. Y esta no es una excepción. Si es Amaya o si es Lucas quien lo porta queda relegado al cajón de mis secretos, pero lo que sí puedo desvelar es que estas páginas esconden verdades del fondo de mi corazón. Quizá es por ello por lo que, de nuevo, soltarme de su mano ha costado un poquito más de lo normal.

Sin embargo, aquí los tenéis, deseosos de haceros pasar un buen rato.

Como ocurrió con Laura y Álex, veréis datos que pueden resultar difíciles de encuadrar en la vida real. Pero os aseguro que no es imposible. Recordad que, en cualquier caso, su inclusión en la obra responde a mi necesidad creativa para dotar a mis personajes del marco perfecto en el que desarrollar su historia.

Si queréis hacerme llegar cualquier comentario, no dudéis en contactar conmigo bien por correo electrónico en mayedalaurens@yahoo.com, bien a través de mi perfil de Facebook: <https://bit.ly/33hI9tC> o de Instagram: @mayedalaurens ¡Será un placer encontrarnos!

Agradecimientos

Siempre, y en primer lugar, al grupo del arcoíris. Porque ellas son el combustible que me falta cuando meto la pata y pierdo la paciencia, cuando me canso de dar vueltas y resuelvo los conflictos olvidándome de la lógica, cuando me empeño en sinsentidos que solo tienen coherencia en mi cabeza... Porque, una vez más, hacéis magia en mi novela y en mi corazón.

A Marcial, porque sin él Lucas no habría podido instalarse en Madrid. Esa hora al teléfono hablándome de arquitectura me salvó de meter la pata.

A mi corrector, porque sus conclusiones me provocan más de una sonrisa y su fantástico trabajo dignifica el mío. Porque siempre hay cariño y tacto en sus palabras.

A María T. porque en un segundo bautizaste la historia con el mejor nombre posible. Y por todo el trabajo que haces entre bambalinas. Tú sabes cuál.

A los tres soles de mi casa, porque al principio y al final ellos son siempre mi luz.

Y a vosotros, lectoras y lectores, porque, siendo como soy una perfecta desconocida en esta jungla de escritores, me acogisteis tan bien con mi primera novela. A todos, a todas, gracias por confiar una vez más en mí y atreveros con Amaya y Lucas.

Si te ha gustado
¿Y si fuera Lucas?
te recomendamos comenzar a leer
Mientras siga nevando
de *Iris Romero Bermejo*



Prólogo

Hace quince años...

—¡Rara! —me gritan varios compañeros.

—¡Dejadme en paz! —les pido entre lágrimas.

—¡Bicho raro! ¡Bicho raro!

Busco con la mirada a la profesora, pero no la encuentro en el patio. Me quiero esconder en los baños de la primera planta, donde están los mayores, pero cuando lo intento, Guillermo, uno de los más malos de la clase, me empuja con fuerza. Me caigo hacia atrás y me doy un buen golpe en la cabeza con la pared.

—¡Eres un bicho raro! —me insulta, señalándome con el dedo.

Me pongo a llorar muy bajito con la cara escondida entre los brazos. Los odio. A todos. No sé cómo se han enterado. Quizás alguna de las profesoras que hablaron con mamá hace unos días se lo han dicho a alguien. No lo sé, pero, desde que he entrado al colegio esta mañana, he sentido que todos mis compañeros me miraban y cuchicheaban.

De repente, escucho a Olivia, mi mejor amiga. Levanto la cabeza y la veo empujar a varios compañeros para llegar hasta donde estoy.

—Nora, ¿estás bien?

—Oli...

Y, cuando el resto de los niños vuelven a insultarme, le pega una patada a Sergio en la pierna y tira de las trenzas a Julia, que no para de reírse.

—¡Como volváis a meteros con ella os vais a enterar! —grita enfadada.

Es que Olivia tiene mucho carácter, como dice mamá. Es muy valiente, y nunca le da miedo nada. Ni siquiera tiene padres, pero dice que no los necesita porque ya tiene a su abuela Carmen para cuidar de ella.

—No te acerques a ella, que es un bicho raro —le advierte Marcos, mi compañero de pupitre. Creía que era mi amigo, pero es tan malo como los demás.

Me encojo más en el suelo cuando le escucho, pensando que ella también dejará de ser mi amiga, pero como respuesta, le da un puñetazo en la nariz.

El resto de los niños salen corriendo mientras Marcos se tapa la sangre con las manos, lloriqueando como un bebé.

—Nora, levántate, venga... —me pide mi amiga.

Cuando va a cogerme de la mano, me asusto.

—¡No me toques!

—No pasa nada, soy yo.

Me seco las lágrimas y me levanto yo solita.

—Ya lo sé, Oli, pero a partir de ahora prefiero que no me toques, ¿vale?

Capítulo 1

Estimada Olivia de Miranda Peláez;

Nos complace invitarle a la colocación de la placa honorífica en memoria de su difunto padre, Enrique de Miranda Montero, como muestra de su honorabilidad y buen hacer en La Condesa, su pueblo natal.

El evento se celebrará en la plaza, frente al ayuntamiento, el 20 de enero de 2020 a las nueve de la mañana.

Esperamos su asistencia.

Atentamente,

La Condesa

Capítulo 2

—No sé si es una buena idea que vayamos esta noche —comento mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

—Tonterías —suelta Olivia. Gira la llave y enciende el motor—. Todos los inviernos igual, que si ola de frío, que si nevadas...

Sonrío de medio lado y compruebo en el espejo retrovisor mi aspecto. He estado esperando un buen rato en Atocha y juro que la cara se me ha quedado congelada.

—Yo solo digo que podríamos ir mañana a primera hora —sugiero mientras hago muecas para que se me despierten las mejillas—. Preparo la cena, nos encerramos en casa y vemos películas en el sofá. Puedes invitar a Alejandro si quieres.

Mete primera y salimos. Hace varios adelantamientos bruscos, que me despegan el trasero del asiento y enciende la radio.

—¿Qué te pasa? —pregunto cuando pega un frenazo que hace que me tenga que sujetar al salpicadero.

—Alejandro y yo lo hemos dejado.

Me tapo la boca y dejo escapar un suspiro. Mi querida amiga, con lo bien que se los veía juntos...

—Olivia, lo siento mucho. ¿Qué ha pasado?

Mueve una mano como queriendo quitarle importancia.

—Me la estaba pegando con una compañera de trabajo.

Apago la radio y me incorporo. No puede ser. Alejandro es un encanto y adora a la loca de mi amiga.

—¿Te ha estado engañando? ¿Cómo lo sabes?

—Le he pillado varias conversaciones subidas de tono en su móvil. Es como todos, Nora. No hay un chico decente en el mundo. Tienes suerte de no comprobarlo por ti misma.

Se da cuenta de lo que acaba de decir y aprieta los labios con fuerza. Me concentro en las vistas de la periferia, en los horrorosos bloques de pisos en la lejanía y cierro los ojos.

Pasamos más de una hora en el más absoluto silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos mientras la radio nos taladra el cerebro con canciones pegadizas.

—Nora, perdóname —susurra al tiempo que coge uno de los desvíos que nos llevarán a un pueblo casi deshabitado de Asturias—. Estoy mal, pero eso no justifica que lo pague contigo. Mañana es mi cumpleaños y te agradezco muchísimo que quieras celebrarlo conmigo. No sé qué haría sin ti.

—Me molesta que ataques donde más duele —empiezo a decir. Pero veo sus ojitos de cordero degollado y me ablando. Sé que no lo dice para herirme, que lo único que quiere es que conozca a alguien y deje de estar sola.

—Te pido perdón por lo que he dicho, pero sabes que deberías superarlo y seguir adelante. Y también deberías comprarte algo de ropa de un color que no sea el negro. En serio, Nora, tu armario debe ser deprimente.

—Me gusta el negro, ¿qué pasa?

—Pues que parece que vas de luto —dice con un movimiento de manos tan exagerado que suelta el volante durante unos instantes—. Como sigas pareciendo la niña esa rara de la familia Addams, no habrá chico que se atreva a tocarte. Y, créeme, cuando te toquen, pedirás más.

Por un segundo despega la vista de la carretera y nos miramos a los ojos sin pestañear, pero esta vez soy yo la primera que retira la mirada.

—Eso es imposible —contesto harta de tener la misma conversación mil veces.

—Deberías empezar a salir con chicos sin contarles tu pequeño secretito —comenta con ligereza, como quien opina sobre el tiempo una mañana cualquiera, como si fuera algo que yo pudiera controlar.

—No puedo, ya lo sabes.

—Te tienes que dar un homenaje de vez en cuando, Nora, que la vida son dos días.

Le pellizco el brazo por encima del jersey para que se calle de una maldita vez, aunque sé que eso es pedir demasiado para mi mejor amiga.

—¡Nora!

—Te lo has merecido.

—¿Has sentido algo? —me pregunta muy seria—. ¡Nora! ¡Que me contestes! ¿Has sentido algo?

—Que no, pesada. No te vas a morir en las próximas horas; no te preocupes. Además, por

encima de la tela es más difícil, ya lo sabes.

—No me vengas con gilipolleces. Lo sentirías, aunque estuviera enfundada en neopreno. Y, por favor, si alguna vez sientes algo al tocarme, dímelo.

Me callo que jamás se lo diría. ¿Cómo le dices a tu mejor amiga que va a morir? Por suerte, no es el caso.

—Dios santo, cada vez que me tocas se me acelera el corazón —dice con una mano en el pecho—. No sé qué vamos a hacer cuando seamos ancianas. Te voy a llevar conmigo a todos lados como si fueras mi llavero. Aunque, por otro lado, no sé si quiero saber el día de mi muerte.

—Deja de pensar en eso, por lo que más quieras... —le suplico con los ojos en blanco.

Comienza a oscurecer. La carretera se empieza a ver algo difuminada por los copos de nieve que se van posando sobre la luna del coche y, aunque Olivia ha encendido las luces de los faros, apenas soy capaz de distinguir la línea blanca que separa nuestro carril del de al lado.

—Está empezando a nevar.

—No te preocupes. Llegaremos sanas y salvas —me asegura, siempre tan optimista.

—Si tú lo dices... —comento con acritud.

—Tengo que echar gasolina. ¿Quieres que te compre algo? —pregunta de repente. Coge un desvío con demasiada velocidad y el coche derrapa un segundo sobre la carretera.

—¡Ve más despacio! —le pido una vez más.

Apaga el motor y se quita el cinturón de seguridad en cuanto llegamos a una gasolinera muy pequeña y con aspecto de estar a punto de ser abandonada. Mueve la cabeza en mi dirección y sus rizos pelirrojos bailan alrededor de su rostro.

—¿Quieres algo? —insiste.

—No, no me apetece nada.

Asiente y sale del coche. La veo alejarse despacio mientras se pone su abrigo rosa. Suspiro y apoyo la cabeza en la ventanilla. Con lo bien que estaría ahora mismo en mi sofá...

Regresa unos minutos después con la cara escondida en el abrigo y con todo el pelo cubierto de copos de nieve medio deshechos. Abre un momento la puerta para tirarme varias bolsas de patatas y una botella de Coca-Cola al regazo, y sale a echar gasolina. Y, en esos pocos minutos, me da tiempo a preguntarme por enésima vez desde que hemos salido: ¿qué narices hacemos con este temporal en el maldito coche!? Tengo que respirar con fuerza varias veces y obligarme a ser más positiva.

Unos instantes después, estamos de nuevo en la carretera.

—El hombre de la gasolinera me ha dicho que debería llevar puestas las cadenas, que va a nevar más —comenta tan tranquila, con la boca llena de patatas fritas.

—Es que no deberíamos ir con este temporal. Aún estamos a tiempo de dar media vuelta.

—¡Pero si ya vamos por la mitad del camino!

Otro rato más de silencio que tan solo se ve atenuado por su ruidoso masticar, que parece que está comiendo clavos.

—Nora...

—¿Qué? —Cuando se aburre suele ser de lo más pesada y pronto empezará a preguntarme si creo que voy a mutar o si alguna vez he tenido alguna premonición. Aún recuerdo una calurosa tarde de verano que no hacía más que intentar abrir su tercer ojo para poder contactar con los espíritus de la otra dimensión.

Parece que estamos entrando en la boca del lobo. Los parabrisas apenas despejan la nieve que nos tapa la visión y la loca de mi amiga no parece amilanarse ni un poco.

—¿Ya te has decidido a hacer ese viaje a Edimburgo? Puedo hablar con mis jefes y que te den un trabajo allí.

—Creo que aún no estoy preparada —respondo con voz de pito cuando cogemos un bache y el coche se zarandea unos segundos.

—¡Pero es tu sueño! —responde, moviendo el volante hacia los lados como si estuviéramos patinando sobre la calzada.

—Frena un poco —le pido mientras clavo las uñas en el cinturón—. Sí, lo es. Pero nunca he vivido sola en otra ciudad y... no sé... el idioma...

—Eso no son más que tonterías.

—Frena... —repito cuando las ruedas vuelven a patinar.

—No quiero llegar tarde. El chico del albergue me ha dicho que tenemos que entrar antes de las diez de la noche si queremos cenar.

—Prefiero acostarme con hambre que morir en una carretera sin nombre en el culo del mundo. Se empieza a reír, y coge otro puñado de patatas.

—Eso ni de coña. Yo con hambre no puedo dormir. Y el del albergue parecía muy estricto con sus propias y estúpidas normas. Demasiado sosainas, en serio. Diría que es de tu estilo.

Suspiro y rezo para que no se le meta entre ceja y ceja maltratarlo psicológicamente todo el fin de semana.

—Ve más despacio...

—Insisto, deberías dejar esa oficina deprimente y vivir tu sueño —repite, la muy cansina—. Mi empresa tiene sede allí, así que si te animas...

—Tampoco estoy tan mal en la oficina... —musito.

Arruga el ceño y pone cara de asco.

—Odio las oficinas. Esos lugares grises y tristes que sacan lo peor del ser humano...

—Claro, no todos tenemos la suerte de que nos encante nuestro trabajo.

Despega un momento la vista de la carretera y pone cara de loca.

—Pues sí, mi trabajo es la hostia.

Olivia es guía turística. Alterna el Palacio Real con varios museos. También hace rutas por el centro de Madrid y la verdad es que es la mejor guía que te puedas encontrar. Se conoce todos los mitos e historias truculentas de cada rincón de la ciudad y eso hace que sea la mejor valorada en su empresa por los clientes. Aunque sospecho que muchas de esas historietas se las inventa ella

solita para darle más misterio al asunto. Y sus curvas, su melena pelirroja y sus ojazos verdes le facilitan mucho la vida; todo hay que decirlo.

Por el contrario, yo detesto mi trabajo. Soy recepcionista en una oficina de seguros médicos. Casi nadie conoce mi nombre de pila. Mi jornada laboral consiste en contestar el teléfono, recibir mails que casi nunca son directamente para mí y recibir a las visitas. Les llevo un café o una botellita de agua y los acompaño hasta una sala. Fin de la historia.

—¿Cómo se llamaba el pueblo?

Pone los ojos en blanco mientras sube la calefacción.

—Se llama La Condesa. Es un pueblecito muy pequeño casi deshabitado. Mi padre nació allí, y bueno, también murió... —explica con la voz entrecortada—. Vamos a emborracharnos en el bar, haremos gigantescos muñecos de nieve, nos calentaremos los pies en la chimenea de nuestra preciosa habitación...

Y, de repente, se le nubla el semblante. Es una milésima de segundo, pero algo oscuro cruza su rostro y enturbia el ambiente.

—¿Qué te pasa, Olivia?

Carraspea e intenta sonreír.

—Nada. Es que era una escapada que queríamos hacer Alejandro y yo. Me hacía mucha ilusión que conociera el pueblo de mi padre. Y ahora... Ahora te arrastro a ti, como siempre.

—Nos lo vamos a pasar genial, ya lo verás —digo para animarla un poquito—. Pero te aviso de que no puedo ni oler la crema de orujo, que se me sube mucho a la cabeza.

Sube el volumen de la radio y empieza a canturrear.

¿Quién necesita una media naranja teniendo un kilo de chocolate?



Lucas es un arquitecto de éxito que ha recorrido medio mundo realizando megaconstrucciones, aunque ya está cansado de viajar y de amanecer cada día en una ciudad diferente. Necesita echar raíces y encontrar un lugar al que pertenecer. Amaya es una mujer de treinta y cuatro años que siempre ha tenido mala suerte con los hombres, debido a su necesidad de sentirse querida, lo que la hace acabar en brazos de aprovechados e interesados. Por eso, tras su última ruptura, promete aprender de las experiencias y pensárselo dos veces antes de volver a

enamorarse.

Ambos se conocen en una cena de unos amigos comunes y, tras ese encuentro, Amaya se descubre atraída por Lucas de una forma que nunca había experimentado. Lucas, aunque en un principio solo siente curiosidad por esa chica de mirada triste, por su forma de hablar, de comportarse y de reaccionar, acaba pensando en ella a menudo.

Cuando se reencuentran después de unos meses y Lucas está ya asentado en Madrid, él acepta que lo que quiere con Amaya va más allá de la amistad. Ella presiente que Lucas no es como los demás y decide darle una oportunidad a su corazón.

Sin embargo, hay cosas que escapan al control de ambos, y aunque él promete darlo todo para ganarse su confianza, ella se niega a oír lo que le grita su corazón.

Una emotiva comedia romántica cuya protagonista tiene cierta obsesión ;con los mensajes de los felpudos!

Mayeda Laurens. Nacida en Madrid, pero afincada muy lejos de allí, Mayeda Laurens lleva años dedicada a la escritura en todas sus facetas. Sin embargo, siendo una empedernida lectora de novela romántica, nunca hasta ahora se había animado a escribir este género.

La divertida comedia romántica, *Atrapada en el botón de tu vaquero*, es la primera de muchas otras historias de amor y humor que ya rondan por su cabeza.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Mayeda Laurens

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-83-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 5

[1] En inglés *¡Salud!*

Capítulo 6

[2] ¿Quieres un ejemplo espectacular? La serie *Minstrel Valley* es la prueba de lo que, con tanta razón, Laura defiende. ¡No puedes perdértela!

[3] Si quieres descubrir cómo se gestó este romance, no puedes perderte el primer libro de esta serie, *Atrapada en el botón de tu vaquero*.

Capítulo 8

[4] CEO: *Chief Executive Officer*, en inglés. Literalmente, significa «Oficial Ejecutivo en Jefe», por lo que se trata del consejero delegado o el director ejecutivo de una compañía.

Epílogo

[5] Mírame a los ojos.

[6] Todo lo que haga...

[7] Lo hago por ti...

Índice

¿Y si fuera Lucas?

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mayeda Laurens

Créditos

Notas